

tomo 4 (1860-1877)

*Obras de la Organización
Nacional*

**antología de
obras de teatro
argentino**

desde sus orígenes a la actualidad

selección y prólogo Beatriz Seibel

Zuloga, Leopoldo

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad : 1860-1877 : obras de la organización nacional / Leopoldo Zuloga ; Pedro Echagüe ; Casimiro Prieto Valdés ; ilustrado por Oscar Ortiz ; con prólogo de Beatriz Seibel. - 1a ed. - Buenos Aires : Inst. Nacional del Teatro, 2008.

v. IV, 322 p. : il. ; 22x15 cm. - (Historia teatral)

ISBN: 978-987-9433-63-8

I. Teatro Argentino. I. Echagüe, Pedro II. Prieto Valdés, Casimiro III. Ortiz, Oscar, ilus. IV. Seibel, Beatriz, prolog. V. Título

CDD A862

Fecha de catalogación: 07/08/2008

Esta edición fue aprobada por el Consejo de Dirección del INT en Acta N°160/07.

Ejemplar de distribución gratuita - Prohibida su venta

CONSEJO EDITORIAL

- > Beatriz Lábatte
- > Gladis Contreras
- > Carmen Saba
- > Marcelo Jaureguiberry
- > Carlos Pacheco

STAFF EDITORIAL

- > Carlos Pacheco
- > Raquel Weksler
- > Elena del Yerro (*Corrección*)
- > Mariana Rovito (*Diseño de tapa*)
- > Gabriel D' Alessandro (*Diagramación interior*)
- > Grillo Ortiz (*Ilustración de tapa*)

© Inteatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN: 978-987-9433-63-8

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina.
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Reservados todos los derechos.

Impreso en Buenos Aires, septiembre 2008.

Primera edición: 3.000 ejemplares

> prólogo

EL TEATRO EN LA ÉPOCA DE LA ORGANIZACIÓN NACIONAL

El 20 de febrero de 1852 Justo José de Urquiza entra a la ciudad de Buenos Aires al frente del Ejército Aliado Libertador de Entre Ríos, Corrientes, República Oriental y Brasil; comienza la etapa denominada de la Organización Nacional. Si la Nación es la construcción política de la diversidad, todos están de acuerdo en la necesidad de la unión, pero los desiguales desarrollos económicos son un gran obstáculo por la desproporción de recursos entre Buenos Aires, el Litoral y el resto del país, que origina múltiples conflictos. Reaparecen las ideas del liberalismo y el libre comercio es el centro de los intereses, por la necesidad de acceder a los mercados europeos y por la influencia del capitalismo británico que se proyecta en todo el mundo.

En el teatro, la Compañía Dramática Nacional anuncia en el Argentino “funciones patrióticas” en homenaje al “Grande Ejército Aliado de Sud-América”, pero Urquiza elige ir el 22 de febrero al Victoria, donde presenta ópera una compañía lírica francesa que viene de Montevideo. En octubre, la compañía del Argentino sigue actuando y destaca su condición “nacional”; en el Victoria se presenta una compañía lírica italiana y una “sociedad escogida” ocupa el teatro casi lleno; a fin de mes debuta en el Argentino una compañía de circo, pantomimas y teatro con Eugenio y Rosalía Hénault. El 5 de diciembre, en la función de beneficio de Rosalía, una hora antes del comienzo se eleva un globo aerostático en la puerta del teatro; en la 1ª parte, *El triunfo de Zéfiro*, Rosalía y Eugenio hacen una “gran ascensión” desde el proscenio hasta la cazuela, conduciendo un carro sobre dos ruedas tirantes y la vuelta al proscenio se cubre de fuegos artificiales; en la 4ª parte interpretan la pieza en dos actos *Los tres rivales*.

El público favorece la ópera y el circo con su despliegue espectacular, lo mismo que sucede en otros países, y los actores locales se dispersan. A fines de 1852 un grupo parte hacia Montevideo, pero allí también reina la ópera y pronto algunos van hacia Salto, Uruguay. Benito Giménez se instala en Paraná en 1853 como primer actor y director en el teatro 3 de Febrero; en enero de 1854 abre temporada con 12 funciones de abono. Luego se traslada a Rosario, donde inaugura el primer teatro en julio de 1854; por la llegada de un circo, en agosto se bautiza a la sala Teatro Nacional para diferenciarla.

En 1853 se registra la actuación de Trinidad Guevara y Pascual Ruiz en Mendoza, al frente de un elenco que hace temporadas de abono en el Teatro 25 de Mayo, construido dos años antes en la ciudad.

Para el verano de 1853/54 un grupo de actores vuelve a Buenos Aires desde Montevideo, pero los empresarios no facilitan sus salas, la prensa dedica el mayor espacio a la ópera, el prestigio es para los elencos europeos, y los artistas locales regresan a Montevideo.

En 1853 la Legislatura autoriza la entrada de inmigrantes y el año siguiente comienzan a llegar las primeras familias europeas.

LA COMPAÑÍA ESPAÑOLA DE TORRES Y ESTRENOS LOCALES

En octubre de 1854 viene la Compañía del Teatro de Cádiz, “de verso y zarzuela”, contratada por comerciantes españoles de Buenos Aires. Está dirigida por Francisco Torres Ballester, con Matilde Larrosa, José García Delgado, futuro ídolo de las porteñas, su esposa, Valentina Rodríguez, Carmen Rodríguez, María Barreda, Vicente Reina entre otros, además de bailarines y orquesta; el asesor literario es Francisco de Paula Villalobos, el director musical Santiago Ramos y los coreógrafos Manuel Casas y Diego Giménez. El 10 de diciembre debutan en la sala que pasa a llamarse Teatro Principal de la Victoria, con dramas, zarzuelas en varios actos y comedias de magia, además de petipiezas,

sainetes y bailes. Muchos integrantes de esta compañía se quedan a residir y trabajan largos años en nuestro medio; Francisco Torres muere en Rosario en 1875. Santiago Ramos (1825-1902), músico, actor, cantante, compone e interpreta los primeros tangos locales para escena; son “tangos de negros” o “tango americano”.

La compañía de Torres estrena varias obras en 1855 en el Victoria; de autores locales son *Las víctimas del amor* de Bernabé Demaría, *La huérfana de Junín* de Pedro Lacasa, *Venganza de un alma noble* de Miguel García Fernández (hijo), que habría estrenado también la revista *Himno al progreso*, con música de Santiago Ramos.

El primer local llamado Café Chantant se inaugura en 1855 en la calle Chacabuco 48; anuncia con avisos en francés música y canciones, y breves piezas francesas o italianas. Para Navidad se inaugura un Teatro Mecánico, con el célebre autómatas Sully que hace evoluciones gimnásticas en el jardín de un Sultán.

LA DISPERSIÓN DE LOS ACTORES LOCALES

En enero de 1855 Fernando Quijano vuelve de Montevideo con la Compañía Hispanoamericana que dirige, y ninguna de las dos salas le da espacio; en mayo retorna y el Victoria le permite dar dos funciones semanales alternando con los españoles de Torres, pero no logran suficiente público y se despiden reponiendo *Argia* de Juan Cruz Varela.

Quijano vuelve a Montevideo y una parte de la Compañía Hispanoamericana va a Rosario convocada por Benito Giménez; debutan en junio de 1855 y en noviembre se suma la familia Ródenas que viene de actuar en Mendoza. La empresa de Giménez quiebra y la sala se remata en diciembre; la última función se realiza el 6 de enero de 1856 y al día siguiente comienza a demolerse el teatro. Los actores van a Paraná, donde habrían trabajado hasta fin de año, cuando el elenco se dispersa.

Las noticias posteriores sobre los actores locales muestran que se retiran de la profesión en su mayoría, salvo algunos que se incorporan a compañías españolas y continúan trabajando en Montevideo y en giras. Los españoles Joaquín Argüelles y Juan Ródenas con su familia, su esposa Angustias González y sus dos hijos, que actúan en Buenos Aires desde 1837, siguen de gira por provincias.

La única opción para los autores locales es estrenar sus obras con las compañías españolas y después con las italianas o francesas, prácticamente hasta 1890, cuando comienzan a resurgir las compañías criollas.

LA COMPAÑÍA ESPAÑOLA DE MATILDE DUCLÓS

En Buenos Aires en 1856 se presentan en el teatro Victoria una compañía lírica italiana y la compañía española de Matilde Duclós, que obtiene gran repercusión. Matilde hace largas giras por Latinoamérica y su sobrina nieta, Matilde Rivera, nacida en Brasil, será una destacada primera actriz del teatro argentino del siglo XX. La Duclós estrena el drama histórico *Amor y patria* del emigrado uruguayo Alejandro Magariños Cervantes y otro emigrado oriental, Heraclio Fajardo, edita ese año *Camila O'Gorman*, cuyo estreno entorpece la censura.

En agosto Matilde Duclós presenta *La dama de las camelias* con gran éxito; se había estrenado en París cuatro años antes en 1852. Esta obra cierra el ciclo romántico y abre el drama burgués; el escenario se convierte en salón. Se impone el realismo con su mensaje social, su rebelión política; Alejandro Dumas (hijo) critica los prejuicios sociales y en escena comienzan a regir el medio ambiente y la realidad.

EL PRIMER “TANGO AMERICANO” EN ESCENA

Ese año en el Argentino la compañía de Francisco Torres presenta una versión teatral de la novela *La cabaña del tío Tom* de Harriet Beecher

Stowe, donde se registra el primer tango en escena, cantado por Santiago Ramos. Es el “tango americano”, denominación que viene de España, originado en la habanera cubana, muy popular y de moda desde 1850; se interpreta por actores blancos caracterizados de negros.

EL TEATRO DEL PORVENIR Y LA DESPEDIDA DE TRINIDAD GUEVARA

Cuando el empresario cierra el teatro Argentino, Francisco Torres construye e inaugura el 12 de octubre de 1856 el Teatro del Porvenir, en la calle Piedras 21/25, para trabajar con su compañía. Trinidad Guevara, que había sido la actriz favorita de los porteños, vuelve a Buenos Aires ese año, y Torres ofrece su sala para una función extraordinaria a beneficio, el 25 de noviembre. Trinidad tiene 58 años y agradece en el programa el “auxilio en mi mala situación”; los diarios comentan que llueven coronas de flores y tiene un gran aplauso a telón abierto, pero la presentan como una evocación del pasado. Muere el 24 de julio de 1873 a los 75 años, con 46 años de trabajo en escena; olvidada, no hay ningún comentario en los diarios.

EL TEATRO DE COLÓN

En 1857 se inaugura en Buenos Aires el Teatro de Colón, con capacidad para 2.500 personas, en el mismo terreno donde en 1805 se había comenzado a construir el Coliseo Grande, nunca finalizado. Se hace a todo lujo y con grandes novedades técnicas, como la iluminación a gas. En febrero, para Carnaval, se realizan bailes de máscaras; el 25 de abril para la Gran Apertura se presenta *La Traviata* con Enrico Tamberlick y Vera Lorini, y el 5 de mayo para la Inauguración Oficial se ofrece *La Cenerentola* con Tamberlick y Ana Cassaloni.

EL GAUCHO Y EL MATE EN ESCENA

Los actores españoles llegan y se quedan; integran diferentes elencos de drama o zarzuela, que varían por divisiones y conflictos.

En el Victoria la compañía de Santiago Ramos, director, primer actor cómico y maestro director de zarzuela, estrena el 22 de octubre de 1857 un programa en 7 partes. En la 5a. se presenta la comedia en un acto, “cuadro de costumbres porteñas, primera en el género”, titulada *El gaucho en Buenos Aires o sea Todas rabian por casarse*, de Estanislao del Campo, con música de Ramos, quien interpreta al protagonista; la obra no ha sido hallada. Ramos compone para esa pieza la música del tango *Tomá mate, che*, que tiene éxito por largos años cantado por actores cómicos vestidos de mujer. El éxito repercute en el circo: el 5 de diciembre la compañía de Eugenio Hénault estrena en el Argentino, en la 8a. parte del espectáculo, el cuadro costumbrista *El mate y los gauchos*; se desconoce su autor y no ha sido hallada. En diciembre de 1857 todavía se presentan dos obras locales más: *Falucho, héroe de Buenos Aires*, drama del actor español Vicente Reina, llegado con Torres, y *Los apuros de un sábado*, petipieza del poeta montevideano Laurindo Lapuente, residente en Buenos Aires.

ESTRENOS LOCALES EN BUENOS AIRES Y EN CÓRDOBA

En el Colón, la compañía española de Matilde Duclós estrena en 1858 dos dramas locales: *Las mujeres* de José Mármol y *Desengaños de la vida* de Eduardo Guillermo Gordon, publicado en Montevideo en 1860.

En Córdoba en 1858 debuta en septiembre la Compañía Olímpica Griega Italiana dirigida por Federico Holmer, una familia circense que se prolonga hasta fines del siglo XX en el circo criollo, caracterizado por su segunda parte con una obra de teatro. En noviembre inicia allí su temporada de teatro la compañía de la familia Ródenas, junto con

artistas españoles como Manuel Casas y José García Román, que actuaban el año anterior en Buenos Aires; allí se habría estrenado el “juguete cómico en verso” *De novio a padrino*, primera obra de un joven que reside un tiempo en Córdoba, Nicolás Granada (1840-1915), nacido en Buenos Aires, destacado autor en el siglo XX.

En 1860 en el Victoria la compañía española dirigida por Francisco Torres trabaja solo en funciones extraordinarias y estrena varias obras locales: el 21 de abril *Amor, esperanza y fe* de Eduardo Gordon; el 3 de mayo *Un ejemplo*, tres actos en verso del joven Tomás Gutiérrez; el 25 de mayo *Rosas*, drama en tres actos y en verso de Pedro Echagüe; en julio *Bruno el tejedor* y *Último cuadro de un drama* de Gutiérrez. Las funciones comienzan a las 7 y 1/2 de la noche y siguen con la estructura anterior; una sinfonía, una pieza de tres actos, un sainete.

LA COMPAÑÍA ESPAÑOLA DE RITA CARBAJO Y JUAN BERENGUER

En octubre de 1860 se presenta en el Victoria la compañía española de Rita Carbajo (1838-1919), y su familia, que se queda en el país. Rita toma la nacionalidad argentina y es una de las actrices favoritas de los porteños. El empresario es su marido, Juan Berenguer, con quien tendrá seis hijos, cinco de ellos argentinos; con los niños forman una compañía infantil. Rita y Juan son abuelos paternos del profesor Arturo Berenguer Carisomo, importante estudioso del teatro argentino en el siglo XX. En Montevideo se han unido a esta compañía tres actores criollos, Santiago González, Modesto Vásquez y Fernando Quijano.

CIRCO Y MUÑECOS

En el Nuevo Teatro Hipódromo de Plaza Monserrat, inaugurado en 1859, se presenta en 1860 la compañía “ecuestre y gimnástica de

Nueva York” con los directores Noble y Odell, y la compañía ecuestre de Alejandro Lowande, donde habrían trabajado volatines del país. Esta familia viene del circo norteamericano, se radica en Brasil y hace largas giras. Sebastián Suárez, payaso, comienza en 1860 las actividades del Circo Flor América en un baldío porteño; la compañía de artistas criollos se completará con su esposa Dolores Tissera y sus 9 hijos, y origina la dinastía circense de los Rivero que se extiende por un siglo.

En Chascomús en 1862, los hermanos Luis y Gabriel Anselmi, nacidos en Montevideo, comienzan con las giras trashumantes bajo la carpa circense. Años después se separan y Luis (1845/1916), continúa con su familia, iniciando otra famosa dinastía de artistas de circo criollo.

Los espectáculos de muñecos mecánicos y títeres son frecuentes en Buenos Aires en estos años; se presentan diferentes obras y una serie de *Mosquito secretario*, *Mosquito desterrado*, *Mosquito centinela*.

OBRAS LOCALES EN DISTINTAS REGIONES

El proceso de unificación de Italia y las acciones de Garibaldi, cuando al tomar Sicilia y Nápoles es aclamado libertador, inspiran varias obras: Fernando Quijano estrena en 1860 en el Victoria su “alegoría mitológica en un acto y en verso” con música, *Italia libre*; Eduardo Gordon escribe *La libertad de Italia* o *Después del triunfo* en 1859, Tomás Giráldez es autor en 1860 de *Garibaldi en Nápoles* y *La toma de Gaeta*, que no llegan al estreno.

En Mendoza, se publica el sainete político *El gobierno de Nazar* de Leopoldo Zuloaga, sátira política del gobernador fechada en 1860, que se incluye en este volumen.

En Buenos Aires en 1861, se estrena en el Colón un drama sobre la Revolución de Mayo, *La América libre* de Bernabé Demaría; el drama en verso en dos actos *¿Locos o cuerdos?*, está entre sus obras publicadas en 1906. La comedia *Don Tadeo* de Claudio Mamerto Cuenca, muerto en

Caseros en 1852, se publica en 1861. La compañía de Rita Carbajo estrena *La novia del hereje*, teatralización de la novela de Vicente Fidel López por Miguel García Fernández (hijo), alumno del autor.

En San Juan, entre 1861 y 1872 Pedro Echagüe presenta sus obras, como la comedia *De mal en peor* publicada en este tomo.

LAS PRIMERAS DRAMATURGAS

En 1862 se publica la primera obra teatral escrita por una mujer: la comedia de costumbres *Clemencia*, drama en tres actos en verso de Rosa Guerra, dedicada al presidente general Bartolomé Mitre; incluye la crítica social y la reflexión sobre la situación de la mujer, así como la necesidad de una educación completa. Esta autora trabaja como maestra desde los 13 años y llega a tener una escuela para niñas elegida por las familias pudientes. Además de educadora, es novelista y periodista; en 1852 se cree que dirige el segundo periódico escrito por mujeres, *La Camelia*, firmado por Las Redactoras cuyo lema es “Libertad, no licencia; igualdad entre los sexos”, y ese mismo año funda otra revista que dirige con su nombre, *La Educación*, y colabora en varios medios. En 1864, año de su muerte soltera, se publica póstumamente un libro de poemas, *Desahogos del corazón*.

En 1862 se registra la obra de otra educadora, Adela Zucarelli, que escribe una comedia para niñas de 9 a 11 años, alumnas de su Colegio Italo-Franco-Argentino, con quienes hace teatro varios años.

La importante educadora, novelista y periodista Juana Manso (1819-1875), publica en 1864 su obra *La Revolución de Mayo*, drama histórico en cinco actos. En mayo se anuncia el estreno en la compañía española de José García Delgado, que no se concreta por “falta de personal”; en junio, la Manso solicita suscriptores para publicar su obra y lo logra en septiembre. La documentación para los personajes, los lugares, el lenguaje, funcionan como apoyo del objetivo moralizador,

mítico y político de la obra. Escribe otras piezas no halladas.

En el Código Civil vigente desde 1871 se formaliza la situación legal de las mujeres, consideradas menores que necesitan autorización de sus padres o maridos para trabajar, manejar su dinero o sus bienes.

AUTORES LOCALES EN BUENOS AIRES Y EN PROVINCIAS

En 1863 el director español Francisco Torres estrena *Los leones de Buenos Aires*, un acto en verso de Tomás Giraldez, periodista, novelista, poeta, soldado, que ridiculiza a los dandis, llamados “leones”. Ese año se estrenan también dos obras de Carlos Luis Paz (1837-1874), novelista, abogado, soldado; el drama en tres actos *Mala madre*, y *Jean Valjean*, adaptación de la novela *Los miserables* de Victor Hugo.

En Gualeguaychú en 1863, Emilio Onrubia estrena a los veinte años su primera obra, *La coqueta de Gualeguaychú*, sátira de sus habitantes. Onrubia (1849-1907), nacido en Paraná, Entre Ríos, es periodista y político. Residente en Buenos Aires, estrena varias piezas y abre el teatro Onrubia en 1889, demolido en 1942.

En 1864 en Buenos Aires, Lucio V. Mansilla estrena su drama *Atar-Gull o Una venganza africana* en el Victoria con la compañía española de José García Delgado; es una adaptación de la novela de Eugenio Sué. Después estrena la comedia costumbrista *Una tía* con la misma compañía, y otra comedia, *Lluvia de sobrinos*, en coautoría con Nicolás Granada. Ese año se repone en el Victoria, con Juan Berenguer, *De novio a padrino*, la obra de Nicolás Granada estrenada en Córdoba en 1858. Otro drama de Tomás Gutiérrez en tres actos y en prosa, *Tal es el mundo*, se estrena en la misma sala; está editado en 1863. También se publica la tragedia *Lucía Miranda* de Miguel Ortega.

En Entre Ríos, se presenta en 1864 en Concepción del Uruguay, *El ángel bueno y el ángel malo* de Francisco F. Fernández (1842-1922),

periodista, político, educador, dramaturgo. Es su primer drama, estrenado a los 22 años con la compañía de Joaquín Argüelles, que abre un nuevo teatro provisorio. Fernández se une a la actriz argentina Arminda Argüelles, hija del director español, con quien se casa más tarde. En Concordia, Eduardo Gordon escribe el apropósito en un acto *La Patria*, dedicado al general Urquiza y editado ese año.

En Córdoba hay estrenos locales: *Un pasante y un dragón*, comedia en tres actos no hallada de Pedro Rivas, poeta y periodista, y *El General Garibaldi*, drama en tres actos y en verso, sin firma.

EDUARDA MANSILLA: CRÍTICA TEATRAL

En 1864 por primera vez una mujer escribe crítica teatral: es Eduarda Mansilla con el seudónimo de Daniel, en el semanario *La Flor del Aire*. En el primer artículo, critica el espíritu de especulación que invade la escena y propone un plan de acción; “pedimos el establecimiento de un conservatorio de música y declamación y una ley protectora del Teatro Nacional”, que obligue a las empresas a poner en escena obras nacionales. Es una precursora: meses después, el diario *La Tribuna* comenta la resistencia de la empresa dramática para poner en escena obras de autores locales y opina que la Municipalidad debería hacer un reglamento de teatro para obligar a presentarlas.

Eduarda Mansilla (1835-1892), periodista, narradora, compositora, dramaturga, escribe en 1873 en Francia, donde se traslada con su marido diplomático, el “proverbio en un acto” *Similia Similibus*, estrenado en francés en París. Regresa a Buenos Aires en 1879; en 1881 estrena el drama *La marquesa de Altamira* por una compañía española y una traducción italiana con la compañía de Morelli; la obra se edita el mismo año. En 1883 estrena el drama *Los Carpani*, no hallado, y publica *Similia Similibus*, que se estrena en francés en 1884.

LA GUERRA DEL PARAGUAY Y LOS ESPECTÁCULOS

En 1865 nuestro Congreso aprueba en secreto el Tratado de la Triple Alianza entre Argentina, Uruguay y Brasil, y se desata la trágica guerra contra Paraguay, que termina con la derrota de ese país en 1870. En los campamentos argentinos en Paraguay, y en Asunción, los soldados y oficiales hacen funciones de teatro.

En Concepción del Uruguay, Entre Ríos, en marzo de 1865 Francisco F. Fernández estrena *El 25 de Mayo de 1810* y *Triple Alianza*, con la compañía de Joaquín Argüelles; se han sumado actores locales y aficionados orientales. En 1881 publica un tomo con 6 piezas, entre ellas su drama “histórico-contemporáneo” en tres actos *Solané*, sobre el alzamiento de gauchos contra “gringos y masones” en Tandil, Buenos Aires, que produce 37 muertes. Es uno de los dramaturgos más estudiados de este período, con abundante bibliografía; sus obras son interesantes como documentos históricos y pueden consultarse en la Biblioteca de Argentores y en la Biblioteca Nacional.

En Córdoba en 1865, Pedro Rivas estrena dos obras, *La Hermana de Caridad* y el juguete cómico *Los pretendientes de Julia* con la compañía infantil italiana de Niños Florentinos; además publica la alegoría *El juramento argentino*.

En Buenos Aires, el único estreno local registrado en 1865 es el drama sentimental de Carlos Luis Paz, *Caridad*. Pero en 1866 se hacen funciones a beneficio de las víctimas de la guerra del Paraguay: el periodista, novelista y autor Luis V. Varela estrena el propósito dramático *Amor filial* con la compañía de García Delgado a beneficio de los huérfanos y heridos de Curupaytí, batalla librada el 22 de septiembre de 1866, una terrible derrota donde muere Dominguito, el hijo de Domingo F. Sarmiento. A fines de 1866 se presenta en el Teatro del Recreo la alegoría del residente cordobés Pedro Rivas *El juramento argentino*, por

actores del Victoria y el Argentino, a beneficio de los inválidos de la guerra del Paraguay.

COMPAÑÍAS FRANCESAS, ITALIANAS, ESPAÑOLAS

En 1868, en el Colón se presenta ópera italiana; en el Victoria la compañía española de Rita Carbajo y Luis Cubas estrena en octubre *La mano de Dios*, drama en 3 actos y en verso del residente cordobés Pedro Rivas; en el Franco-Argentino actúan los Bufos Parisienses; en el Salón del Recreo hay títeres. Una compañía de circo se anuncia por la calle “a caballos y en carros”, con “una música al frente”.

En 1869, se autoriza en Carnaval el primer corso para máscaras y comparsas, un recorrido fijo en las calles engalanadas, y continúan los bailes de máscaras en los teatros y en casas particulares. El 15 de octubre se estrena en el Victoria una obra local, el juguete *Tío y sobrino* del futuro historiador Adolfo Saldías (1850-1914).

Ese año comienza la serie de visitas de grandes actores italianos con la llegada de la trágica Adelaida Rístori, a los 47 años, que debuta con *Medea* de Legouvé traducida al italiano. Sarmiento, que la había visto actuar en Nueva York, la visita en su hotel no como presidente, sino “como uno más de sus grandes admiradores”.

También llega el artista circense genovés Pablo Raffetto (1842-1913), quien se queda a residir con su familia; desarrollará una importante trayectoria en el circo criollo. Y reaparece el Circo Italiano Chiarini, que había actuado en 1829/30; presenta acrobacias, bailes, pantomimas, farsas y escenas cómicas.

En 1870, en Carnaval se autoriza el desfile de carruajes en los cursos de las calles Rivadavia, Victoria y Florida, recorridos por las grandes comparsas criollas, las de negros, pardos y mulatos al son de sus candombes, las de “falsos negros” de jóvenes de clase alta, y las españolas, italianas, francesas, de las colectividades de inmigrantes.

En la nueva sala inaugurada el 23 de mayo de 1870, el Teatro de la Alegría en Chacabuco 151/55, una compañía española estrena *A la una, a las dos y a las tres* de Nicolás Granada. En el Victoria, Casimiro Prieto Valdés estrena la zarzuela local en un acto y en verso *Flores y abrojos*, con música de Ricardo Sánchez Allú; este presenta en octubre su caricatura en un acto *Tres gobiernos bufos* con su propia letra y música. Prieto Valdés y Sánchez Allú son españoles residentes desde 1867 en Buenos Aires.

LA FIEBRE AMARILLA, LOS CONVENTILLOS Y EL TEATRO

Entre febrero y mayo de 1871 una epidemia de fiebre amarilla azota Buenos Aires y muere un 8% de la población; se cree que es una consecuencia de la guerra de Paraguay y el hacinamiento de soldados, como la epidemia de cólera de 1867/68. La fiebre amarilla se presenta en un conventillo de San Telmo, después en la Boca, y se extiende rápidamente. En el sur están los conventillos, surgidos en la década de 1850; son casas antiguas que se alquilan por habitaciones, y entre los inquilinos predominan los inmigrantes, pero también hay porteños y provincianos. Las viviendas de la élite se mudan al norte de la Plaza de Mayo.

El gran trágico italiano Tomás Salvini, de 42 años, debuta en julio de 1871 en el Colón, con poco éxito económico por las consecuencias de la peste, y ofrece varias funciones a beneficio de los huérfanos por la fiebre amarilla; estrena el drama local *El ciego* de Luis V. Varela en italiano. Después llega el famoso actor italiano Ernesto Rossi y también sale de gira por provincias como lo hiciera Salvini.

En el Alegría, la compañía española estrena el juguete en un acto y en verso *¡Vaya un nene!* de Casimiro Prieto Valdés, su segunda obra.

En Rosario, se estrena y edita *La exposición en Córdoba*, zarzuela en un acto y en verso de Manuel R. Tristany con música de Santiago Ramos, sobre la exposición industrial y la inauguración del ferrocarril;

Tristany es un abogado y periodista español radicado en Rosario. En Gualeguay, un grupo de aficionados estrena *Dios perdona* de Rafael Barreda, que presenta 2 actos en Buenos Aires y el 3º en Paraná.

LA SOCIEDAD DE AMIGOS DEL TEATRO NACIONAL

En 1872 se forma esta Sociedad para apoyar a los autores locales con dramaturgos españoles residentes; se quejan de la indiferencia con que se mira en Buenos Aires la dramaturgia y el poco o ningún apoyo que se presta a los que la cultivan. Un eco de esta campaña resuena en Chivilcoy cuando se estrena ese año la comedia en un acto y en verso *Una venganza feliz* de Manuel López Lorenzo (1842-1883), español que llega en 1864, periodista, poeta, político, maestro.

En Gualeguaychú, Entre Ríos, el español Francisco Torres estrena *El triunfo de la inocencia*, “drama de costumbres escrito en esta ciudad”, en 3 actos y en verso cuyo autor se ignora, y señala que “la compañía cree llenar un deber poniendo obras nacionales”; presenta también *Los misterios de Entre Ríos*, otra pieza sin mención de autor.

EL MARTÍN FIERRO

José Hernández (1834-1886), publica en Buenos Aires en 1872 la obra poética *El gaucho Martín Fierro*. El gaucho perseguido cuenta al estilo de los payadores las injusticias que padece cuando los ferrocarriles, los alambrados, la agricultura, las industrias, la inmigración, producen grandes transformaciones sociales; en 1879 publica *La vuelta de Martín Fierro*. El espectáculo de los payadores, el contrapunto improvisado con canto y guitarra, se describe en la segunda mitad del siglo XIX por numerosos testimonios, en distintas regiones del país. La reflexión ética de Hernández inspira a los payadores hasta la actualidad; en especial su consejo, hacia el final: “Procuren, si son cantores, /el cantar con

sentimiento /no tiemplan el instrumento por sólo el gusto de hablar /y acostúmbrense a cantar /en cosas de jundamento”. Para 1917 se han editado más de 100.000 ejemplares de *Martín Fierro*, éxito nunca alcanzado por libro alguno en América, y numerosas versiones teatrales se suceden desde 1890 hasta hoy.

ARTISTAS ITALIANOS Y ESPAÑOLES

En 1873 las visitas de famosos artistas italianos continúan con el retorno de Ernesto Rossi en el Colón, y el debut en el Ópera de la célebre Jacinta Pezzana (1841-1919), actriz, directora y maestra, que actúa largamente en el Río de la Plata.

En el Victoria, Luis Mejía Escassany, actor de la compañía española de García Delgado, estrena su sátira *Las cuatro candidaturas*, y Rafael Barreda edita su comedia en un acto y en verso *Serafin y Serafina*.

En Corrientes y Paraná, el empresario César Ciacchi inaugura el Nuevo Circo Arena, una construcción de madera, la primera de este género en la ciudad “por su comodidad, elegancia, ventilación y espacio”, donde la Real Compañía Ecuéstre de David Guillaume, una de las más antiguas dinastías italianas, presenta acrobacia y pantomimas de gran espectáculo. En la Plaza del Parque, Libertad y Tucumán, actúa la familia Casali, italianos que fundan su circo en 1850 en Milán; se quedan a residir y participan activamente en el circo criollo. La compañía de Raffetto vuelve a la Plaza del Parque y en enero de 1874 está en Corrientes y Paraná.

LA MUERTE DE JUAN MOREIRA

En Buenos Aires, el 1º de mayo de 1874 una noticia policial en *El Nacional* informa que el 30 de abril en Lobos, “ha muerto peleando Juan Moreira, el famoso malhechor”. En su grupo son cinco hombres; la

partida se compone de 20 soldados, el sargento y un oficial, más 10 hombres del batallón de guardia, en total 32. Este episodio tendrá relevancia en el teatro argentino a partir de 1884, diez años después, cuando sube a escena en una compañía circense la pantomima *Juan Moreira*, protagonizada por José Podestá. Transformada en drama gauchesco en 1886, Moreira se convierte en símbolo del gaucho perseguido, y se han estrenado más de 50 distintas versiones teatrales hasta hoy. Mientras tanto el Circo Francés, que ahora encabeza Félix Hénault, hijo de Eugenio, se instala en Corrientes y Paraná con la “compañía ecuestre, mímica, acrobática y de bailes”, que el domingo 28 de junio a las 2 en punto, anuncia antes de comenzar la función, un “sorprendente vuelo acrobático que atravesará la calle Corrientes a la altura de 30 varas por 40 de largo”. En 1875, José Podestá logra su primer contrato profesional como trapeceista circense con la compañía de Félix Hénault, en gira por Uruguay.

LOS ARTISTAS, LAS OBRAS LOCALES Y UNA ESCUELA

El trágico italiano Tomás Salvini vuelve al Colón en 1875; en el Victoria debuta en febrero la compañía española de Hernán Cortés y en marzo en el Alegría el elenco español de Leopoldo Burón.

Por una ordenanza municipal del 26 de junio se prohíbe la representación de la “caricatura político-dramática” en un acto y en verso *El sombrero de Don Adolfo* de Casimiro Prieto Valdés, anunciada en el Alegría; la obra se edita ese año y está incluida en este volumen.

Otros estrenos locales son *El frac y el chiripá* de Antonio Díaz; *Ir por lana y salir trasquilado*, juguete cómico que acompaña la obra anterior y *El mate de las Morales*, juguete cómico precedido de un elogio del mate, ambos de Florencio Escardó (1841/1898), quien nace en Buenos Aires y vive en Montevideo, estrenando en ambas ciudades.

Pureza y vicio, drama en tres actos y en verso de Fernández Espadero, se edita en 1875 y el poeta Pedro B. Palacios -Almafuerte- escribe su drama en cuatro actos y en verso, *Pobre Teresa*, que se conserva en su museo.

El 17 de junio se inaugura una Escuela de Música y Declamación, creada por ley el año anterior y reglamentada por decreto del 16/3/1875; cuenta con 300 matriculados y 600 inscriptos, pero no hay noticias posteriores sobre la implementación de la enseñanza, en particular de la parte teatral, denominada en esa época “declamación”.

En 1876 en el Colón actúa la compañía española del famoso José Valero (1808-1891), de escuela naturalista moderada como la de Julián Romea, gran estudioso y muy preocupado por la exactitud de las puestas en escena; en el elenco está el reconocido actor Juan Reig, quien se queda en el país. Hacia fines de la década del 70, algunas mujeres comienzan a descender de los palcos familiares y de la cazuela hacia la platea del Colón, como sucede en los teatros elegantes de Europa.

El empresario Luis Forlet, tenor llegado al país con una compañía francesa y periodista, estrena la “revista crítico-satírica-homeopática y agrícola” *Las locuras porteñas* en el Variedades, cuya presentación termina con un gran escándalo. Florencio Escardó escribe ese año *No especular con papel* y *Los dos preceptores*, juguetes cómicos aparentemente no estrenados. Y en el Alegría se estrenan dos zarzuelas bufas en un acto en prosa y verso de Casimiro Prieto Valdés, música de Ricardo Sánchez Allú, *Receta contra la crisis* y *La emancipación de la mujer*, esta última incluida en el presente tomo.

En la esquina de México y Buen Orden se instala un circo donde trabajan los Hermanos Carlo y luego la troupe de artistas locales de Antonio Pereyra y sus hijos; tendrán larga actuación en el circo criollo.

En Rosario, la compañía española de Rita Carbajo estrena la revista *La situación y la crisis* con alusiones a la política local, cuyo autor se desconoce.

LA SOCIEDAD PROTECTORA DEL TEATRO NACIONAL

En 1877, el 14 de junio se forma en Buenos Aires esta sociedad, con “lo más brillante de la intelectualidad porteña”. El joven poeta Martín Coronado es un entusiasta promotor y uno de los secretarios, junto con el poeta Rafael Obligado; el presidente es el Dr. Juan María Gutiérrez, rector de la Universidad, que en 1871 había publicado un libro sobre historia del teatro de Buenos Aires. Entre los dramaturgos están Francisco F. Fernández que ha llegado ese año a la ciudad, Miguel García Fernández, Florencio Escardó, destacados literatos y personalidades. Una polémica en los diarios señala que en Buenos Aires hay solo cuatro dramaturgos y que también es necesario formar actores argentinos, contratar compañías dramáticas, remunerar con el tanto por ciento a los autores, fundar una academia de declamación.

Mientras tanto, la compañía española de Hernán Cortés y Tula Castro, con Luis Cubas y José Navarrete entre otros, estrena en 1877 varias obras locales en el Alegría: *Lo que puede el mate* de Francisco de la Torre Torrens, música de Avelino Aguirre; *La rosa blanca*, tres actos en verso, primera obra del poeta porteño Martín Coronado, incluida en este tomo; *La batalla de Santa Rosa (Luchas civiles)* del español radicado Salvador Alfonso; *Un chileno en Buenos Aires* o *Un marinero argentino* del actor Manuel Labrada y Campos, con alusiones a conflictos limítrofes con Chile, que motiva una resolución municipal; *Siempre se acaba donde se empieza* de Florencio Escardó, drama napoleónico editado ese año en Montevideo; y *Contra soberbia, humildad* de Matilde Cuyás, primera dramaturga que sube a escena, obra publicada en este volumen.

En Rosario, en 1877 se estrenan dos comedias en el Olimpo, *No más empleo* y *El último medio*, del autor local Santos Fernández; en la misma sala en 1878 se presentan *Marejadas* de Aurelio Flores y dos obras

de Marianito de la Torre, *La francesita Lisson* y *El gallego Mondoñedo*, dramaturgos locales.

En Concepción del Uruguay, Entre Ríos, Benigno Teijeiro Martínez estrena en 1877 en el Teatro 1° de Mayo su obra *Misterios del tío Pascual*; en 1878 *Por acá y por allá* y la zarzuela *Guerra a los solteros*, con música del maestro Lagarza. En esa ciudad se inicia Martiniano Leguizamón (1858-1935), con *Apuros de un sábado*, presentada a beneficio en 1877 por un grupo de estudiantes entre los que está el autor, y con *La Bandera de Los Andes* en 1878.

En abril de 1878 la Sociedad Protectora del Teatro Nacional elige su junta directiva definitiva, y entabla negociaciones con el empresario del Victoria, para estrenar obras locales seleccionadas por la Sociedad, pagando un porcentaje al autor. El convenio se firma por cinco meses y se presentarán las piezas nacionales, americanas o españolas elegidas por el jurado constituido por Bartolomé Mitre y Olegario V. Andrade. A partir de allí se producen varios conflictos, con los autores rechazados por el jurado, y con la otra sala. Hernán Cortés, empresario del Alegría, alega que está siempre dispuesto a representar obras nacionales y recuerda las estrenadas el año anterior. Cortés estrena desde abril piezas locales: dos obras breves del poeta y periodista español Eduardo Bustillo, su director artístico, residente entre 1877 y 1880, *Razón de estado*, con alusiones a la actualidad política, y el drama *Agustina de Zaragoza*; *Mazarino*, drama en 3 actos del poeta español residente Carlos M. de Egozcue; dos piezas breves, *Entre un tigre y un oso* de Salvador Mario, seudónimo de Luis Ocampo, poeta santafecino, y *Un alma del otro mundo* de C. Perié.

En junio se anuncia en el Victoria con la compañía española que dirige Francisco Rodríguez, la inauguración de “las tareas del Teatro Nacional”, con la obra elegida por el jurado de la Sociedad: *Monteagudo* de Francisco F. Fernández, drama en tres actos dirigido por el autor; asiste el presidente Avellaneda junto a lo más destacado de la

intelectualidad porteña. Luego se estrena con éxito *Luz de luna y luz de incendio* de Martín Coronado, un drama “calcado en las escenas de la tiranía” de la época de Rosas.

En el Alegría, en junio se presenta *La conciliación* de Rafael Barreda, que alude al acuerdo de partidos políticos que lleva a la presidencia a Avellaneda, y *Lo que no puede callarse* de Eduardo Bustillo, parodia de *Lo que no puede decirse* del español Echegaray. En julio se estrena *Cartas trascendentales* de Eduardo Bustillo, en agosto *Pobrecitos de los pobres* de Salvador Mario -Luis Ocampo-, que muere en 1879.

En julio el Victoria no presenta ninguna obra local; en agosto se estrena *Los misterios de Buenos Aires*, petipieza anónima, y *Las quintas* de Echavarría; el día 22 se anuncia que por razones económicas se disuelve la compañía. A partir de allí, la Sociedad Protectora del Teatro Nacional cesa prácticamente en sus actividades.

CIRCO Y PANTOMIMAS

En abril de 1878 se presenta en el circo Arena la Compañía Ecuestre de Cotrelly, que estrena la pantomima *Cendrillon -Cenicienta-* actuada por niños. Entre ellos está la niña porteña Rosalía Robba, quien más tarde será famosa como Rosita de la Plata (1869-1940). Estaría vendiendo flores en el circo, cuando Cotrelly la incorpora al elenco y luego propone al padre llevarla para que aprenda el arte circense, a cambio de trabajar 10 años sin sueldo, costumbre de la época. Rosita viaja a Europa, se consagra como écuyère, y después regresa a Buenos Aires.

En Córdoba se presenta en abril el circo de Guillermo Carlo y Albano Pereyra con la pantomima *Cendrillon*; en agosto están en Buenos Aires con su carpa en Buen Orden y México. Al año siguiente los Pereyra continúan en ese circo y los Carlo regresan a Europa; volverán en 1884.

EL TEATRO POLITEAMA ARGENTINO Y JUAN MOREIRA

Esta nueva sala de Corrientes 1478/90, casi esquina Paraná, donde estuviera el circo Arena, se abre el 1/2/1879 con un gran baile de Carnaval; el 16/6 se presentan la compañía lírica del Colón y el célebre tenor Tamagno, con el presidente Avellaneda y 3.500 espectadores. La inauguración oficial se hace el 6/9 con el trágico italiano Rossi que debuta con *Otelo*. Es el teatro más amplio de la ciudad; en lugar de cazuela y paraíso tiene una extensa gradería. Como su nombre lo indica, la sala se dedica a múltiples espectáculos y por ser de madera tiene una excelente acústica; para los circos, la pista se instala en el centro de la platea y el escenario se transforma en gradería. Es modificado varias veces y demolido en 1956. Allí se estrena en 1884 la pantomima circense *Juan Moreira*, clave del teatro del siglo XX.

El gaucho perseguido aparece en el folletín con el *Juan Moreira* de Eduardo Gutiérrez, publicado entre el 28/11/1879 y el 8/1/1880 en el diario *La Patria Argentina*, basado en el caso real; cuatro años después será adaptado a la escena. Obtiene gran suceso y es editado como libro, lo mismo que las otras novelas gauchescas del autor, originalmente folletines. Gutiérrez describe a Moreira como payador y lo elogia con ardor; cabe recordar que era sobrino nieto de Bartolomé Hidalgo, el poeta fundador del género gauchesco en la literatura.

AUTORES LOCALES SIN COMPAÑÍAS NACIONALES

En Buenos Aires en 1879, se anuncian óperas y operetas en francés y en italiano, una compañía dramática italiana y una española, una sociedad filodramática italiana, circos con pantomimas, magia y teatro de muñecos. Los anuncios en francés o en italiano muestran la fuerte presencia de las colectividades y la moda francesa en su apogeo.

En Mercedes, donde reside hace 3 meses, el poeta Pedro B. Palacios

–Almafuerte– estrena su drama en tres actos y en verso *No hurtar*.

El predominio de las compañías españolas, italianas y francesas, con sus repertorios de ópera, drama, comedia, zarzuela, opereta, varieté, se extiende en Argentina y en otros países de Latinoamérica, y la actividad circense es continuada, aunque no se anuncia regularmente en los diarios. Las grandes figuras europeas recorren las salas del continente y las nuevas modas teatrales se introducen a través de ellas, ya que los intérpretes locales se han dispersado. En Buenos Aires se abren nuevas salas, especialmente lujosas para la ópera o el varieté francés, surge el café chantant y se registra la actividad de titiriteros y espectáculos de autómatas, así como de grupos filodramáticos, en muchos casos de las colectividades de inmigrantes.

Desde 1862 editan y luego estrenan en Argentina las primeras mujeres dramaturgas, como Rosa Guerra, Juana Manso, Matilde Cuyás; desde 1864 escriben crítica teatral como Eduarda Mansilla. El teatro en la escuela aparece también desde 1864 con obras para niñas.

Los autores locales, entre ellos varios españoles residentes, estrenan en las compañías españolas y a veces traducen sus obras para compañías italianas o francesas; hay una producción continua, con muchos autores que estrenan pocas obras. Se inician dramaturgos que tendrán importante obra posterior, como Coronado, Granada, Leguizamón, Onrubia; salvo el primero, debutan en provincias y luego producen en Buenos Aires. El teatro político es frecuente; dramas, comedias, sátiras, revistas, se ocupan de la actualidad con fuerte carga de opinión.

En las compañías trashumantes de circo, que en su mayoría presentan pantomimas, se están formando intérpretes criollos que intervendrán activamente en el resurgimiento del teatro nacional del siglo XX. Aparecen nuevas familias circenses criollas y otras francesas o italianas que se radican y adoptan modalidades locales.

En provincias hay salas donde se presentan compañías profesionales y de aficionados; allí estrenan los autores locales, aunque la mayoría de

sus obras no han sido halladas. También actúan compañías circenses y de títeres; las giras son usuales para todo tipo de espectáculos.

OBRAS DE LA ORGANIZACIÓN NACIONAL 1860-1877

En este período se han seleccionado seis piezas por su interés para ser puestas en escena, ya sea con su texto original, o en versiones o adaptaciones. Las cuatro obras de un acto son sátiras, dos de ellas políticas, y dos con mujeres como protagonistas, una que quiere elegir marido, y otra que se rebela contra su marido. Las dos piezas dramáticas en tres actos también tienen protagonistas femeninas y aparece la primera dramaturga que sube a escena en Buenos Aires.

Se presenta entonces el teatro en verso y en prosa, en uno o varios actos, con valiosos textos dignos de ser recuperados.

EL GOBIERNO DE NAZAR

El sainete político en un acto *El gobierno de Nazar* de Leopoldo Zuloaga (Mendoza 1827-Santiago de Chile 1881), está fechado en 1860. Es el texto teatral más antiguo de Mendoza, según el profesor José Navarrete, investigador mendocino, quien ha colaborado generosamente con esta *Antología*, acercando la obra, informaciones y comentarios. Se reedita en 1927 en Mendoza, en *Homenaje a Leopoldo Zuloaga, poeta, escritor, periodista y político, en el centenario de su nacimiento: 1827-1927*, de Agripino Amado Méndez (compilador).

Según Navarrete, la pieza, compuesta en versos octosílabos con métrica y rima de buen nivel, presenta a Su Excelencia, el gobernador Nazar, a quien nunca se menciona con su nombre, mostrando brutalidad y prepotencia, y huyendo al final con el dinero de las apuestas del juego de naipes. Laureano Nazar fue el último gobernador federal entre 1859 y 1861, año del gran terremoto, en el que tuvo una mala

actuación para salir rápidamente de la crisis, y esto fue aprovechado por la oposición. Más que la fidelidad histórica, interesan las posibilidades de los personajes, expresados con la exageración propia de la farsa, y se esboza una caricatura grotesca, que provoca comicidad y conserva vigencia por su aguda crítica.

El sainete sube a escena en Mendoza en 2002, con el grupo Comando Viceversa en su sala, dirigido por Walter Neira. “En su concepción el director hizo hincapié en los códigos corporales para destacar la burla, la parodia y la sátira llevados a la desmesura casi expresionista, sobre todo en la caracterización exterior, inspirada en los personajes del pintor Molina Campos”, afirma José Navarrete.

DE MAL EN PEOR

La comedia en verso en un acto *De mal en peor* de Pedro Echagüe, probablemente sube a escena en San Juan en 1868, cuando el autor presenta varias de sus obras en el teatro Vasconcellos.

Es una divertida pieza donde Juanita, la protagonista, organiza un plan para lograr que su padre acepte a su amado novio Paciente. Tras el desfile de serenatas de ridículos pretendientes, Rompegalas con tambor y trompa, Caliche con el negro Muleque y su organito, Policarpo con su violonchelo, logra su objetivo con éxito. La acción transcurre en la calle y en el balcón de la casa de Juanita.

Pedro Echagüe, periodista, poeta, novelista y dramaturgo porteño, voluntario en el ejército de Lavalle, acompaña sus restos hasta Bolivia y vive emigrado en ese país, Chile y Perú; en ese período escribe varias obras teatrales, algunas estrenadas en Chile. Regresa a Buenos Aires y es voluntario en la batalla de Cepeda de 1859; en 1860 estrena en el Victoria su drama en tres actos y en verso *Rosas*. Después trabaja en San Juan como visitador de escuelas, y entre otros cargos es instructor general de la Policía y juez del Crimen. Allí se radica, se casa y funda su

familia, y estrena varias obras desde 1861; dirige una compañía infantil y escribe por encargo del gobierno sanjuanino un *Tratado de declamación*. En la década de 1920 se bautiza una calle con su nombre. Uno de sus hijos, Juan Pablo Echagüe -Jean Paul-, nacido en San Juan en 1875, será un prestigioso crítico teatral y escritor en Buenos Aires; una biblioteca que lleva su nombre funciona en la casona colonial donde vivió Pedro Echagüe en San Juan.

EL SOMBRERO DE DON ADOLFO

En Buenos Aires, se anuncia el próximo estreno de la “caricatura político-dramática” en un acto y en verso *El sombrero de Don Adolfo* de Casimiro Prieto Valdés en el Teatro de la Alegría, por una compañía española. Pero la ordenanza municipal del 26 de julio de 1875 prohíbe la representación de la pieza, que se edita ese mismo año. Puede considerarse la primera obra del género revista, según Jacobo de Diego. Sus personajes son Patricia, que simboliza la Patria, Don Domingo, Don Adolfo, Don Nicolás y un criado, en obvia referencia a Sarmiento, Alsina y Avellaneda. La acción se sitúa en Buenos Aires en octubre de 1874 y es una sátira del presidente Avellaneda, presentado como el discípulo obediente y adulator de un Sarmiento enérgico y pedante, con citas de sus propios textos.

En septiembre de 1874 se había iniciado una revolución encabezada por Mitre contra Nicolás Avellaneda y Mariano Acosta, elegidos para la Presidencia de la nación en controvertidas elecciones. Avellaneda era el candidato de Sarmiento, presidente en ejercicio, y gana con el apoyo de las provincias. Alsina, vicepresidente de Sarmiento, renuncia a su candidatura para apoyar a Avellaneda. El 12 de octubre, en plena revolución, asumen Avellaneda y Acosta; Alsina es designado ministro de Guerra. En diciembre los mitristas se rinden en Junín, Buenos Aires, y en Santa Rosa, Mendoza.

El autor Casimiro Prieto Valdés (1847-1906), es un joven español residente desde 1867; estrena varias piezas en Buenos Aires, ejerce el periodismo con el seudónimo de Aben Xoar y dirige publicaciones como *El Alba* y *El Arlequín*, donde incluye numerosas escenas dialogadas.

El sombrero de don Adolfo es la primera obra de teatro prohibida por la Municipalidad. Poco antes, había autorizado una pieza de actualidad, ordenando la supresión de los nombres propios y en la creencia que sería la única de su género que se pondría en escena, pero los actores se caracterizan de modo que los personajes son fácilmente reconocibles, y el interés del público hace que inmediatamente se anuncien varias obras satíricas similares. Los títulos de estas piezas confirman la opinión municipal de que se trata “de lucrar con las pasiones de todos nuestros partidos, sin consultar para nada las conveniencias de la sociedad, ni el respeto debido a las personas”. De acuerdo a la ordenanza del 19/2/1861 que reglamenta la censura teatral, se presenta a la Municipalidad *El sombrero de Don Adolfo*, pero en este caso la opinión es que debe prohibirse por ser contraria al orden público. Entre los considerandos se dice que “es peligroso que los partidos se apoderen del teatro y lo manejen como arma de combate”, y que “el teatro se convertiría en un verdadero campo de batalla”; la resolución niega el permiso para poner en escena la pieza y prohíbe en adelante “la representación de toda obra del mismo género”.

Casimiro Prieto Valdés apela esta resolución ante la Suprema Corte de Justicia que la deniega, y entonces presenta una demanda contra la Municipalidad, donde expone sus argumentos y pide que se permita la representación. En el diario *La Nación* se entabla una polémica entre Santiago Estrada, de la Municipalidad, y José María Gutiérrez, abogado defensor de Prieto Valdés, acerca del derecho municipal a la censura y sobre la libertad del autor para usar la escena como medio de sátira política. Finalmente, la Suprema Corte establece que la censura teatral es “una necesidad de orden público” y que la Municipalidad está

facultada para reglamentarla; por lo tanto rechaza la apelación a los tribunales de Justicia. Esta interesante pieza merece ser revisada.

LA EMANCIPACIÓN DE LA MUJER

En el teatro Alegría en diciembre de 1876 se estrena la zarzuela bufa en un acto en prosa y en verso *La emancipación de la mujer* de Casimiro Prieto Valdés, con música de Ricardo Sánchez Allú. Ha sido editada el año del estreno y en 1878 se repone en la misma sala. Sánchez Allú, español que llega en 1867 a Buenos Aires igual que Prieto Valdés, es tenor, músico, compositor y director, y aporta producciones locales.

Esta ingeniosa sátira se inicia con Amalia, la protagonista, de pie sobre una silla en la sala de su casa, comenzando un discurso por los derechos de las mujeres con “Ciudadanas...”, frente a sus amigas y un coro de señoras. A su marido le dice que “la esclava se ha cansado de sufrir el ominoso yugo”, y en diálogo con Braulia reflexiona, “por qué nos quieren buenas, / si nos hacen ellos malas”, imitando la redondilla de la poeta mexicana Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695), “y después de hacerlas malas / las queréis hallar muy buenas”. Sin embargo hacia el final, Braulia opina: “Pero basta ya de extremos, / ya que, ingratas, olvidamos, / que si por ellos lloramos / también por ellos... comemos”, y el acto termina con un coro lloroso de Todas, pidiendo perdón al marido.

LA ROSA BLANCA

La compañía española de Hernán Cortés y Tula Castro estrena el 16 de junio de 1877 en el Teatro de la Alegría el poema dramático en tres actos en verso *La rosa blanca*, primera obra estrenada del poeta porteño Martín Coronado (1850-1919), importante dramaturgo en el siglo XX.

La obra está fechada el 27/6/1874; en septiembre se presenta un

estudio crítico de Rafael Obligado y Atanasio Quiroga en la Academia Argentina de Artes, Ciencias y Letras, fundada el 9 de julio de 1873.

La acción, en una casa de campo de la provincia de Buenos Aires, sucede en el jardín con flores y arbustos de la entrada, el balcón de la planta alta, un salón interior. La protagonista, Irene –Tula Castro–, una niña de 15 años, huérfana sin fortuna, ha enloquecido. Desvaría triste y melancólica, vestida de blanco con el cabello suelto, obsesionada con las rosas blancas. Gaspar -Hernán Cortés-, joven médico, decide curarla y se enamora de ella. El secreto de la locura de Irene es un misterio del pasado y el personaje de Ramón hace un eficaz contrapunto cómico con los sucesos dramáticos. La canción que Irene repite: “De novia llevo el velo / sobre la frente / y lloro sin consuelo / mi amor ausente”, junto con el tema de las rosas, trae reminiscencias de *Doña Rosita la soltera* de Federico García Lorca, una obra del siglo XX. El poético clima romántico de la pieza de Coronado tiene el encanto del siglo XIX y es una interesante obra para ser puesta en escena.

CONTRA SOBERBIA, HUMILDAD

El 28 de noviembre de 1877 la compañía española de Hernán Cortés y Tula Castro estrena en el Alegría el drama en 3 actos y en prosa *Contra soberbia, humildad* de Matilde Cuyás, de 18 años, la primera mujer dramaturga que sube a escena.

Joven autodidacta nacida en Buenos Aires, Cuyás (1859-1909), dedica su obra a Avellaneda, Mitre y Alsina; luego produce novelas cortas y colaboraciones periodísticas. Era “bella, elegante, inteligente y autora celebrada” por los escritores de su tiempo, algunos de los cuales le dedican sus obras; no quiere casarse sino destacarse en las letras, y habría vivido en Entre Ríos y en Uruguay. Cuyás consigue estrenar su pieza “por el tesón que puso en lograr su representación”, según consta en la edición de la obra, que reproduce parte de la correspondencia con

empresarios y el mismo Cortés. No vacila ante las postergaciones, los problemas de la compañía, el requisito de la censura previa en la Municipalidad. El 14 de noviembre *El Comercio del Plata* anuncia con el título “Dramaturgo con faldas”, la noticia del ensayo de la pieza de “una señorita argentina”. La crítica de *El Correo Español* comenta que “la concurrencia fue bastante regular, la mejor que para presenciar el estreno de obras del país ha concurrido a los teatros de Buenos Aires”; agrega que la autora fue llamada a escena al final de cada acto y dos veces en el último. La crítica de *La Ondina del Plata*, revista literaria para mujeres, firmada por Adelfa, elogia con entusiasmo a la autora, porque “los resortes que mueven la acción están llenos de verosimilitud, la propiedad de los caracteres es natural” y aprueba con entusiasmo la moralidad de la obra. Un padre cree que la felicidad de su hija estriba en el dinero, pero el pretendiente hipócrita resulta un delincuente y el verdadero amor triunfa con el enamorado pobre, empleado del padre primero, y después periodista exiliado a causa de sus escritos. El personaje de María reflexiona: “¡Que haya de influir tanto el dinero en el corazón de los hombres!”. Y Alfredo, el empleado, reacciona ante el padre que invoca los privilegios del dinero: “No, los hombres somos todos iguales, los pueblos con torrentes de sangre ahogaron para siempre los privilegios”. Finalmente, se defiende el derecho de las mujeres a elegir marido, todavía una causa pendiente, en una pieza bien construida, con excelentes diálogos.

Sería un mensaje opuesto a *La emancipación de la mujer* y muestra la preocupación social frecuente en la dramaturgia de las primeras autoras; está muy presente el discurso ético que antepone los valores humanos sobre los intereses económicos o las apariencias sociales. En 1937, la obra es editada por el Instituto de Literatura Argentina dirigido por Ricardo Rojas, gracias a un manuscrito donado por la familia de la autora y fechado en Montevideo el 24 de junio de 1877.

BIBLIOGRAFÍA:

- BISCHOFF, Efraín U., *Tres siglos de teatro en Córdoba 1600-1900*, Universidad Nacional de Córdoba, 1961.
- CASTAGNINO, Raúl H., *Literatura dramática argentina 1717-1967*, Pleamar, Buenos Aires, 1968.
- DE DIEGO, Jacobo A., *Entre Ríos en la dramática argentina*, Cuadernos de Divulgación Cultural 1, enero-febrero, Dirección de Cultura, Entre Ríos, 1970.
- *Diez años de teatro (1852-1862)*, Investigaciones y Ensayos N°18, Academia Nacional de Historia, Buenos Aires, 1975.
- *Grotesco y Revista*, Galerna, Buenos Aires, 1987.
- KLEIN, Teodoro, *El actor en el Río de la Plata II. De Casacuberta a los Podestá*, Asociación Argentina de Actores, Buenos Aires, 1994.
- PODESTÁ, José J., *Medio siglo de farándula. Memorias*, Río de la Plata, Talleres de la Imprenta Argentina de Córdoba, 1930.
- SEIBEL, Beatriz, *Historia del teatro argentino*, Corregidor, Buenos Aires, 2002.

El gobierno de Nazar

Leopoldo Zuloaga

> el gobierno de nazar

Sainete político en un acto en verso.

PERSONAJES

MARÍN
DELATOR
EMIGRADOS CHILENOS
GARAY
EL CURA PONCE
AHUMADA
EL NEGRO CHABOT
GUDIÑO
ARGAÑARAZ
SU EXCELENCIA
COMANDANTE PÁEZ, edecán de Su Excelencia
UN TRAMPOSO

MARÍN: *(Con el jopo espeluznado)*
¡Con que esos tunos se van
sin que logre yo mi intento!
¡Oh rabia! ¡Oh furia! ¡Oh tormento!
No; no se me escaparán.
Infames, viles, osados,
insolentes, atrevidos,
difamadores, bandidos,
anarquistas, desalmados...
¡Escribir contra un ministro!
¿Quién tanta audacia creyera?
Pronto, en la ciudad entera
que se practique un registro,
que se circunden las casas

de soldados y de espías,
que cierre la policía
calles, caminos y plazas.
No se irán, lo juro a fe
por mi jopo y mi pepita,
caerán, canalla maldita,
y los crucificaré.
Pronto, pronto una partida
vuele al Retamo; otra más
a la villa de La Paz
y un piquete a La Dormida.
Que se guarde el Tunuyán,
Uspallata y el Planchón,
las Lagunas, el Zanjón
y el camino de San Juan.
Salgan veinte comisiones
por ciénagas y desiertos,
cierre los campos abiertos
un cordón de decuriones.
Tropa por los cuatro vientos
en ristre alerta la lanza,
que la tierra en mi venganza
retiemble hasta en sus cimientos.
Los he de hacer cien mil trizas,
traerlos a arrastradera,
quemarlos en una hoguera,
y hasta aventar sus cenizas.
¡Ea!, todos al momento
satisfagan mi impaciencia;
tráiganlos a mi presencia
que de cólera reviento.

El furor mi vista amengua
y la bilis se me irrita.
¡Uy!, me viene la pepita
y se me traba la lengua...
No puedo hablar... Solo quiero
que me los traigan al punto...
Si se escapan... soy difunto...
yo me muero... ¡yo me muero!...
(*Cae al suelo pataleando*).

Un delator entra corriendo.

DELATOR: ¡Señor, señor!, vuelva en sí;
traigo un denunciado muy cierto...

MARÍN: (*Sin abrir los ojos*).
¿Se han escapado? Estoy muerto,
muerto, bien muerto, ¡ay de mí!

DELATOR: Zuloaga se va el maldito
disfrazado de peón...

MARÍN: (*Da un brinco*).
¡Cómo! ¿Por dónde? ¡El bribón!
¡Ahora sí que resucito!...
¡Hola!, que los decuriones
al momento en esta hora
a la cárcel sin demora
conduzcan todos los peones.

Un emigrado chileno entra azorado con el jopo en desorden.

UN EMIGRADO CHILENO:
¡Señor!, sin aliento llevo;
se nos va Mira esta noche

dentro del cajón de un coche
que el diablo le prenda fuego.
¿Y permitirá el Gobierno
que se escape ese verdugo
sin estrujarle hasta el jugo
en la prensa del Infierno?
Nosotros aquí apoyamos
cuanta maldad se comete,
en cambio que el gabinete
nos dé lo que deseamos.
A perseguir le ayudamos,
cuanto destruye aplaudimos,
y si liberales fuimos
hoy de déspotas la echamos.
Nadie a pícaros nos gana,
lo ve bien su señoría,
aprovechamos el día
quién sabe que habrá mañana.
Mira se va, pues señor,
y quedamos sin venganza...

MARÍN: *(Escribiendo)*

He aquí una orden: sin tardanza
que se cumpla con rigor.
A la cárcel los cocheros,
queda el fabricar vedado
clase alguna de rodado
con multa a los carroceros.

GARAY: *(Entrando)*

¡Señor!, ¡píaza ha volado
vistiéndose en vez del fraque
un inmenso miriñaque
con que se va disfrazado.

MARÍN: *(Muy serio)*

¡Todos caerán, uno a uno!
Allane usted, ponga en jaque,
de hoy más todo miriñaque,
por si se encuentra ese tuno.
Si no hay inmune lugar
ni en la tierra ni en el agua,
¿por qué también las enaguas
no se habrían de allanar?

EL CURA PONCE:

Es cierto, tiene razón,
según mis propias doctrinas,
pues en cosas femeninas
doy siempre mi absolución.

GARAY: Vengo también a anunciar
que ya se hallan prisioneros
los bribones de tenderos
que se me ordenó arrestar.
Su señoría dispondrá
si porque tengan enmienda,
se les quitará la tienda
o se les azotará.
No debemos andar flojos
con crímenes tan perversos:
a los que lean tales versos
que se les saquen los ojos.

MARÍN: *(Con aire de duda)*

¿Qué dice la teología?
Dé su opinión, señor Cura...

LOS EMIGRADOS CHILENOS:

Señor, lo que más apura
es que obre la policía.
Respecto de esos pegotes
la ley no manda en contrario,
ya probamos en el diario
que pueden darles de azotes.
Lo que importa es atrapar
a los que van disparando,
pues irán desparramando
cuanto interesa ocultar.
¿De qué nos habría servido
matar la publicidad
a golpes de autoridad
y haber el miedo esparcido,
si esos pícaros sin fe,
no oponiéndoles tropiezo
en el umbral del Congreso
llegasen a poner pie?
Los escucharán, sin duda,
porque el Zuloaga es audaz,
temerario y pertinaz
para la verdad desnuda.
Y el Mira con su opinión,
por la altura que ocupara,
nos hará costar muy cara
su activa persecución.
Ellos abrirán la puerta
a las mil quejas que alzarán
entonces, las que hoy pensarán
quizás no hallarlas abiertas,

y al punto vendrían por tierra
todas nuestras bienandanzas,
con las grandes esperanzas
que nuestro designio encierra.
Perdidos sin remisión,
descubierta la malicia,
nuestro influjo en la justicia,
nuestra obra de corrupción,
la prensa que manejamos,
el poder que dirigimos,
las trampas que concebimos,
el tesoro que saqueamos,
todo desaparecerá;
y por desgracia en un día
nuestro plan de compañía
con nosotros se hundirá.
Aún es tiempo de impedir
tan atroz calamidad;
perseguirlos sin piedad,
que jamás se puedan ir.

MARÍN: *(Alborotado)*

Sí, sí; corramos, volemós,
que la cólera me inflama,
mi corazón ronca y brama
¿Por dónde los seguiremos?

GARAY: Por aquí.

DELATOR: No; por acá.

AHUMADA: Aquí va el rastro.

EL NEGRO CHABOT:

Es de mula.

GUDIÑO: Ese polvo que circula
indica que es por allá.

MARÍN: Esparzámonos, señores
por todos lados y ¡espuela!
No hay que andarse con cautela
para tales salteadores;
no haya consideración,
partan todos como rayos,
cansen, revienten caballos,
armen bulla y confusión,
atropellen cuanto al paso
encuentren, sin miramiento,
estoy rabioso, sediento,
de mandobles y de hachazos.
Cual furibundo huracán,
cual atronador torrente,
cual la lava incandescente
del más terrible volcán,
invadamos, arrasemos,
tiro aquí, sablazo allá,
maten, maten, sin piedad,
nada, nada perdonaremos...

*Garay, con toda la comitiva de soldados, espías y delatores,
sale al galope y desparrama su gente en diversas
direcciones, con gran ruido y aparato.*

ARGAÑARAZ: *(Enredado en las colas del frac)*
Señor, en este percance,
creo que mejor sería
el llevar artillería,
que tiene mayor alcance.
Yo puedo poner aquí,

en menos de dos suspiros,
cañones de siete tiros
que alcancen hasta San Luis.

AHUMADA: *(Aparte).*
Eso de armas tiene púas
que traen un recuerdo amargo;
por eso yo nunca cargo
sino limas y ganzúas.

GUDIÑO: *(Aparte).*
Yo soy un domingo siete
que en confusiones me hallo,
nunca he montado a caballo
sino en algún moginete.
¿Qué diablos haré?

LOS EMIGRADOS:

(Aparte).
Nosotros,
sólo hombres somos de pluma
y no entendemos en suma
ni de sables ni de potros;
basta ya con la carrera
y el susto que hemos llevado,
saltando de medio lado
por sobre la Cordillera.
Ya cargamos a ese tonto
de pólvora fulminante,
y antes que el polvo levante
escabullámonos pronto;
nuestro papel es reírnos
por debajo del bigote,

y azuzando a ese pegote
pelechar y divertirnos.

MARÍN: ¡Partamos! ¡Listo estoy ya!
Si me viera Su Excelencia
envidiara mi presencia
y mi espíritu marcial
(*Pone el pie en el estribo*).

Su Excelencia aparece con falucho de plumas y chiripá.

SU EXCELENCIA:

¿Ande va usted a encajarse
con su traza de macaco?
Venga, no sea badulaco,
¿no ve que va a desarmarse?
No quiero, ¡por San Calistro!,
que su negra calentura
lo lleve a la sepultura
y me deje sin ministro.
Pero, ¿de dónde diablos sale
el meter tanto alboroto?
Yo nunca me descogoto
por cosa que no lo vale.

MARÍN: (*Acercándose con humildad*).
Es que acaban de escapar...

SU EXCELENCIA:

Ya lo sé... ¡buenas virutas!
deje que los lleve p...
luego los han de boliar.
Agorita hice salir
comisiones como cruces.
Ni anque fueran avestruces:

¡la perra que se me han d'ir!
Y tuavía por socorro,
si no los topa mi gente,
allá mi primo y pariente
los chicoteará hasta el Morro.

COMANDANTE PÁEZ, EDECÁN DE SU EXCELENCIA:

Disposiciones tan varias
dejan toda ciencia atrás,
pero no estaría demás
sumar las extraordinarias.

SU EXCELENCIA:

¡Qué extraordinarias ni cuernos!...
Aquí yo mando y ¡chitón!...
¡Vaya la Constitución
con su pito a los infiernos!...
Yo no entiendo de leyendas
que me impidan ir al trote:
mi derecho es el garrote,
mi política las riendas.
De esto ni un paso reculo,
si el pueblo me manda torcido
¡pobre ley!, le pego un bufido
y lo hago sentar de c...
Y yo no hablo de por ver;
ya saben mis intenciones,
¡barajo!, tengo calzones:
al que me la haga hi de j...
Van a ver esos gorgojos
si yo me paro en pelillos:
los hi de cargar de grillos
desde los pies a los ojos.

Hi de hacer otro ejemplar
como el que ya han presenciado:
vivos por el empedrado
los hi de hacer arrastrar.
Y después de achucharrarlos
en una hedionda prisión,
montados en un pilón
hasta Chile hi de aventarlos.

LOS EMIGRADOS:

Eso se llama energía
y firmeza sin igual...
(Bajo)
No hay dos como este animal
para hacer una avería.

MARÍN: Tranquilo quedo ahora... ¡Bien!

ARGAÑARAZ: Pienso que tales razones
valen más que mis cañones.

AHUMADA: Y que mis ganzúas.

EL CURA PONCE:

Amén.

SU EXCELENCIA:

Dejemos pues este asunto
que están mis nervios en crisis...
¡A ver: un trago de anís
y pasemos a otro punto!...
(A Marín)
Arregle Don la carpeta
y mientras llega Garay,
moje el gargüero, ¡velay!...
(Le pasa el chifle).
Juguemos una peseta...

MARÍN: *(Huele el chifle y estornuda, extiende la carpeta, la cepilla y le
estira las arrugas).*

A ver, ¿ya están los dados
señor Oficial Mayor?

AHUMADA: *(Soplando el polvo de los dedos)*
Están prontos, sí señor,
emplomados y limados.
(Los pone sobre la mesa).

SU EXCELENCIA:

Venga don Engañaraz
y diga cómo anda el fondo.
¿Hay banca?

ARGAÑARAZ: *(Metiendo el brazo hasta medio cuerpo en una de las colas del
frac. Aparte).*

¡Por Dios, que está hondo
el bolsón de Barrabás!...
(Saca un papel y un bulto).
A la orden que ayer me dio
Vueselencia, el Tesorero
responde que no hay dinero,
que ya el erario quebró,
que no hay ni para pagar
un mes sólo a los serenos.

MARÍN: ¿Y el impuesto?

ARGAÑARAZ: ¡Estamos buenos!
¿El impuesto popular?
Con él pagué a Su Excelencia
lo que anoche ganó a Usía.

MARÍN: Pues que entre la Policía,
por ser caso de insolvencia,

a reemplazar los serenos;
que así no habrá que pagar,
pudiendo el sueldo atrasar
uno o dos años lo menos.

LOS EMIGRADOS:

¡Soberbio! ¡Palmerston mismo
tal concepción no tuviera!
(Bajo)
¡Dios santo, qué ratonera!
Esto pasa de cinismo.

ARGAÑARAZ: Treinta pesos aquí traje,
último resto obtenido
de los mil que se han pedido
al Síndico del Buen-Viaje.

SU EXCELENCIA:

Eche acá...

ARGAÑARAZ: Item cuarenta,
por entradas de este día
que entregó la policía
de multas, según su cuenta.

SU EXCELENCIA:

Eche...

ARGAÑARAZ: Doscientos pesotes
que el Juez remite...

SU EXCELENCIA:

¡Cañueta!

ARGAÑARAZ: Por una humana conmuta
de una sentencia de azotes.
Empero aún presos están

por haber leído unos versos
esos tenderos perversos
que la multa a sufrir van.
Por consiguiente...

LOS EMIGRADOS:

Alto ahí,
eso no le toca al fisco,
cual si se chupara un prisco
si no en mitad.

SU EXCELENCIA:

¡Cómo así!

LOS EMIGRADOS:

Como decimos, señor,
entre nosotros y el juez
hay un trato de interés
que cumplimos con rigor.
Nosotros para hacer reales:
por el diario, por la ciencia,
por el foro, por la influencia,
fabricamos criminales;
azuzamos, intrigamos,
iniciamos cien procesos,
y como diestros sabuesos
las talegas olfateamos.
Si alguien lee versos, el diario
grita luego: "¡Azotes!, ¡multas!".
Si sus maldades ocultas
se citan a un fraile nefario,
le defendemos al punto
para estrujar al autor.
¿Se persigue a un escritor?,

también es nuestro el asunto.
¿Quiere cerrarse una imprenta?,
ya estamos tras el fiscal;
doquier sembramos el mal
con tal que nos haga cuenta.
Por su parte, el Juez aplica
la pena cual la pedimos,
estruja al que le exigimos
o, de no, lo crucifica;
y como en este negocio
mutuamente nos servimos,
el fruto nos repartimos
en amistoso consorcio.
La mitad para el Gobierno,
de la otra, en justa armonía,
se parte la compañía
con el arreglo más tierno;
de modo que de esa suma
de los tenderos, nos toca...
cien justos.

Durante este discurso Su Excelencia ha estado guiñando a su gente, para que arme camorra a los emigrados.

ARGAÑARAZ: Parece loca
esta canalla de pluma
cuando siente olor a plata.
Pero es el caso, señor...

SU EXCELENCIA:
(A Argañaraz)
Eche acá, se hará mejor
la suma de que se trata,
y queden todos en paz...

GUDIÑO: ¡Qué mozos tan temerarios!

AHUMADA: Así son los mercenarios...

EL CURA PONCE:

¡Se nos metió Satanás!

ARGAÑARAZ: Pero, señores...

GUDIÑO: No hay pero,
con esos suizos belitres.

AHUMADA: Son una banda de buitres
tratándose de dinero.

LOS EMIGRADOS:

¡Y consiente Vueselencia!...

(Bajo)

En buena estamos metidos
con este hato de bandidos.

MARÍN: *(Con síntomas de pepita)*

¡Prudencia, amigos, prudencia!

LOS EMIGRADOS:

¡Suizos, buitres, mercenarios
nosotros! Qué torpe pago
a los servicios...

SU EXCELENCIA:

¡Me c...

en sus servicios... canarios!
¿Qué me importan esos malos
palotes y algarabías,
si puedo hacer de las mías
y gobernar bien a palos?
¡Eh!, que se guarden su enojo
los pelagatos trompetas,

yo en asuntos de pesetas
lo que apestillo no aflojo.

LOS EMIGRADOS:

(Asustados y retirándose a un rincón. Bajo)

¡La sacamos de mi flor!
Nos roban lo que robamos.
¡Entre qué gentes estamos;
a un pícaro otro mayor!

ARGAÑARAZ: Pero, señores; si al fin
los doscientos de la gresca,
aún andan de ellos en pesca
y no están hechos botín.
Puede ser, según el juez,
que los tenderos apelen,
y que los doscientos vuelen
o se reduzcan después;
que la paz vuelva reputo
con lo que decir acabo.

MARÍN: *(Dando un suspiro abogado)*
¡Eso hubiera dicho el pavo!

SU EXCELENCIA:

(Mirando de reojo)
Que el diablo te lleve, bruto.

LOS EMIGRADOS:

(Bajo)
No perdamos la esperanza
y recobremos el puesto...

Se enderezan y se acercan a la mesa. Marín sale a su encuentro, sonriéndose, con la boca de oreja a oreja.

MARÍN: Vamos; olvidemos esto,
son genialidades, chanzas;
cada hombre tiene sus cosas
peculiares mientras manda.

LOS EMIGRADOS:

(Con entusiasmo)
¡Oh, sí! Federico el Grande
también las tuvo y famosas;
la historia, en su áureo pico
confundirá sin violencia
el tipo de Su Excelencia
con el del Gran Federico.
Mañana una apología
brillante haremos, señor,
del señor Gobernador
y otra de su Señoría,
¡qué de virtudes por cientos!...
mas... si conseguir pudiera
no la mitad, la tercera
parte de aquellos doscientos!...

SU EXCELENCIA:

Che, Gudiño, echá la gente
que venga a jugar al monte
aquí a mi lado o enfrente.
¿Convidaron los demás?

AHUMADA: ¿Quiénes?

SU EXCELENCIA:

¡Eh!, por descontado,
todo fallido o quebrado,

los tramposos y otros más.
Me gustan esos paisanos,
porque nunca en sus gabetas
hacen falta las pesetas
que aliviaron a otras manos;
que no den nombres pocados,
me atraco a pillos de jaulas
y no puedo ver, por maulas
a los que llaman honrados;
con que así, recoja la hebra
y le mando que me ataje
a naides que aquí se encaje
que no haya hecho trampa o quiebra.

AHUMADA: Allí vienen.

Entra una pandilla de espuelas roncadoras, capas apollilladas, sombreros grasientos, etcétera.

SU EXCELENCIA:

(Examinando las caras)

¡Buen envase!
Toda gente de pelea...
sólo aquel... puede que sea
medio honrado... pero, pase.

El pelotón circunda la mesa, y Ahumada va señalando su lugar por categorías a los fallidos, a los quebrados, a los serviles de profesión, a los imbéciles y a los emigrados. Se principia el juego de naipes y dados, con intervalos de vino y aguardiente. Mucha bulla, reniegos, carcajadas. Marín hace de maestro de ceremonias y llena constantemente el vaso de S. E. Su Excelencia eructa como un trueno cada diez segundos, y de cuarto en cuarto de hora se levanta a orinar a dos pasos de la mesa, y torna a beber, jugar y eructar. Los emigrados chilenos retocan la historia de la Constituyente e intercalan nuevos caracteres.

GARAY: *(Llega cubierto de polvo).*
Malas nuevas desembucho,
se escaparon, ¡ay de mí!...

SU EXCELENCIA:

(Se levanta bamboleándose).
¿Se escaparon? ¿Cómo así?

MARÍN: *(Con síntomas de pepita).*
¡Que se escaparon! ¿Qué escucho?

GARAY: ¡Ay!, de nada, lo concibo,
me ha valido la Gramática,
política, diplomática,
ni derecho positivo!
¡No me valió el Peña y Peña
paradojas, turbulencias,
inmunidad y tantas ciencias
que la emigración me enseña!
Me he quebrado los tornillos
en estudio consular
y no he podido alcanzar
a esos grandísimos pillos.
Pienso ya con Su Excelencia
que para salir del paso
vale más que un libro, un lazo
y el garrote que la ciencia.
Escuálido me hacía cruces,
paradójico corría,
¡impunidad!, me decía,
¡a qué extremo no conduces!
Yo aconsejaré al Gobierno
como de tanto bellaco...

SU EXCELENCIA:

(Pateando impaciente)
Al grano, don badulaco,
¡y acabe, por el infierno!

LOS EMIGRADOS:

(Bajo)
Vive Dios, que el mulatillo
nos va saliendo pedante,
lástima que ese elefante
tenga tan duro el colmillo
que sino... ¡cielos divinos!,
le hiciéramos al instante
en estilo altisonante
decir cien mil desatinos...

GARAY: Digo, pues, que he galopado
sin alcanzar a ninguno
mas no queda coche alguno
ni peón que no haya apresado.
Si parece a Su Excelencia,
que los peones se fusilen
y los coches se aniquilen
en un fogón, experiencia
tendrán en esta ocasión
los que por su mal pecado
quieran fugarse en rodado
o con el disfraz de peón.

SU EXCELENCIA:

(Dando un puñetazo y haciendo saltar los vasos y botellas)
¡Con que se fueron! ¡Por Cristo!
Yo necesito cebar
mi rabia en alguien, matar...

¡Aquí mis pistolas! ¡Listo!
¡Mis pistolas!, ¡mis pistolas!
*(Corre desalentado a otro cuarto, volteando sillas y mesas;
confusión general).*

MARÍN: *(Con el jopo espeluznado)*
¡Se fueron! Voy a morir.
No, no lo puedo sufrir,
yo muero...
(Cae pataleando).

SU EXCELENCIA:

(Vuelve a aparecer).
¡Allá van las bolas!
(Tira las boleadoras al medio del grupo).

Exclamaciones, desparramo y disparada.

Me desquitaré con esto,
de la rabia que me inmuta
¡y cuidado, hi... de p...
con hacer un solo gesto!
*(Se arroja sobre todos los montones de dinero y hace un atado con
la carpeta, yéndose con él).*

*Todos los concurrentes permanecen tendidos, unos en el
suelo, otros debajo de las mesas.*

ARGAÑARAZ: *(Alzando con cautela la cabeza por bajo una de las colas del frac).*
¿Si estaré vivo?

EL NEGRO CHABOT:

¡Qué copo!

UN TRAMPOSO QUE GANABA:

Mal haya suerte cornuda.

EL CURA PONCE:

Aquí anda el Diablo sin duda,
¡me voy a traer el hisopo!

*Sale y tras él van levantándose y desapareciendo como
sombras los convidados.*

MARÍN: *(Llorando a gritos)*
Perdido, sí, estoy perdido...

LOS EMIGRADOS:

No desespere, señor;
fibra, entereza, valor,
no hay que darse por caído.

MARÍN: ¡Ay!, perderé el ministerio,
la imprenta, la vocalía,
no me dirán Señoría,
que es el más grato sahumero...

LOS EMIGRADOS:

¡Locura infausta!

MARÍN: *(Moribundo)*
¡Tampoco
se acordarán ya, ¡oh, dolor!,
ni aun para hacerme tutor
siquiera de un triste loco!

LOS EMIGRADOS:

(Aparte)
Vaya un imbécil...

MARÍN: *(Con voz de ultratumba)*
Perder,
tantas y tantas pitanzas,
¡que en tan locas esperanzas
me pensaba enriquecer!

¡Oh, no!, que antes me verán
tomar veneno...

ARGAÑARAZ: *(Aparte)*

¡Jesús!
¡Si le produce aquel flus
del que se tomó en San Juan!

LOS EMIGRADOS:

¿Por qué ese pecho cobarde
se anonada por tan poco?
¿Su Señoría está loco?
Para vengarse aún no es tarde.
Dos pícaros han volado;
¿qué importa? Sólo son dos,
y aún nos quedan, ¡vive Dios!
por coger un buen puñado.
Godoy, el chico y el viejo,
el cónsul de Manuel Montt,
Sosa, Bustos y don León
y aquel otro gran conejo
de don Juan Rosas. Aún más,
¿se han olvidado de Videla?
¿y los dragones? ¡Canela!
¿y otros que aún hay más atrás?
Su Señoría no es leso
para no contar por cierto
como enemigo encubierto
todo ese Club del Progreso.
Esos que le hacen la corte
con adulón embeleso,
si pudieran al pescuezo
le apretaran un resorte.

Son serviles y adulones
que a todo el que arriba sube
hoy le alzan en una nube
y ayer fueron sus sayones.
Eche la vista a los lados:
no hallará más que contrarios,
federales y unitarios,
comerciantes y hacendados.
Es un pueblito, no hay duda,
de salvajes y bandidos,
saquémosle los sentidos
y cuenten con nuestra ayuda.
Hay mucho que destruir,
hay mucho que cosechar;
no hay, señor, que desmayar,
no hay que dejarse morir.
Si enemigos todos son,
¡guerra a las bolsas de todos!
Para arruinar hay mil modos
a quien haga oposición.
Fundemos aquí el imperio
de nuestra Constituyente
y mientras el sol caliente
seremos el ministerio.

MARÍN: *(Volviendo en sí)*
¡Oh, apóstoles del saber!
¡Oh, mártires de un tirano
que no comprendió, inhumano,
todo vuestro gran valer!
Soles de liberalismo,
de democracia lumbreras,
de activa honradez palmeras,

aurora de patriotismo
venid, venid a mis brazos,
ahora consiento en vivir,
puesto que nos han de unir
tan estrechísimos lazos.

Se abrazan con entusiasmo.

TRÍO FINAL: Que nuestro canto guerrero
y nuestro bello estandarte
digan de hoy más: “¡Gloria al arte
de robar honra y dinero!”.

*Tremolan en alto el frac de Argañaraz, como el símbolo más
fiel de la idea; Marín abre tamaña boca extasiado.*

LOS EMIGRADOS:

(Retirándose en puntillas de pie, entre bastidores)

Vaya un mundo impertinente
para un pueblo, y cual el fruto
que de un imbécil y un bruto
saca la Constituyente.

FIN

Mendoza, 10 de septiembre de 1860.

De mal en peor

Pedro Echagüe

> de mal en peor

Comedia en un acto.

PERSONAJES (Por orden de aparición)

PACIENTE
JUANITA
ROMPEGALAS
BRAULIO
CALICHE
MULQUE
DON POLICARPO

ACTO ÚNICO

EL TEATRO REPRESENTA UNA CALLE: A LA IZQUIERDA DEL ACTOR HAY UNA CASA CON PUERTA DE ENTRADA Y UN BALCÓN. ES DE NOCHE. SALE PACIENTE Y SE DETIENE FRENTE AL BALCÓN.

ESCENA PRIMERA

PACIENTE: Un postigo se halla abierto,
y transparenta el cristal,
la luz que alumbra la alcoba
de mi adorada beldad.
Vela por mí...

Suenan las doce.

Son las doce,
ya poco debe tardar.
Esperaré aun cuando el hielo

descienda mi sangre a helar.
Ser tan pobre como soy... *(Se va retirando del balcón hasta quedar en la vereda opuesta)*.
Ser su padre tan tenaz,
tan caprichoso... ¿ah, qué estrella
me trajo un día a su umbral?
Ya se ve; huérfano, aislado,
sin parientes, sin hogar,
y con instintos opuestos
a los de todo haragán,
quise aprender algún arte
y ocasión tuve de hallar
en el padre de Juanita,
un profesor especial,
un joyero cual no cuenta
otro alguno esta ciudad.
Pero si el cincel mostró
en mi mano habilidad,
fue al par que en mi alma sentía
crecer de amor un raudal.
Joven Juanita, yo joven,
ella bella sin igual,
yo sensible hasta el extremo,
generosa ella demás,
ambos caímos bien pronto
en extravío fatal.

ESCENA SEGUNDA

Paciente y Juanita. Al balcón.

JUANITA: Aunque la noche es oscura
y no es fácil atinar...
me parece que aquel bulto... *(Tose)*.

PACIENTE: ¡Dios mío! Esa es la señal... *(Va hacia el balcón)*.
¡Juanita!

JUANITA: ¡Paciente, amigo!...

PACIENTE: Bella mía, ¿cómo estás?

JUANITA: Sin verte, amándote tanto,
¿cómo lo podré pasar?
¿Recibiste mi esquelita?

PACIENTE: Bien te lo puede explicar
el hecho de hallarme aquí.
Tu buena prima Pilar
nunca excusa en tu servicio
hacer lo que a hacer le das;
y hoy de mañana...

JUANITA: Bien, pues,
no hay tiempo a desperdiciar,
y en breves palabras quiero
decirte amigo lo que hay.
Seis meses van ya corridos
desde la noche fatal
en que mi padre de casa
te arrojó tan sin piedad:
seis meses desde esa noche
que en juramento formal,
declaré delante de él
cual lo pudiste escuchar,
ser tuya, o morir soltera

si no lo podía lograr.
Desde ese entonces, continuo
mi padre alardeando está
ser el más condescendiente
de cuantos padres habrá.

PACIENTE: Condescendiente en el nombre,
tirano en la realidad.

JUANITA: Clasifícale cual gustes,
mas déjame continuar.
Desde ese entonces, repito,
me amonesta sin cesar
que pasee y me distraiga,
y busque cuanto a mi edad
pueda prestarme ilusiones,
pueda mi antojo llenar;
pues si para darme pruebas
de su mucha voluntad,
tiene que sufrir me ausente
esposa de algún galán,
soportará hasta mi ausencia
caro Paciente, con tal
que te olvide!...

PACIENTE: ¿Habrás visto
persistencia más bestial?
¿Conque porque mía no seas,
más que seas de un patán?

JUANITA: De su ofrecimiento amigo,
ventaja piensa sacar.
¿Qué noche es esta?

PACIENTE: ¿Qué noche?...

¿Piensas la pueda olvidar?...
Esta noche es, prenda mía,
víspera de tu natal,
y aun que mi presente es pobre
anticipado ahí va. (*Tira al balcón un anillo envuelto en un
papelito*).

JUANITA: ¡Hermoso anillo!

PACIENTE: No tiene
más mérito que el de estar
trabajado con el oro
que comienzo a ganar ya.

JUANITA: ¿Tuya es la obra?

PACIENTE: Sí, mía.

JUANITA: Te felicito por más.
Pero vuelvo a mi relato,
que importa no descuidar
que la hora avanza y pronto
nos debemos separar.
Tú conoces cuán chistosa,
cuán amena y popular
es mi prima, para quien
no hay irremediable mal;
y ha tomado por su cuenta
el que sufro, remediar;
explotando de mi padre
la conducta en uso actual.
Con tal intento, ha dos meses
que intriga sin descansar
haciendo creer a tres tercios,
averiados además,

que tengo hacia sus personas
un afecto singular:
esto, por supuesto, lo hace
contando conque no hay
la relación más pequeña
entre los tres a burlar.
Y ellos, que admiten por más
las misivas que les da
fraguadas allá a su antojo
mi buena prima Pilar,
han tenido ya el coraje
de procurarme y trabar
diálogos en que la duda
dejé estudiosa al final.
Ahora bien, a fundamento
de ser mañana San Juan,
y con anuencia obtenida
de mi padre en especial,
a traerme una serenata
cada uno en particular,
precisamente, sin falta,
mis tres tenorios vendrán.

PACIENTE: Y de semejante farsa
¿qué bien, di, reportarás?
Si se encuentran aquí, acaso
haya una gresca fatal...

JUANITA: Tienen horas señaladas
y a sus horas llegarán.

PACIENTE: Persisto en lo dicho, amiga,
¿qué bien vas a reportar?...

JUANITA: ¿Qué bien? El de hacerme tuya.

PACIENTE: ¡El camino es singular!

JUANITA: Pero no dudoso.

PACIENTE: ¿Cómo?...

JUANITA: ¿Crees acaso que podrá
ser mi padre indiferente
a la impresión infernal
que de mis tres pretendientes
al verlos recibirá?
Yo estaré por el más feo,
él por ninguno estará
y ya que no sea esta noche,
mañana a mucho tardar
conocerá sus personas...

PACIENTE: ¿Pues no las conoce ya?

JUANITA: Sólo de nombre.

PACIENTE: Está bien,
prosigue amiga, ¿qué más?

JUANITA: Lo demás es de esta farsa
el objeto principal.
Diré que quiero casarme,
no lo permito dirá
mi padre... le porfiaré
tal vez me porfíe él más;
le acordaré sus promesas
y no las podrá negar,
pero buscando en la lucha
términos para transar,
te recordaré, y entonces,

cierta estoy, te aceptará
como prenda intermediaria
para afirmarse la paz.

PACIENTE: Quiera el cielo, amiga mía
que termine bien tu plan.

JUANITA: Escucha, siento pisadas...

PACIENTE: Yo también siento se dan.
Tal vez del primero sean (*En aire burlón*)
que al viento viene a arrojar
las notas que en dulce son
anticipen tu natal:
prudente es que me retire...

JUANITA: No lejos de por acá,
que importa todo lo observes.

ESCENA TERCERA

*Rompegalas, un tambor y un trompa.
Paciente se retira por un bastidor de la derecha del
espectador, apareciendo a ratos por el fondo del mismo
costado.*

ROMPEGALAS:

Muchachos, esta es la casa,
y este es el campo del ataque (*Dando un golpe con el pie en
el lugar que se para*)
la trompa sus sonos saque,
atruene el tambor la plaza.
¡Ataque!

*Tocan ataque unos breves momentos y Rompegalas baila
en un pie girando sobre el otro.*

BRAULIO: (*Dentro*)

Gracias, señores:
lindo ha estado y sin el susto
que me ha llevado, mi gusto
alcanzará a los mayores.
¡Muy buena noche!...

ROMPEGALAS: Eso no,
que si un ataque le gusta,
con otro ataque se ajusta
el gusto que al susto huyó.
Por otra parte, preciso
completar mi diligencia,
y Juanita su presencia
hasta aquí traerme no quiso.
¡Ataque!

Se repite el ataque y el baile.

BRAULIO: ¡Por Dios, ya basta!

ROMPEGALAS:

¿Qué ha de bastar, señor mío?
mientras no me quite el frío
aquí juro hacerme plasta.
Juanita además, no aporta,
y a ella destino una diana,
que durará hasta mañana
consultando sea corta...
¡Diana! (*Se toca*).

BRAULIO: (*Dentro, después de oír la diana*)

¡Juanita, por Dios!
¿qué te has hecho?... ¿Así me dejas

despedazar las orejas
con el ruido más atroz?
¡Juana! (*Llamándola*).

JUANITA: ¡Señor!

BRAULIO: ¿Qué te has hecho?

JUANITA: Pero señor, ¿qué he de hacerme?
con la diana entretenerme
repantigada en mi lecho.

ROMPEGALAS:
¡¡Diana!! (*Se toca*).

BRAULIO: (*Dentro*).
¡Esto ya es insoportable!
(*Abre la puerta de calle y sale a la escena con gorro de dormir, en mangas de camisa y con pantalón, caminando sólo con las medias*).
¡¡Caballero!!... (¡ay Dios, un tuerto!...)

ROMPEGALAS:
Se sorprende usted, ¿no es cierto?
Nada más justificable.
Yo no tenía el honor
de conocer su persona,
pero tanto bien me abona
mi corneta, y mi tambor. (*Señalando a ambos*).
Ignoro si usted sabrá
que soy Julián Rompegalas,
o el sargento come balas
como se me nombra ya.
Pero estoy de amor furioso
por aquel ser de su ser (*Señalando al balcón*)
con quien usted puede ver
en mí un hijo y un esposo.

BRAULIO: (*Aparte*)
O estoy soñando despierto
o no sé lo que me pasa...
¿Yo hacer cuartel de mi casa
regenteado por un tuerto?...

ROMPEGALAS:
¡Con cuánta atención me mira! (*Aparte*).

BRAULIO: ¡Con cuánto aplomo se queda! (*Idem*).

ROMPEGALAS:
Si hay algo en que servir pueda...

BRAULIO: Sí, mi señor Rompelira.

ROMPEGALAS:
Rompegalas, mi señor.

BRAULIO: Dispense usted si confundo...

ROMPEGALAS:
Yo solo quedo en el mundo
de tal nombre portador
y no es extraño...

BRAULIO: Pues bien...
señor Rompe...

ROMPEGALAS: Rompegalas.

BRAULIO: Siento mis orejas malas...
malas mis piernas recién.
Sin duda el aturdimiento...
la emoción... la hora y el frío...
En resumen, señor mío (*Incómodo*),
quiero dormir al momento.
Este traje no es a fe
propio para hacer la corte,

y espero que usted se porte generoso, yéndose.

ROMPEGALAS:

Como soldado me agrada la franqueza, ¡vive Dios! y veo que entre los dos puede ser bien observada; pero para dar aliento a mi amante corazón, quisiera sobre el balcón ver a Juanita un momento.

BRAULIO: ¡Juana!... ¡Juana!... *(Parándose junto al balcón. Llamándola a gritos).*

JUANITA: *(Dentro)* ¡Padre, voy!

Buenas noches, Don Julián. *(Asomándose).*

ROMPEGALAS:

Hurí de las del Corán buenas también te las doy.

JUANITA: Mi padre está un poco enfermo y es preciso se recoja.

ROMPEGALAS:

(Aparte)

¡Y hoy tan luego se le antoja enfermarse a este estafermo! Será hasta mañana. *(A Juanita).*

JUANITA: Bien.

ROMPEGALAS:

¿A qué hora?

JUANITA: Lo más temprano que se pueda.

ROMPEGALAS:

Esta es mi mano. *(A Braulio).*

¡Con que hasta mañana!

BRAULIO:

¡Amén!

ESCENA CUARTA

Braulio, Paciente. Al fondo.

BRAULIO: ¡Estoy abismado!... ¡y luego, sobre abismado, furioso!

PACIENTE: ¿Quién te inspiró viejo odioso jugara tu hija con fuego?

BRAULIO: De mal grado estuvo Dios cuando inventó la mujer, pues en ella hubo de hacer del capricho un saco atroz. ¿Después de aquellos amores de Juanita con Paciente, hoy ella admite imprudente de este cíclope las flores?... Ella que tanto burlaba las caras de mascarón, para su propia irrisión hoy un mascarón alaba; y es lo peor que ni derecho me cabe reconvenirla, pues que yo supe decirla podría hacer lo que ha hecho. *(Se entra).*

ESCENA QUINTA

Juanita al balcón, luego Caliche y el Muleque.

JUANITA: Se ha entrado... tras sí cerrando
la puerta a llave y cerrojo:
si lo espanta el de un solo ojo
¿qué no hará todo mi bando?
Siento pisadas, y allí
a corta distancia, veo
sombras que a mi juicio, creo
son de la gente en marcha aquí. *(Medio se oculta).*

CALICHE: *(Saliendo)* Muleque, ¿andamos ya cerca?
(Saliendo por el fondo derecho del actor. Muleque trae un organito al hombro).

MULEQUE: Sin señó, mi cencritita.

CALICHE: Si ves que alguien viene, evita
llegar, ¡que hay gente muy terca!

MULEQUE: Su mincé ya conocía
ra casa?¹

CALICHE: Si fuese así,
carbón del diablo, de ti,
¿para qué, di, me valdría?
La dulce prenda a quien vengo
a celebrar, la he tratado
allá en un barrio apartado,
en casa que amistad tengo.
¿A que tomaras las señas

1. En la jerga empleada por el negro, es indispensable que la erre se emplee con el valor de ere aun cuando se halle al principio de palabras.

de exprofeso te mandé,
tú las sabes, y ahora sé,
que en que las sepa te empeñas?

MULEQUE: Ya trumpizamos señó
crun lo portón.

CALICHE: Pues descanso
dale a la máquina, ganzo,
que lo demás lo haré yo.

Al verlos Juanita en medio de la escena, dice los siguientes versos y se retira cerrando el balcón

JUANITA: Mientras a su desempeño
se da esta otra división,
blando asiento en mi colchón
buscaré, ya que no sueño.

CALICHE: Llama a la puerta, Muleque.

El negro da con el llamador ocho golpes seguidos.

BRAULIO: *(Dentro)* ¡Santa Bárbara bendita!...
A quien sea Dios permita
que la mano se le seque

Muleque da 14 golpes.

¡Santo Dios de la Paciencia!
¿qué delito he cometido
para morir aturdido
entre atronante insolencia?

CALICHE: ¿Respondieron?

MULEQUE: Sin señó.

CALICHE: Pues allá va mi esquinazo.

MULEQUE: Minjó que lotro gorpazo...

CALICHE: ¡Calla! Que a llamar voy yo. *(Toca algún pequeño trozo).*

BRAULIO: *(Dentro)* Gracias, mil gracias, señores...
o señor, su acaso es uno;
salir me fuera importuno...
sintiendo estoy mil dolores.
Mañana me haré visible
a cualquier hora del día.

CALICHE: Respóndemele a ese Usía
que es un mal criado insufrible:
que no busco su persona
ni gusto tendría en verla,
que es Juanita, es esa perla
la que mi venida abona. *(Hace señas a Muleque
y este vuelve a dar golpes en la puerta).*

BRAULIO: *(Dentro)* ¡Basta ya por Barrabás!

MULEQUE: Dice er amo a su mincé
que es un ambitrioz y que
no re importa vere más;
que ará cama se cariente
y que repache aca ñiña,
cararé prata re piña
branco eré mafiel ro riente
y yo ingrego pa mi cuenta
que su mincé es un man crio,
que re gorpiao... ¡re gorpiao!...
y amber quien es no presenta
Ya ro reté y se calló. *(Viniendo de carrera hasta donde está Caliche).*

CALICHE: Como se calla esa ingrata,
que acaso oyó mi tocata,
que acaso mi voz oyó.

MULEQUE: ¿Re gómprio otra vez?

CALICHE: Primero
de mi música el sonido,
otra vez busque el oído
de esa cruel alma de acero.

Toca otra vez el órgano, y al concluir llama Muleque con nuevos golpes. Braulio abre de pronto la puerta y se presenta en el traje que apareció anteriormente, y con un grueso garrote en la mano.

ESCENA SEXTA

Caliche, Muleque, Don Braulio y luego Juanita al balcón y Paciente al fondo.

BRAULIO: *(Dentro)* ¡Esto es ya inaguantable!
¿Quién es usted? *(A Caliche, saliendo)* ¿Qué pretende?

CALICHE: Si a lo que vengo no entiende
excusado será que hable.

BRAULIO: ¿Añade usted la ironía
al imperdonable insulto
que asociado de ese bulto *(señala a Muleque)*
aun se me hace todavía?...

CALICHE: Usted se empeña en debates
en que a fe, no quiero entrar.

BRAULIO: Es que usted ha creído hallar
mi casa, casa de orates:

y para el torpe insolente
que ordenó hacerme pedazos
la puerta, a tener dos brazos
no le dejara ni un diente.
¡Ah, Juana, Juana, hija mía!...
(Mirando al balcón).
De tu desquite soy blanco,
antes un tuerto, ahora un manco,
¡que faltará todavía!

JUANITA: Señor Caliche, escuché (Asomándose)
con gusto su primer pieza
y hasta olvidé la torpeza
del preliminar de usted,
pero el modo escandaloso
con que después se ha portado,
su educación me ha mostrado
y su falta de reposo.
Puede usted, por consiguiente,
marcharse y no volver más,
que yo no sufro jamás
acción alguna insolente:
usted faltando a mi padre
faltó a la familia entera,
y aquí... sépalo siquiera
ni cuzquito hay que nos ladre.

CALICHE: Muleque, toma el cajón
(Le ayuda a alzarlo).

MULEQUE: Ya ro tengo sobre é romo.

CALICHE: (Para sí). Como prudente, me como
de mi rabia la impresión.

¡Adiós tirana deidad
flor asida a estéril piedra!...
En este carbón de piedra
más que en ti cabe lealtad.
(Vase por donde entró).

PACIENTE: Este ya va desahuciado
con la música a otra parte.

BRAULIO: ¿Pero en qué tiempo y con qué arte
Juana estos monstruos ha hallado?
Tentaciones de subir
hasta su alcoba me dan
y aplicarle allí de plan
hasta obligarla a decir...
Pero Braulio, tente y cuenta
que tú el de la culpa has sido,
le negaste un buen marido
ella te ofrece una afrenta.
(Se entra y cierra la puerta).

ESCENA SÉPTIMA

Don Policarpo, Braulio, y algunos niños: dos traen faroles con luz, otro un banquito sobre el cual se sienta Policarpo que viene cubierto de una capa con la cual cubre el violoncelo; su figura no sólo es ridícula sino extraña, y lo particulariza una gran joroba y el tartamudeo con que habla.

POLICARPO: Bartolo, ti-ti-ti-tira
mi ca-capá, que el fri-frío,
me pa-pasa los hue-huesos,
y te-temo un res-frío-frío.
Ta-también mi instru-trumento

siente hela-ladas sus venas,
y pue-pueden sa-saltar
cual de mi-mialma las penas.

BARTOLO: ¿Pero señor, si ya estamos
al pie mismo del balcón
y a qué abrigar el violón
si al aire libre lo precisamos?

POLICARPO: Pues ento-tono el gznate
(Hace por preparar la garganta)
y za-zampo el esquinazo.

Se sienta en el banquito "o silla sin respaldo" de donde se levantará cuando sea necesario, saliendo por detrás, para no voltear el violoncelo que dejará delante del asiento y será sostenido por un niño, mientras no vuelve Policarpo a ocuparlo: dos o más violines u otros instrumentos, tocarán detrás de bastidores un simple acompañamiento al desentonado eco con que Policarpo se empeña en cantar, figurando a la vez pulsar las cuerdas del violoncelo en remedo de pizzicato.

BARTOLO: Y si la niña hace caso
del canto, se rinde al trote.

POLICARPO: *(Canta)* En el tie-tie-tiempo de María Castaña
una ga-gallina solía ca-cantar
con el ca-careo de ca-caramba
los gallos nos hacen ca-ca-ca-carear
Pío-pío-pío-pío-pío-po.
Pío-pío-pío-pío-pío-po.
¡Cocorocó!

Sale del asiento, golpea las manos sobre los muslos estirando los brazos como en remedo del aleteo y vuelve a su asiento después de repetir tres veces el cocorocó. Los niños todos remedan el cacareo, evitando hacerlo a un tiempo: Bartolo da golpes en la puerta.

BRAULIO: *(Dentro)*. ¿Otra vez?... ¡Ay Dios, me muero!...
Ya no sé lo que me pasa...
Uno cree cuartel mi casa,
otros la creen reñidero;
y si lo primero fue
detestable hasta lo más
no va lo segundo atrás
ni queda atrás lo tercero.
De manera que en rigor,
por lo que sigo sufriendo,
puedo decir que voy yendo
sin tregua de mal en peor,
sin tregua, de mal en peor.

BARTOLO: Sí, señor.

POLICARPO: ¿Y qué?

BARTOLO: Que esa
la música, cual allá
jamás se la imaginaron.

POLICARPO: ¿De-de-debo repetir?

BARTOLO: ¿Cómo no? Tras el efecto
conseguido, en mi concepto
se debe otro producir.

POLICARPO: Pues allá-ya-ya-ya voy.

BARTOLO: Y yo a la puerta a observar *(Va hasta ella y espía por el ojo de la cerradura)*.
Por lo que pueda tronar
aquí a la mira me estoy.

POLICARPO: *(Canta)*. Hermo-mosa estrella-sa-sale al balcón
que Po-policarpo vie-viene a cantar,

con el ca-careo del ca-ca-caramba
los gallos nos hacen ca-ca-ca-carear.
Pío-pío-pío-pío-pío-po.
Pío-pío-pío-pío-pío-po.
¡¡Cocorocó!!

Los niños lo hacen como la primera vez: Bartolo pega un brinco y dispara de la acera gritando.

BARTOLO: ¡Sálvese el que pueda!
POLICARPO: ¿Qué hay? (*Sumamente asustado*).

El niño que ha tenido el violoncelo se dispara con él por el bastidor más inmediato; los otros se dispersan llevándose los faroles y el banco. Braulio abre la puerta y se presenta armado de una lanza.

ESCENA OCTAVA

Policarpo, Braulio, Juanita, Paciente, al fondo.

BRAULIO: (*En ademán de atropellar a Policarpo*)
¿Qué ha de haber?... ¡Pero que miro! (*Retrocediendo*)
no es un hombre, es un vampiro
de cría del Paraguay.

Policarpo se pone a temblar.

Vete de aquí condenado,
o en la punta de esta lanza
si no trae forro tu panza
te elevo al aire ensartado.
¿Qué habéis pensado de mí
ya los unos, ya los otros

cuando sois todos vosotros
lo más raro que hasta hoy vi?

POLICARPO: Yo... yo... yo...
JUANITA: (*Saliendo*) ¡Cuánta crueldad!...
BRAULIO: ¿Recién descender te place?
JUANITA: Es que recién usted hace
la más negra iniquidad.
¡Amedrentar al más manso!...
BRAULIO: Yo también soy manso a fe,
y mi paciencia apuré
machacada hoy sin descanso.
De mi sangre a tal extremo
siento agitada la acción
que a no perder la razón
reventar ardido temo.
JUANITA: Pues otro tanto, señor,
puedo yo decir de mí.
POLICARPO: ¿Y qué-qué-ha-hago aquí?
JUANITA: Interrogue usted su amor.
BRAULIO: ¿Y este sátiro también
tiene corazón para eso?
JUANITA: ¿De su pasión al exceso
no está penando recién?
En festejo de mi día
viene amoroso esta noche
y de su canto en reproche
salta usted como una arpía;
y por matar mi esperanza

dándome un nuevo dolor,
contra el dueño de mi amor
enristra usted una lanza.

BRAULIO: ¿Con que es este ¡Santo Dios!
el preferido en los tres?
pues si ello es así, lo es
por ser él el más feroz.

JUANITA: ¿Y qué importa la belleza
sin virtudes en el alma?
Padre, le pido a usted calma,
no obre usted con ligereza.
Bajo el peso de los años
la hermosura desaparece,
mientras la virtud acrece
si la instruyen desengaños;
y en la vida conyugal
la hermosura verdadera,
está en la paz, si ella impera,
no en el bulto personal.
Este nuevo Cuasimodo (*Señalando a Policarpo*)
este extracto de fiereza,
para mí, con mucho pesa
más que otro hombre lindo en todo.
Si a los instintos de su alma
pudiera usted penetrar,
cierta estoy, la habría de hallar
digna de divina palma.
Cuando por primera vez
ardió en mí de amor el fuego,
el más hermoso mancebo
su amor juraba a mis pies;

le perdí... porque usted quiso
asesinar mi ilusión,
trocando en negro panteón
mi soñado paraíso.
Loca entonces o por lo menos
frenética hasta lo más,
juré procurar la paz,
en el reino de los buenos;
Don Policarpo es un santo
de la esfera a que me atengo,
y a pedirlo esposo vengo...
y, o soy de él, o de este manto (*Desenvuelve un manto de
capuchina que trae debajo del brazo y lo coloca sobre sus
hombros*).

BRAULIO: ¡Juana! ¡terrible dilema!
Con que quieres... ¿Y tú dime (*A Policarpo*),
quieres?...

PACIENTE: ¡La escena es sublime! (*Desde el fondo y riendo*).

BRAULIO: Vamos, responde postema;
¿quieres?... (*Arremangándose el puño de la camisa
del brazo en que tiene la lanza*).

POLICARPO: ¿La lanza?... No... no... (*Retirándose*).

BRAULIO: ¿Casarte?

POLICARPO: Sí-sí-sí-sí. (*Siempre retirándose*).

BRAULIO: ¿Con ella?...

JUANITA: (*Con empeño*) ¡Se habla de mí!

BRAULIO: ¡Calla! que el que habla soy yo.
¿De qué vives?... ¿Con qué cuentas?... (*A Policarpo*).

POLICARPO: Te-te-tengo dos-dos rentas.

JUANITA: Es albeitar con despachos
y pasante de una escuela.

PACIENTE: ¡Qué aprenderán, por su abuela
los infelices muchachos!

BRAULIO: ¿Con que te hallas decidida?... *(A Juanita)*.
¿Con que te hallas decidido?... *(A Policarpo enristrando la
lanza)*.
Pues antes que seas marido
voy a arrancarte la vida.

Policarpo se dispara.

JUANITA: ¡Padre, por Dios!... *(Arrodiándose delante de
Don Braulio, como intentando impedir que siga a Policarpo)*.

BRAULIO: *(En aire de triunfo)*. ¡Se fugó!...

JUANITA: En su lugar aquí quedo;
hiera usted, no tengo miedo... *(Presentando el pecho)*.

BRAULIO: ¿Yo, tu asesino? ¡Ah, eso no! *(Alzándola)*
que si en mi loco arrebató
me desconozco a mí mismo,
aun así en tu dicha cismo,
de tu dicha sólo trato.
Juana del alma, hija mía,
transemos; hace un instante
que con lenguaje insinuante
tu voz calma me pedía.
Transemos, transemos, pues;
ese orangután cobarde...
reconócelo, aún no es tarde,

de quien eres, digno no es.
Yo tengo de qué vivir,
tú eres joven y algo bella,
y acaso al cénit tu estrella
recién empieza a subir.
Ser mujer y caprichosa,
antojadiza y porfiada,
por experiencia alcanzada
sábese, es la misma cosa.
Atendida esta razón,
y atendida mi promesa,
perdono tu ligereza,
perdona mi exaltación.

JUANITA: ¿Y este vacío que queda?...
(Señalando el corazón afectadamente).

BRAULIO: ¡Ya lo llenarás!

JUANITA: ¿Con qué?

BRAULIO: Con otro que te ame a fe
y que honrarte demás pueda;
un artífice... un doctor...

JUANITA: ¿Un artífice? *(Con sumo interés)* Aquí tengo...
la obra de...

BRAULIO: *(Aparte)*

¡Vamos, un rengó!

JUANITA: Un joyero superior
(Presentando la sortija que le dio Paciente).

BRAULIO: ¿Un joyero?... ¿Un hombre de arte?
¿del arte mío?

JUANITA: ¡Es verdad!

BRAULIO: (Virgen de la Caridad,
ponte esta vez de mi parte).
¡Precioso trabajo!... ¿Y bien,
de quién, y cómo lo hubiste?

JUANITA: De un hombre que llora triste
su amor y perdido Edén.

BRAULIO: ¿Y a dónde se halla?

PACIENTE: (*Saliendo*)

¡Aquí está!

ESCENA ÚLTIMA

Braulio, Juanita, Paciente.

BRAULIO: ¡Paciente!

PACIENTE: El mismo, señor.

BRAULIO: ¿Con que es tuyo este primor?

PACIENTE: Mejor trabajo hago ya.

BRAULIO: ¿Y en qué tiempo has aprendido?

PACIENTE: En esas horas serenas
de la noche, en que mis penas
dar no podía al olvido.

BRAULIO: ¿Con que la sigues amando?

PACIENTE: Y la amaré hasta la muerte.

BRAULIO: (*A Juanita*) ¿Crees tú que él hará tu suerte?

JUANITA: Sin él viviré penando.

BRAULIO: ¿Y los otros?... (*Admirado*).

JUANITA: ¡Padre mío,
perdón!... Farsa ha sido todo;
yo procuraba a mi modo
lograr lo que ver confío.

BRAULIO: ¿Pero nos falta el sargento
citado para mañana?

JUANITA: Venga cuando le dé la gana,
sabrás de mi casamiento.

BRAULIO: Te anticipas...

JUANITA: Sí, pues leo
en su corazón precioso,
que acepta usted por mi esposo
a quien esposo deseo.

BRAULIO: Hija, es la verdad, y añadido,
que andando de mal en peor,
al término lo mejor,
a los tres nos ha alcanzado.

FIN

El sombrero de Don Adolfo

Casimiro Prieto Valdés

> el sombrero de don adolfo

Caricatura político-dramática, en un acto y en verso.

PERSONAJES

PATRICIA
DON DOMINGO
DON ADOLFO
DON NICOLÁS
UN CRIADO

ACTORES

Doña Eloísa Baena De Bouron
Don Manuel González
Don Alfredo Cirera
Don Eduardo Carbajo
Don Miguel Carbajo

LA ESCENA EN BUENOS AIRES, OCTUBRE DE 1874.

AL QUE LEYERE

El autor, en descargo de su conciencia literaria, se apresura a declarar que las palabras subrayadas que pone en boca del histórico personaje Don Domingo, pertenecen a este exclusivamente.

ACTO ÚNICO

SALA RICAMENTE AMUEBLADA. PUERTA AL FORO Y DOS LATERALES: LA DE LA DERECHA DEL ACTOR CUBIERTA CON UN POITIER. AL LADO DE ESTA UN BALCÓN. AL LEVANTARSE EL TELÓN APARECE PATRICIA LEYENDO UN PERIÓDICO. ÓYENSE DENTRO REPETIDOS CAMPANILLAZOS.

ESCENA PRIMERA

PATRICIA, CRIADO

PATRICIA: ¿Quién llama con tanto fuero?

Ya estoy de visitas harta.
¿Qué hay?

CRIADO: Tome usted esta carta
que me entregó un caballero.

PATRICIA: ¿Espera?

CRIADO: Marchose ya.
(*Vase*).

PATRICIA: No sé qué nuevo temor
me asalta, que ya el valor
abandonándome está.
(*Mirando la carta*)
Letra del doctor... me exalta
tanto empeño...
(*Lee*).

“Cara amiga;
la necesidad me obliga
a hablar con usted sin falta.
Una entrevista le pido
por cuestión de alto interés,
y pues la pido cortés
espero ser recibido.
Muchos desean su amor,
mas de hacerla feliz trato
presentando un candidato
que me parece el mejor.
No le trate con desdén,
porque es intenso su afán;
usted conoce al galán
y el galán la quiere bien.

Con él, dentro de un momento,
pues lo exige su interés,
iré a ponerme a sus pies.
Su amigo leal...”
(*Declama*)

Presiento
que no me ha de hacer feliz
ese plan tan seductor.

Campanillazo dentro.

De seguro que el doctor
me presenta un infeliz.
(*Al criado, que sale*)
¿Han vuelto a llamar?

CRIADO: Sí, a fe;
ahí fuera está un sombrero,
dije mal, un caballero
que quiere hablar con usted.

PATRICIA: ¿Será, tal vez, el doctor
que aquí estuvo la otra tarde?

CRIADO: No es él.

PATRICIA: Pues dile que aguarde,
que estoy en el tocador.
(*Vase izquierda*).

ESCENA SEGUNDA

DON ADOLFO, con un sombrero descomunal, que deja en una silla. CRIADO

CRIADO: Pase usted, la señorita
no va a tardar en salir.
(*Vase*)

D. ADOLFO: Vamos, esto no es vivir,
mi alma su amor necesita.
Si me desdeña, por Dios,
que a mi rival le irá mal,
pues mato hoy a mi rival
de una pesadumbre... o dos.
Es tan bella la doncella,
que al mirarla el alma mía
se deleita y se extasía
y pena amante por ella.
Por más que la cause enojos,
¿cómo no quiere que estalle
si me enamora su talle
y me asesinan sus ojos?
¡Esto es hecho! mi pasión
la confieso con afán
y o renuncia a otro galán
o no tiene corazón.
Pronto saldremos del paso;
sale, la miro, me mira,
lanzo un suspiro, suspira,
la hablo, la rindo y me caso.
Mas si por otro, falaz,
me olvida y en furor entro,
salgo, le busco, le encuentro,
le hablo, le mato y en paz.
Pero imposible es que esquivada
se muestre a tan hondo afán,

pues soy amable, galán
y he de amarla mientras viva.
Quiero luchar sin temor
y tendré, de amores ciego,
contra sus desdenes, fuego,
contra su desvío, amor.
De fijo la doy flechazo
y peca si oye mi pico;
si me desdeña, suplico,
si acepta mi amor... ¡la abrazo!
Al ver su rostro hechicero
lanzo de amor un suspiro.
Si dice que sí, ¡respiro!
Si dice que no, ¡me muero!
Ella es mi único placer
y a abordarla voy sin miedo.
¡La necesito! ¡No puedo
pasar sin esa mujer!
(*Mirando por el balcón*)
¡Mas qué veo! Hacia aquí
se encamina ese simplón
con su amigo... ciertos son
los toros. Mas no perdí
la partida. ¡Por quien soy
que a la niña no se arrima!...
Y lo que es él, se aproxima...
¡Y lo que es yo, no me voy!
Pues estoy solo, me oculto
y así al fin podré saber
lo que se propone hacer,
y después le busco el bulto.
(*Se oculta tras del poitier*).

ESCENA TERCERA

DON DOMINGO, con bastón, DON NICOLÁS, CRIADO,
DON ADOLFO (oculto)

CRIADO: Entren ustedes.

D. NICOLÁS: ¡Qué criado
tan obsequioso y cumplido!

D. DOMINGO: ¡Por Cristo que estoy rendido!

CRIADO: Pues espere usted sentado.
(Mirando a todos lados)
¡Calle! ¿y la otra visita?

D. DOMINGO: ¿Qué visita?

CRIADO: Un caballero
que ha poco entró ligero
a hablar con la señorita.

D. DOMINGO: Se habrá marchado.

CRIADO: No tal,
al menos no lo presumo...

D. DOMINGO: Pues entonces, se ha hecho humo.

CRIADO: Es que yo...

D. DOMINGO: ¡Vete, animal!

Vase el criado.

ESCENA CUARTA

Dichos menos CRIADO

D. DOMINGO: Al fin llegamos.

D. NICOLÁS: Al fin.

D. DOMINGO: Sé en enamorarla diestro.

D. NICOLÁS: Con tan insigne maestro
venzo o soy un galopín.

D. DOMINGO: Pues pretendes con ardor
a esa doncella rendir,
has de mentir y mentir,
te lo dice tu Mentor.

D. NICOLÁS: Jamás pagarle podré
tanto favor y desvelo...
¡Usted es mi padre!... ¡mi abuelo!
Para mí lo es todo usted.

D. DOMINGO: Fíngele amor con vehemencia;
toda ella es fuego.

D. NICOLÁS: Yo estopa.

D. DOMINGO: *Con énfasis)*
En mis viajes por Europa
adquirí mucha experiencia,
y si te fías de mí
no malogrará tu plan
ese rondador galán
que no se aleja de aquí.
Su intención ha de ser vana
si pintas bien tu pasión.

D. NICOLÁS: Aprendí bien la lección
que usted me dio esta mañana.
Esclavo de sus consejos
seré siempre.

D. DOMINGO: Y harás bien,
que este mundo es un belén
y has de creer a los viejos.

D. NICOLÁS: ¡Y hay quien su conducta afea!

D. DOMINGO: Muchos me silban, mas son
gentes de mal corazón,
gallos de mala ralea
dignos sólo del desprecio,
y no de altivos agravios,
pues no es justo que los sabios
hagamos caso del necio,
conmigo en consorcio van
genio y talento profundo.
¡Yo soy antorcha del mundo
y doctor de Michigan!

D. NICOLÁS: Está usted trescientos codos
arriba del necio vulgo.

D. DOMINGO: Lo sé bien, y lo divulgo,
¡yo sé mucho más que todos!
A los cinco años leía
de corrido y sin trabajo,
y al ver tanto desparpajo
el mundo entero decía:
“De la suerte al blando arrullo,
pues nada tiene de bobo,
será el asombro del globo
y de su patria el orgullo”.
Y tras de estas predicciones,
algunos me daban pesos,
las madres flores y besos,

y las muchachas bombones.¹
Todos, por sabio y hermoso,
me amaban con frenesí,
conque no extrañes que así
sea un poco vanidoso.

D. NICOLÁS: ¡Y pensar que su saber
hay quien pretende negar!

D. DOMINGO: Cuando uno empieza a brillar
se empieza el necio a ofender.
¿Qué importa que la traición,
con su mano criminal
me hiera si su puñal
se embota en mi corazón?
No me asusto ni me aterro
y no podrá darme caza,
pues a guisa de coraza
¡llevo cáscara de fierro!
Mas hablemos de otra cosa
que al fin se me hará justicia.

D. NICOLÁS: Sí, sí, hablemos de Patricia
y olvidemos tanta prosa.
Verá usted, si me desbordo
como me porto y me exalto.

D. DOMINGO: Hombre, háblame más alto
porque estoy un poco sordo.
No olvides que hay un rival
que sus amores codicia.

D. NICOLÁS: Pues dígame usted a Patricia
que le despida.

1. Histórico.

D. DOMINGO: No tal.

D. NICOLÁS: ¿Y si ella al otro se inclina?
Mire usted que estoy en ascuas.

D. DOMINGO: Desbáncale y santas pascuas.
Yo trabajé a la sordina
escribiendo a sus hermanas
de provincias, y he obtenido
lo que ansiaba.

D. NICOLÁS: Precavido
anduvo usted.

D. DOMINGO: Fueron vanas
tus esperanzas sin mí.

D. NICOLÁS: ¿Y accederán a mi enlace?

D. DOMINGO: Pues a mí me satisface,
hombre, claro está que sí.
Hoy espero recibir
su respuesta decisiva,
y en llegando la misiva
¡a casarse y a vivir!

D. NICOLÁS: ¡Cuán buen y sabio es usted!
Mas aquí tiene parientes
y creo...

D. DOMINGO: Vamos, ¿presientes
que han de oponerse?

D. NICOLÁS: Sí, a fe.

D. DOMINGO: Pues aunque haya un desastre
y tenga que hacer el bú,
el esposo serás tú.

D. ADOLFO: (*Saliendo*)
¡Será lo que tase un sastre!

D. NICOLÁS: ¡Mi rival! ¡Cielos! Mentor,
me temo algún batacazo.

D. DOMINGO: ¡No, por dios! fuerte es mi brazo
y en mí se encarna el valor.
A mí el peligro me agrada
y nunca el miedo me abruma,
y cuando dejo la pluma
es para tomar la espada.
Jamás rehúyo la lid,
y sábetese desde hoy,
y no lo olvides, que soy
la nueva edición del Cid.
Nunca el valor me faltó
aunque fuera el trance fiero...

D. ADOLFO: ¿Quién es usted, caballero?

D. DOMINGO: ¡Caballero, *soy Don Yo!*

D. ADOLFO: La respuesta es algo chusca.

D. DOMINGO: Yo soy el astro luciente
que brilla resplandeciente
y que al mundo entero ofusca.
Yo hice siempre gran papel,
y mi fama lo revela,
como dómine, en la escuela,
como jefe, en el cuartel.
Yo el mar crucé, viento en popa,
para honor de mi país,
y fama dejé en París
que llenó pronto la Europa.
Yo hablé con Thiers, que asombrado

me escuchó con atención,
de escuelas, de educación
y otras cosas que he olvidado.
Yo trabé conocimiento,
sin escrúpulos ni ambages
con bastantes personajes
que aplaudieron mi talento.

D. ADOLFO: (*Aparte*)

Prefiero escuchar con calma
historia tan divertida,
y disputar en seguida
al otro, de amor la palma.

D. DOMINGO: En todas partes memoria
dejé de mí.

D. ADOLFO: No me extraña

D. DOMINGO: También estuve en España.

D. ADOLFO: Pues continúe su historia.

D. DOMINGO: Salí, de nuevo afán presa,
de Francia, con arrogancia,
y como me hallaba en Francia,
me despedí a la francesa,
entré en España, altanero,
impelido por mi afán,
jinete en brioso alazán
cual andante caballero;
y entreme en toda espesura
para ver si conseguía
alguna, por dicha mía,
caballeresca aventura.
Pero aunque el rasgo me abona

tratome mal la fortuna;
¡no pude dar con ninguna
Infanta Micomicona!
Mis teorías eran bellas,
pero no logré, es lo cierto,
deshacer ningún entuerto
ni acorrer a las doncellas.
Hice a mi suerte un reproche
y caminando sin rumbo,
aquí un tumbo, allá otro tumbo,
entré en Burgos ya de noche.
No hallé más que gentes toscas,
y me alegré, voto a tal,
de no ver la catedral
ni al célebre Papa-moscas.²
Renunciando ya a la lid
y obrando con más prudencia,
salí de allí en diligencia
con dirección a Madrid.
Pero mi suerte tirana
me partió... ¿y a quién no irrita?
¡La diligencia maldita
no tenía *forma humana!*
Llegué a Madrid y mi porte
les gustó de tal manera,
que al poco rato yo era
la fábula de la Corte.
Hablé del idioma en mengua,
y al tratar de ortografía
se murió de apoplejía
la Academia de la Lengua.
Aunque les hablara recio
no les inspiraba agravios,

2. Histórico.

y admirábanme los sabios
y hasta me aplaudía el necio.
Estando con andaluces
cierta tarde en una tienda,
vi una *hecatombe* estupenda
de generales con cruces.
Como yo al arte idolatro,
lo propio que adoro a Marte,
para inspirarme en el arte
iba a menudo al teatro;
y al asomar mi nariz,
¡mire usted que es mucho asunto!
salía a la escena al punto
el perro de cierta actriz.³
Mirábale con enojos,
ajeno a tales sorpresas,
pero el perro... ¡ni por esas!
no me apartaba los ojos.
Y aunque mucho discurrí
nunca supe si salió
para que le viese yo
o para verme él a mí.
Estuve en Madrid un mes,
y al fin salí muy ligero
con patillas de torero
y sombrero calañés.
Todo el país recorrí
admirando a troche y moche,
y casi siempre de noche,
los monumentos de allí.
Ansioso de nueva gloria
por fin dejé el suelo hispano
con el deseo, no vano,

3. Histórico.

de hacer ilustre mi historia.
Mi aspiración era homérica
y siendo estrecha la Europa,
cruzando el mar viento en popa,
me dirigí a Sud América.
Por fin recogimos velas
y a suelo patrio llegué,
y poco después fundé
un depósito de escuelas.
Mi patria ayer me admiró
y hoy me admira el mundo entero.
Ese soy yo, caballero,
¡caballero, ese soy yo!

D. ADOLFO: ¿Y a qué viene tanto alarde
de valor, que no me asusta?
Quiero a la niña, me gusta
y no peco de cobarde.

D. NICOLÁS: Yo la amo también.

D. ADOLFO: ¡Mal rayo!
¿Y ella?

D. NICOLÁS: Padece de antojos;
si le hablo de amor, enojos,
si no la miro, desmayo,
si le echo una flor, se engríe,
si ensalzo sus pies, me adora,
si le escribo versos, llora,
si amante suspiro, ríe.
De esto saco en conclusión
que me quiere con ternura;
una voz me lo asegura
del fondo del corazón.

D. ADOLFO: Pues no cante usted victoria
 porque no cedo la palma,
 que esa mujer es mi alma
 y su pasión es mi gloria.

D. DOMINGO: Hable claro y sea franco.

D. ADOLFO: Yo creo que harto me explico.

D. DOMINGO: Hombre, pues lo que es el chico
 me parece que no es manco.
 Jamás en lidiar pensó
 pues sólo en amores sueña,
 mas, ¡qué diablo! si se empeña...

D. ADOLFO: ¿Qué va a empeñar? ¿el reloj?

D. NICOLÁS: *(Mirando a la izquierda)*
 Patricia viene.

D. DOMINGO: Pues bien, *(A Don Adolfo)*
 ocultémonos los dos
 y usted verá, vive Dios,
 si le trata con desdén.

D. ADOLFO: *(Aparte)*
 Horrible duda me asedia...
(Alto)
 Corriente, me oculto, pero...
 Sígame usted, caballero,
 y que empiece la comedia.

*DON DOMINGO y DON ADOLFO se ocultan tras del
 poitier, asomando únicamente la cabeza durante la escena
 que sigue.*

ESCENA QUINTA

Dichos, PATRICIA

PATRICIA: Amigo...

D. NICOLÁS: ¡Es usted una estrella!

PATRICIA: Excuse toda lisonja.

D. NICOLÁS: Ese escúpulo... de monja
 sienta mal en una bella.

PATRICIA: *(Aparte)*
 ¿Si vendrá a hablarme de amor?

D. NICOLÁS: *(Aparte)*
 Hoy me trata sin desvío.

PATRICIA: ¿Verdad que hace mucho frío?

D. NICOLÁS: *(Le toma la mano)*
 No siento más que calor.

PATRICIA: ¿Eh?

D. NICOLÁS: Permítame que estreche
 esa mano deliciosa.

D. ADOLFO: *(A Domingo)*
 ¿Lo ve, usted? ¡la ira me acosa!

D. DOMINGO: *(A Don Adolfo)*
 ¡No eche pelos en la leche!

PATRICIA: ¡Caballero! ¡qué atrevido!

D. NICOLÁS: Señorita, ¡yo la quiero!
 Mi afán es noble y sincero
 y anhelo ser su marido.

D. DOMINGO: ¡El muchacho se portó!...

Con vehemencia, sin empacho...

"¿Con el tiempo este muchacho
sabr  tanto como yo!"⁴

PATRICIA: (*Aparte*)

Su figura me da risa.

D. NICOLÁS: Hable usted, cara de rosa,
que ya me cansa la prosa
solteril, y llevo prisa.
Yo soy un joven honesto
y de virtuoso presumo;
yo no bebo, yo no fumo,
soy amante, soy modesto.
Al amor todo lo inmolo.
Pues mi vida es el amor;
yo s  bailar con primor,
yo canto como un *chingolo*.
Como la quiero sin tasa,
de amor me siento morir
y sólo anhelo asumir
el gobierno... de esta casa.
Conque, carita de sol,
 me da el sí que le pedí?

D. DOMINGO: (*A Don Adolfo*)

Ahora va a dar el sí.

D. ADOLFO: S , señor; el s ... bemol.

PATRICIA: Su pretensión es quimérica.

D. NICOLÁS: En negras dudas me abismo...

D. DOMINGO: A mí me pas  lo mismo
al volver de Norte América.

D. NICOLÁS: Si en su amor deja que mande
ya verá cómo me aplico,
que aunque soy bastante chico
tengo el corazón muy grande.
Mi amor no es mentido y vano
ni es ilusorio mi anhelo,
y pues su amor es mi cielo
deje que entre...

(*Va a abrazarla*)

PATRICIA: (*Riendo*)

 Atr s paisano!

D. NICOLÁS: Ya que en mi querer no hay maca
 por qué se opone a su curso?

D. DOMINGO: (*A Don Adolfo*)

En echando yo un discurso,
ya verá cómo se aplaca.

D. NICOLÁS: Yo soy gal n, soy discreto
y mi gusto se acomoda
a las leyes de la moda
que siempre acato y respeto.
La inventen gordos o flacos
a toda moda me atrevo,
y para ser alto, llevo
botines con grandes *tacos*.
Mis gustos no son ruines.
Lo cual todo el mundo alaba.

PATRICIA: (*Riendo*)

Yo creía que llevaba
grandes *tacos*... con botines.

4. Camprodon.

D. ADOLFO: *(A don Domingo)*
¡Y que a escucharle me avenga!
Habló antes con tal empacho...

D. DOMINGO: *(A don Adolfo)*
Es que a veces el muchacho
se hace *la chancha renga*.

D. NICOLÁS: Del mundo entero a despecho
será mía.

PATRICIA: ¿Suya?

D. NICOLÁS: ¡Mía!

*Don Adolfo sale de su escondite y tropieza en la silla donde
está el sombrero, el cual rueda por el suelo.*

PATRICIA: ¡Jesús! ¿qué es esto? Creía
que se desplomaba el techo.

D. DOMINGO: *(Aparte)*
¡Qué torpe! Se descubrió.

PATRICIA: *(A Don Adolfo)*
¿Estaba usted aquí?

D. ADOLFO: ¡Mi bien!

PATRICIA: *(Viendo a Don Domingo)*
¡El doctor aquí también!

D. DOMINGO:
Sí, señora, soy *Don Yo*.
(A Don Nicolás)
Ve a casa y trae al momento
las cartas que hayan llegado.

D. NICOLÁS: Para volver a su lado
(Por Patricia)

pediré alas al viento.
(Vase).

ESCENA SEXTA

Dichos menos DON NICOLÁS

PATRICIA: ¿Pero qué es lo que aquí pasa?

D. ADOLFO: Dispense usted, señorita,
mas de ardidés necesita
quien en amores se abrasa.
Para saber si el afán
que siento, al placer extraño,
no corría al desengaño
como al mar los ríos van,
me oculté, mientras de amores
le hablaba con torpe labio
el protegido... de un sabio
(Señalando a don Domingo)

Patricia saluda.

D. DOMINGO: ¡Oh! muchas gracias, señores.
Que soy un sabio es notorio.

D. ADOLFO: Aunque enojada me riña
hoy ha sacado usted, niña,
un alma del purgatorio.
La mía vivía en pena,
mas salió de pena al cabo,
¡Y es tan dulce ser esclavo
cuando es de amor la cadena!
Harto se comprende, a fe,
que no ama usted a mi rival;

conque diga si hago mal
en idolatrar a usted.

D. DOMINGO: Yo destruiré su obra.

D. ADOLFO: ¡Calle usted, pues si me exalta!...

D. DOMINGO: ¡Caballero, usted me falta!

D. ADOLFO: ¡Caballero, usted me sobra!

PATRICIA: *(Suplicante)*
Caballeros...

D. DOMINGO: No tolero
que se me insulte y ultraje;
desciendo de alto linaje
y soy todo un caballero.
Cuando en mi alma la ira estalla
el acero es mi recurso...
¡A veces con un discurso
he ganado una batalla!
(Énfasis)
El vulgo, que piensa mal,
se burla de mi pericia,
pero al fin se hará justicia
nombrándome general.

D. ADOLFO: Pues sepa usted, señor mío,
aunque la faz ponga adusta,
que su espada no me asusta
y no me asusta su brío.

D. DOMINGO: Yo sólo cedo a los lloros
de la mujer...

PATRICIA: Por favor...

D. ADOLFO: Sí, ¿eh?

D. DOMINGO: ¡Dudar del valor
de un descendiente de moros!

D. ADOLFO: *(A Patricia)*
Haga usted, por caridad,
que en sus labios un sí vibre.

PATRICIA: Caballero, no soy libre
y acato la voluntad
de los que mandan en mí.
Si usted consigue la palma...

D. ADOLFO: Me están desgarrando el alma
esas palabras que oí.

D. DOMINGO: Inútil es porfiar
y esperar, tiempo perdido;
yo sé que mi protegido
es el que se va a casar.

D. ADOLFO: ¿Tiene pruebas?

D. DOMINGO: Las tendré
si usted se espera un momento;
ya que negó mi talento
mi talento probaré.
Renuncie usted a los laureles
y a su empeño, pues es vano.

D. ADOLFO: ¡Hombre! Cante usted de plano.

D. DOMINGO: *¡Yo no canto sin papeles!*

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, DON NICOLÁS

D. NICOLÁS: Llego loco de contento.

D. DOMINGO: ¿Vino el correo?

D. NICOLÁS: *(Le da unas cartas).*

Sí, a fe.

D. DOMINGO: *(A Don Adolfo)*

Hombre de Dios, ¿lo ve usted?

Aquí está el consentimiento.

Cartas que esperaba ansioso

y que mandan a la niña

que a mi voluntad se ciña

al elegir un esposo.

Mas veamos el contenido

(Lee)

de estas cartas... Tucumán;

“Todos acordes están

en ceder a su pedido.

Aquí aplaude todo el mundo

su elección y su deseo;

mande usted por el correo

un ejemplar del *Facundo*”.

De Córdoba... ¡claro está!

“Que se case con el chico.

Recuerdos a Federico

y que venga por acá”.

De Santa Fe... “Por quien soy

que sus deseos alabo;

de dormir la siesta acabo

y a dormir la siesta voy”.

(A don Adolfo)

Vea como la elección

a todo el mundo alboroz.

Esta otra es de Mendoza...

(Lee)

“Cásense sin dilación

aquí estamos como ratas

y más pobres cada vez;

se nota gran escasez

de frutos de cuatro patas”.

De Corrientes... “Pues sin maca

adora el chico a la bella.

Cásese con la doncella

ya que ésta quiere casaca.

Te suplico que recuerdes,

que te estamos esperando;

mis hijas te están bordando

unas zapatillas verdes”.

D. ADOLFO: Ea, basta de lectura.

D. DOMINGO: ¿Se da usted por vencido?

D. ADOLFO: Si le quiere por marido

insistir fuera locura.

Harto se vé que se inmola...

D. DOMINGO: ¡Caballero!

D. ADOLFO: *(A don Nicolás)*

A él le cabe

defenderla.

D. DOMINGO: ¡Es que no sabe

manejar una pistola!

D. NICOLÁS: *(Tendiendo la mano a don Adolfo)*

Caballero...

D. DOMINGO: ¡Mira qué haces!

D. NICOLÁS: Ya que el éxito corona

mi afán, mi pecho ambiciona

que hagamos presto las paces.
 Como siempre los parientes
 dan a un matrimonio guerra
 y a mí la guerra me aterra.
 Con sus consejos prudentes
 podré feliz gobernar
 en mi casa y fuerte ser...
 ¿Acepta usted?

D. ADOLFO: Con placer,
 hombre, ¿pues no he de aceptar?
 En eso mi afán se encierra.

D. DOMINGO: *(Con sorna)*
 ¿De veras?

D. ADOLFO: Aunque le pese.

D. DOMINGO: *(Con explosión)*
 ¡Eso es como si le diese
 la cartera de la guerra!

D. ADOLFO: *(A Don Nicolás)*
 Ya que ella al fin se acomoda
 a casarse, caballero,
 voy a darle este sombrero
 como regalo de boda.

D. DOMINGO: *(Tomándolo)*
 Hombre, por Dios, es muy grande
(Se lo pone)
 ¿Cómo me estará? ¡friolera!
 Parece una pajarera
 ¡Como achicarle no mande!...

D. NICOLÁS: *(A don Domingo)*
 Y usted, a quien mi posición

debo y debo cuanto valgo,
 ¿qué me regala?

D. DOMINGO: Hombre, algo...
 Mira, toma este bastón.

D. NICOLÁS: *(A Patricia)*
 ¿Me amas?

PATRICIA: Pues no hay más recurso
 tuya soy.

D. NICOLÁS: ¡Dulce momento!

D. DOMINGO: Ahora que viene a cuento,
 Voy a echar otro discurso.
(Al público)
 Si escuchaste con placer
 este juguete ligero,
 da un aplauso a este sombrero
 y otro aplauso a mi saber.
 Ya ves que te hablo y te abordo
 sin que me arredre la suerte;
 si me silbas, silba fuerte
 porque estoy un poco sordo.
 Pero el que silbe primero
 puede escapar como un galgo
 pues de lo contrario, salgo
 ¡y le meto en el sombrero!

FIN

La emancipación de la mujer

Casimiro Prieto Valdés

> **la emancipación de la mujer**

Zarzuela bufa en un acto, en prosa y verso.

Música del maestro
Don Ricardo S. Allú

PERSONAJES

AMALIA
BRAULIA
JACOBA
DON MELCHOR
LUCAS, criado
CORO DE SEÑORAS

ACTORES

Doña Emilia Leonardi
Doña Dolores B. de Cuello
Doña Jacoba Dardalla
Don Pío Hermosa
Don Medina

LA ACCIÓN AQUÍ, ALLÁ Y EN TODAS PARTES.

ACTO ÚNICO

*LA ESCENA REPRESENTA UNA SALA AMUEBLADA CON GUSTO.
PUERTAS LATERALES Y UNA AL FORO.
SOBRE UNA MESA CIGARROS Y DOS FLORETES.
AL LEVANTARSE EL TELÓN APARECE AMALIA, DE PIE SOBRE UNA
SILLA, EN TORNO DE LA CUAL ESTÁN AGRUPADAS BRAULIA,
JACOBA, Y LAS SEÑORAS DEL CORO.*

ESCENA PRIMERA

AMALIA, BRAULIA, CORO DE SEÑORAS

AMALIA: Ciudadanas: ha tiempo que mi esposo
está contra nosotras muy furioso.
Si le pido dinero para hilo,
me lo niega y se queda tan tranquilo;
no nos quiere llevar a la zarzuela
y antes que un peso soltará... una muela.
No quiere el descastado
ni bailes, ni teatros, ni paseos,
y con este sistema malhadado,
¡nos vamos a quedar como fideos!
Nuestro amor y cariño dio al olvido
y nos odia, señoras, de tal suerte
que aquí se muestra huraño y desabrido,
y lejos de nosotras se divierte.
No consintamos, no, señoras mías,
que a pretexto de hacer economías,
nos meta hoy en vereda,
aunque nuestra conducta alguien reproche,
¡guerra, pues, al percal!

TODAS: ¡Viva la seda!

AMALIA: ¿Queréis pasear a pie?

TODAS: ¡Queremos coche!

AMALIA: ¡Muy bien! Vuestro entusiasmo
el triunfo de mi causa garantiza;
¿y si lucha el tirano?

BRAULIA: ¡Lucharemos!

y le vamos a dar una paliza,
si en buena lid al déspota vencemos.

AMALIA: Él quiere que su dulce compañera
penetre en la cocina
y se trueque, ¡oh baldón! en cocinera...

BRAULIA: ¡Pues vaya una ocurrencia peregrina!
¿y le obedeces?

AMALIA: Sí, que a voz en grito,
afirma que le tengo... medio frito.

JACOBA: ¿Cocinas a tu esposo?

AMALIA: ¡Por supuesto!
y es un plato, en verdad, muy indigesto;
por esto del amor en la ancha mesa
le pongo ceño adusto,
y de ocultarlo, hipócrita, no trato,
pues, señoras, no es plato de mi gusto
el susodicho plato.

JACOBA: ¿Y no le amabas antes?

AMALIA: Con anhelo,
mas el amor de esposo
es como el caramelo,
que llega a hacerse, al fin... empalagoso.
Conque, nada, señoras, guerra al vándalo,
y si no ceja el truhán y nos asedia,
armemos un escándalo...
¡al que no quiere caldo... taza y media!
Mi marido reniega de las modas
y procura irritarnos de mil modos,
y nos trata... cual trata el hombre a todas.

BRAULIA: ¡Sí todos son lo mismo!

JACOBA: ¡Todos!

TODAS: ¡¡Todos!!

AMALIA: Señoras, no cedamos, por San Pablo,
y gastemos desde hoy a troche y moche,
y si nos lleva el diablo
al menos que nos lleve...

TODAS: ¡Eso es! ¡en coche!

BRAULIA: Yo necesito un traje.

JACOBA: Yo una falda moaré, color canario.

AMALIA: Ciudadanas, ¡por Dios! ese lenguaje
no me parece muy parlamentario.

BRAULIA: Peores tonterías
se oyen todos los días
en el mismo Congreso.

AMALIA: ¡Orden, señoras mías!

JACOBA: ¡Algo difícil me parece... eso!

AMALIA: ¡Al orden, ciudadanas!

JACOBA: ¡Que si quieres!

AMALIA: ¡Parece esto un Congreso... de mujeres!
Señoras, discutamos
con mucha parsimonia y mucho tino;
¿qué partido tomamos
contra el vil, contra el cruel, contra el indino
que se opone, tenaz, a nuestros gustos?

BRAULIA: ¡Matémosle a disgustos!

AMALIA: Procedamos con orden.

BRAULIA: Procedamos.

AMALIA: ¡Juráis obedecerme?

TODAS: *(Extendiendo el brazo)*
¡Lo juramos!

AMALIA: Ea, pues, ¡a luchar!

BRAULIA: Sí, sí, luchemos
y démosle un millón de desazones.

AMALIA: Alcemos ya pendones
contra el vil opresor, nadie le tema,
y en ellos inscribamos este lema
con rojos caracteres:
¡Queremos más placeres!
¡Abajo el vil Nerón de nuestros días!
¡No más economías!
Si queréis alcanzar renombre y gloria,
mostrad tesón y espíritu valiente
y el dios de la victoria
cubrirá de laureles vuestra frente.
Rompamos toda valla,
ya que el amor del hombre es embeleco,
y entremos, ciudadanas, en batalla
de patrióticos himnos al dulce eco.

Canto

Ya que el hombre nos humilla
e insolente nos desdora,
y si encuentra su *costilla*
el caníbal la *devora*,
trabajemos sin descanso
hasta hacerle comprender

que no quiere estar abajo
por más tiempo la mujer.

AMALIA, BRAULIA Y CORO:

¡Sus! ¡a luchar!
¡sus! ¡a vencer!
¡alcemos pendones!
¡y abajo el infiel!
¡Al arma, ciudadanas!
Entremos pronto en lid
y suene por doquiera
el eco del clarín.

Tarari-Tarari.

El dios de la victoria
propicio nos será,
si al son de los tambores
luchamos con afán.

Rataplán-Rataplán.

¡Al arma, ciudadanas!
¡abajo el hombre! ¡sus!
y si del matrimonio
no carga con la cruz
Pim, pam, pim-pim, pam, pum.

¡Sus! ¡a luchar!

¡sus! a vencer!

¡alcemos pendones
y abajo el infiel!

Declamado

JACOBA: Valientes ciudadanas, nuestro hermano
se acerca presuroso,
con aire altivo y ademán ufano.

AMALIA: Ea, dejadme sola con mi esposo,
pues quiero con ahínco
explicarle desde hoy cuántas son cinco.

ESCENA II

AMALIA, DON MELCHOR

D. MELCHOR: Buenas tardes.

AMALIA: ¡Buenas tardes!

D. MELCHOR: ¿Qué tono es ese, señora?

AMALIA: Tono de la menor.

D. MELCHOR: ¡A mí no me levante usted el gallo!

AMALIA: Yo no le levanto a usted nada.

D. MELCHOR: Sin embargo... ese acento... ¿me dirá usted
qué significa ese acento?

AMALIA: Significa que mi paciencia está ya agotada; significa que
la esclava se ha cansado de sufrir el ominoso yugo de su
marido, y significa...

D. MELCHOR: Sí, y significa que voy a romperte algo.

AMALIA: No será la primera vez.

D. MELCHOR: Es cierto.

AMALIA: Usted es de esos que en los clubes y en la tribuna y en la
prensa declaman contra la tiranía y ponen de oro y azul a
los déspotas de la tierra y enderezan piropos y ditirambos
a la libertad, y en su casa... en su casa arrojan la hipócrita
máscara y desmienten sus humos patriotereros esclavizando
a sus pobrecitas mujeres. Pero la hora de nuestra
regeneración social se acerca.

D. MELCHOR: ¿Ha concluido usted, doña cotorra? Le aconsejo a usted que no coma perejil; el perejil es un veneno muy activo para los loros.

AMALIA: Es que yo no me muerdo la lengua.

D. MELCHOR: Y hace usted perfectamente, porque correría también el grave riesgo de envenenarse.

AMALIA: ¿Te asustas de que hayamos abierto, por fin, los ojos?

D. MELCHOR: No, no me asusto de que los hayáis abierto; lo que me asusta es el porvenir que nos espera a los casados; la emancipación de la mujer es la anarquía del hogar doméstico, es el petróleo aplicado... al amor.

AMALIA: (*Llevándole de un brazo a un lado*) La mujer debe ser igual al hombre.

D. MELCHOR: (*Idem*) Cuando el hombre sea igual a la mujer.

AMALIA: ¿Y no lo es?

D. MELCHOR: (*Después de mirarla de hito en hito*) Me parece... que no.

AMALIA: La sociedad y la política deben concedernos iguales derechos.

D. MELCHOR: ¡Qué lenguaje! Se conoce que ha leído usted mucho de algún tiempo a esta parte.

AMALIA: ¿Estás pesaroso de que lea?

D. MELCHOR: Sí, porque la literatura de las mujeres debe ser tan solo... la lista de la lavandera.

AMALIA: La mujer está en la obligación de instruirse, caballero; de saber.

D. MELCHOR: ¡Ya! ¿Conque me he casado con un libro? Pues que me traigan el segundo tomo... aunque sea prestado.

AMALIA: Ahí tiene usted a esa vieja millonaria que se lo come a usted con los ojos.

D. MELCHOR: ¡Horror! Ese es un libro encuadernado... en *pergamino* que no debe salir del archivo... de doncellez. Me dormiría con él en las manos.

AMALIA: Le participo a usted que esta noche voy a la zarzuela. Ya sabe usted que me muero por la zarzuela. ¡Basta de esclavitud!

D. MELCHOR: ¡Señora! ¡señora!

AMALIA: Usted me niega todos los gustos y esto está muy mal hecho. ¡Clarito! Pero sepa usted que desde hoy rompo mis cadenas y recobro la libertad perdida. Voy a vestirme para ir al teatro.

D. MELCHOR: ¡Ya! ¡A vestirse! ¿querrás lucir tus hombros, y tu garganta, y... verdad? ¡Señor! ¡y dice que va a vestirse! ¡No, señora! Para ir al teatro las mujeres no se visten... ¡se desnudan! Así nos dan a los casados tan inefables... disgustos.

AMALIA: ¡Claro! Si no nos dais para vestirnos, es natural que nos desnudemos. Hasta luego.

D. MELCHOR: ¡Abur!

AMALIA: ¡Salud y petróleo!

ESCENA III

DON MELCHOR

D. MELCHOR: ¡Cuerno! No me dio mal rato... ¡estoy dado a Lucifer!

¡hola!, ¿conque mi mujer
saca los pies del plato?
Por lo visto, voto a tal,
sus deberes dio al olvido,
y en esta casa he perdido
toda la fuerza moral.
¿Quién me ha metido, Señor,
en este conyugal lío?
(Transición)
¡Era un viernes!... sentí frío
y busqué en ella... calor;
y hoy reniego, por mi nombre,
de tan mentidos placeres...
¿Por qué serán las mujeres
la chimenea... del hombre?
El amor, voto a Satán,
y nadie en contra responda,
es una especie de fonda,
o mejor, *un restaurant*;
donde yo, sorbido el seso,
pedí, con pasión sencilla,
una sabrosa *costilla*,
y hoy estoy royendo... el hueso.
Reniega del despotismo
de que hago alarde, la arpía,
sin que comprenda que hoy día
todos hacemos lo mismo.
No me llame, pues, bolonio,
ni le asuste tanta traba,
que la libertad acaba...
donde empieza el matrimonio.
¿Quiere bailar? ¡a coser!

¿quiere lucir? ¡a planchar!
¿quiere teatros? ¡a bordar!
¿quiere pasear? ¡a barrer!
Y contra la tiranía
no clame, altiva, en mi ofensa,
pues en los clubs y en la prensa
ya clamo yo todo el día.
En esta jaula... de amores,
que cante, alegre y sencilla,
como la dulce avecilla
canta en su nido de flores.
Y no me ponga en un tris,
ni se olvide de quién soy,
pues mientras sufre, yo estoy...
regenerando el país.

ESCENA IV

Dicho, BRAULIA

BRAULIA: Me alegro encontrar a usted.

D. MELCHOR: (La calamidad número dos. ¡Mi cuñada!).

BRAULIA: Caballero, creo que usted no ignorará que todavía estoy
en estado de merecer...

D. MELCHOR: Sí, señora, sí; ya sé que está usted en estado de merecer...
(una paliza).

BRAULIA: Y si no me he casado, no crea usted que haya sido por
falta de pretendientes, que los he tenido... así, y uno de
ellos fue un coronel, que murió ¡ay! en el campo de
batalla, de un ataque...

D. MELCHOR: ¿A la bayoneta?

BRAULIA: No señor, de un ataque de pulmonía.

D. MELCHOR: ¿Es muy larga esa historia? Porque, francamente, yo no tengo tiempo, y se la podría contar usted a su abuela.

BRAULIA: Yo estoy mala; el amor me consume y me voy a morir...

D. MELCHOR: ¡Cáspita! ¡quién fuera cura, para *ayudarla*... a morir! Temo que no pueda ella sola.

BRAULIA: ¡Cruel! ¿por qué no me saca usted a paseo?

D. MELCHOR: Corriente; la sacaré a usted a paseo... con un organillo, para que el público crea que ando exhibiendo una mona; nos ganaremos la vida así.

BRAULIA: Yo no necesito un novio, caballero; mi alma es una vela que está consumiendo la llama del amor.

D. MELCHOR: Bueno, pondré un avisito en el diario, que diga: “Ojo, ¡futuros suicidas! Se ofrece la blanca mano de una jovencita de diez y ocho... a setenta años”.

BRAULIA: ¡Jesús! ¡treinta años, caballero, treinta años!

D. MELCHOR: ¿Treinta? Todas las solteronas se plantan a los treinta; parece que juegan ustedes a la treinta y una.

BRAULIA: Todo se lo perdono a usted, con tal que me dé un novio.

D. MELCHOR: ¿Lo quiere usted alto o bajo?

BRAULIA: De un tamaño regular.

D. MELCHOR: Pero... ¿de veras piensa usted todavía en... esas cosas?

BRAULIA: ¡Ah! ¿qué es la vida, sin amor?

D. MELCHOR: ¿Qué? una balsita de aceite.

BRAULIA: Entonces, ¿por qué se casó usted?

D. MELCHOR: No me casé, me casaron. Yo vivía muy bien soltero; pero iba a visitar a las de Rodríguez, y ¡hola! ¿conque esas tenemos, picaron? ¿se casa usted con una de las de Rodríguez? ¿cuándo, cuándo es la boda? Pues, señor, me iba a ver a las de López, ¡hombre! ¡y qué callado se lo tenía usted! ¡pues si me han dicho que se casa usted con la menor de las de López! guárdeme usted unos dulces. Visitaba más tarde a una viuda cualquiera, ¡mire usted que la tal viudita es muy larga! Conque, ¡ojo! Y no deje usted que se ponga ella los pantalones; hay que atarla corto. Saludaba en la calle a la de González, ¡si no puede usted negar que se muere por esa rubia! Y la noticia de mi casamiento corría al instante por toda la ciudad; porque nada hay que corra tanto... como *una mala noticia*. ¡Por esto me casé! Para que no continuaran mortificándome.

BRAULIA: ¡Bien se ha venido usted! y lo peor es que nosotras somos las víctimas inocentes de su venganza. Nos tiene usted completamente esclavizadas.

D. MELCHOR: ¡Que quiere usted! noto aquí tanta frialdad, que me parece que estoy en Rusia, y por esto me he convertido en autócrata.

BRAULIA: Diga usted más bien en oso blanco.

D. MELCHOR: ¡No me ponga usted en el disparadero, doña Braulia, no me ponga usted en el disparadero! Veo que será preciso aprender a tocar la flauta.

BRAULIA: ¿La flauta?

D. MELCHOR: Sí, para ver si domestico a ustedes, ya que dicen que la música domestica a las fieras.

BRAULIA: Le prevengo a usted que yo también necesito...

D. MELCHOR: ¿Una flauta?

BRAULIA: ¡Estulto! Necesito un marido... ¿lo oye usted? ¡Un marido!

D. MELCHOR: ¡Ya, ya! Supongo que no querrá usted dos.

BRAULIA: No me subleve usted la bilis; estoy muy enferma; creo que me ha sentado mal la comida.

D. MELCHOR: ¿Se le ha sentado mal la comida?
Pues mire usted, tráguese usted una silla, para que se le siente bien.

BRAULIA: ¡Esto es demasiado! Ya que no bastan las razones, recurriremos a la fuerza y va a haber un escándalo. ¡Queremos ser libres! ¡queremos emanciparnos! ¡abajo el hombre! ¡mueran los déspotas!

D. MELCHOR: ¡Música! ¡música! Voy por una flauta. (*Vase*).

ESCENA V

AMALIA, BRAULIA

AMALIA: ¿Y mi marido?

BRAULIA: Se ha ido.

AMALIA: ¿Enojado?

BRAULIA: Y exaltado.

AMALIA: ¿Sí, eh? ¿con que se ha enojado el tuno de mi marido?

BRAULIA: Reniego ya de mi estrella,
pues con tan contraria suerte,
moriré... de *mala muerte*.

AMALIA: ¿Eh?

BRAULIA: Quiero decir... ¡doncella!

AMALIA: ¡Hombres! ¡hombres! Todos son igualitos... ¡Qué malvados!

BRAULIA: ¡Si todos están cortados por idéntico patrón!

AMALIA: Ven a una, y se quedan lelos,
y ardiendo en fuego de amores,
le dan ramitos de flores
y le compran caramelos.
Si es la mujer caprichosa,
sus caprichos, ¡ay! respetan
y a los gustos se sujetan
de la que ansían por esposa.
En ella cifran su anhelo
con un amor insensato,
y la piden su retrato,
y tras el retrato, pelo.
Y de su amor en desdoro,
y esta es, quizá, la más negra,
hacen la corte... a la suegra,
al perro, al gato y al loro.
Por un dulce ¡te idolatro!
aun el hombre más adusto
lleva a su novia con gusto
todas las noches al teatro.
Si la mujer quiere un chal,
el chal le compran ligeros,
sin ver esos... caballeros
que así la acostumbran mal.

¿Por qué nos dan tantas alas,
en vez de dulces cadenas,
ni por qué nos quieren buenas,
si nos hacen ellos malas?

BRAULIA: Y lo terrible es, ¡bribones!
que este estado se prolonga...
¡ay, el día que se ponga
la mujer, los pantalones!

AMALIA: Se casa el hombre, y al año
ya el amor en su alma no arde,
y vuelve a su casa tarde,
con ceño adusto y huraño.
Si la mujer, con empeño
quiere probar que le adora,
“¡Ya le he dicho a usted, señora,
que vengo muerto de sueño!”.
Cuando la mujer se escama,
y en celos su alma se agita,
si el hombre es culpable... grita,
y si es inocente... brama.
Mas si una mira al primero
que pasa, el truhán se encocora;
y hay aquello de: “¡Señora!
¿quién es ese caballero?”.
Por entre flores camina,
y en el vicio se relaja
y mientras ella trabaja,
descansa él... en la oficina.
Pides un duro al malvado,
para salir de un apuro:

“¿Qué ha hecho usted de aquel duro,
que le di el año pasado?”.

Cuando vuelve el estafermo
tarde y pálido al hogar,
siempre viene de velar
a un amigo... que está enfermo.
Nunca le ves complaciente,
pues se queja todo el día:
– ¡Que esta sopa está muy fría!
– ¡Que este vino está caliente!
– ¡Que esta ensalada es... de malvas!
– ¡Que está cruda la costilla!
– ¡Que hay un pelo en la tortilla,
y quiero tortillas... calvas!
Cuando en su casa hay visita,
mima a su mujer, artero,
y engaña, ¡ay! al mundo entero
con su falsedad maldita;
pues, descendiendo a otra esfera,
sin ver que esto le desdora,
se la pega a su señora,
el bribón... ¡con la niñera!

BRAULIA: ¿Y en pos de vanos placeres,
necio el corazón se exalta?
¿por qué han de hacer tanta falta
los hombres... a las mujeres?
¿No nos dan mil desazones?
¡y ellos mandan, Dios bendito!
Nada, lancemos el grito
de ¡abajo los pantalones!
Yo me emancipo y *laus deo*.

AMALIA: ¿A dónde vas?

BRAULIA: A la calle,
a lucir mi airoso talle,
y al teatro y a paseo.
¿De qué principio en virtud
hemos de sufrir tal yugo?
¡quien obedece al verdugo
merece la esclavitud!

AMALIA: Pero... ¿vas a salir sola?

BRAULIA: ¿No salen ellos? ¡por Cristo!
quien me insulte que ande listo
porque llevo una pistola.
Mas si alguien me da flechazo,
le persigo, le enamoro,
y si no cede a un ¡te adoro!
le pego un pistoletazo.

AMALIA: *(Con candor)* ¿Y si él te mata? Me pesa
que salgas... hay tanto tuno...

BRAULIA: No abrigues temor alguno,
pues voy a volver... ilesa.
La libertad recobré,
ya que el mundo a ello me obliga...
si me busca alguna amiga
di que estoy en el café.

AMALIA: ¿Pero has perdido el meollo?

BRAULIA: En fuego de amor me abraso,
y quiero ver si de paso
puedo robar algún pollo.
Ea, ¡basta de desmanes!

llegó por fin nuestro día.

AMALIA: Dices bien, hermana mía;
voy a secundar tus planes.

ESCENA VI

Dichos, CORO DE SEÑORAS, con el rostro muy empolvado

AMALIA: Ciudadanas: el hombre se cree superior a nosotras, y es
necesario abatir su orgullo colocándonos a su mismo
nivel. Empecemos, pues, por imitarle en sus vicios.
¡Fumad!

Canto

AMALIA: Es preciso, señoras,
para probar,
que nos queremos todas
emancipar,
imitar a esos pícaros
beber, jugar,
y decir chicoleos
y hasta fumar.

CORO: ¡Fumemos, todas, fumemos!

AMALIA: ¡Bravo! Para empezar,
cada cual un habano
debe tomar,
de esta caja del monstruo
que abierta está.

CORO: Cada cual un habano
debe tomar, etc.

AMALIA, BRAULIA Y CORO:

¡Atención!
Sentémonos en círculo
con cierto *sans façon*;
cortemos con los dientes
la punta del... ejem! ¡Qué horror!
¡Cual pica, como escuece,
qué pícaro sabor!
Se saca luego un fósforo
se rasca en el cartón,
se enciende, se aproxima,
se chupa ¡y se acabó!

AMALIA: Si todos los vicios
que hemos de imitar
son tan agradables
como lo es fumar
¡ay, amigas mías!
fuerza es convenir,
en que no podremos
¡ejem! ¡ejem! (*Tosiendo*)

CORO Y BRAULIA:

¡Ejem! ¡Ejem!
¡Ay, amigas mías!
fuerza es convenir,
en que no podremos
mucho resistir.
¡Ejem! ¡ejem!
¡Ejem! ¡ejem!

AMALIA, BRAULIA Y CORO:

¡Ay, ay, qué mareo!
¡Ay, ay, qué sabor!

¡me lloran los ojos!
¡me ahoga la tos!
¡Ay, que me caigo!
¡Ay, qué vaivén!
¡Ay, ay, que no puedo
tenerme en pie!

ESCENA VII

AMALIA, CORO DE SEÑORAS, DON MELCHOR, luego
LUCAS

Declamado

D. MELCHOR: ¡Puf! ¡qué olorcillo! ¡y qué atmósfera! ¿se dedican ustedes a fumar? Decididamente tendré que poner aquí, en lugar de rinconeras, polizontes. No serán un adorno muy bonito, pero serán más útiles. ¿Y mi cuñada? ¿dónde está mi cuñada? ¡que me traigan, viva o muerta, a mi cuñada!

AMALIA: Se fue a buscar novio.

D. MELCHOR: ¿A buscar novio?

AMALIA: Ya que usted no se lo proporciona...

D. MELCHOR: Mejor le proporcionaría un *revólver* de seis tiros. ¿Todavía piensa en casarse esa condenada vieja?

AMALIA: Mi hermana no es tan vieja, caballero.

D. MELCHOR: Sí, ya sé que no es tan vieja; la pobre solo tiene tres o cuatro años menos... que su abuela.

AMALIA: El amor la devora.

D. MELCHOR: (*Con enojo*) ¡Que se vaya a un sitio fresco!

AMALIA: Sus encantos empiezan a marchitarse...

D. MELCHOR: Pues si quiere conservarse, que se ponga en vinagre. No veo el por qué, habiendo tarros de aceitunas, no pueda haber tarros de solteronas.

AMALIA: ¿Quiere usted que la entierren con palma?

D. MELCHOR: Me importa poco que la entierren con palma o sin palma, con tal que... la entierren.

AMALIA: Si viviera mi mamá, no nos faltaría usted como nos falta.

D. MELCHOR: ¡Mi suegra! ¡pobre señora! La infeliz se fue al infierno a poner una casa de tormentos.

AMALIA: Usted no tiene corazón.

D. MELCHOR: Corazón tengo, pero no lo uso.

AMALIA: No solamente ha salido mi hermana, sino que saldremos también nosotras cuando nos acomode.

D. MELCHOR: No se olviden ustedes del bozal.

AMALIA: El marido de doña Eufrosia es mucho más complaciente que usted.

D. MELCHOR: Pues cásenle ustedes con el marido de doña Eufrosia, y digan ustedes a ese caballero que se divierta.

AMALIA: Él no le niega a su señora ningún gusto.

D. MELCHOR: En cambio ustedes no me niegan ningún disgusto.

AMALIA: Yo no he gozado ni un momento de reposo desde nuestra luna de miel.

D. MELCHOR: ¿Nuestra luna de miel? Aquello no fue luna de miel, señora; aquello fue luna de melaza.

AMALIA: Usted nos ha esclavizado a todas, negándonos los

derechos que la sociedad concede a la mujer; pero las cadenas se rompen por fin, y de la crisálida de la esclavitud, surge brillante la mariposa de la libertad. He dicho.

D. MELCHOR: ¡Lucas! ¡Lucas!

LUCAS: ¿Señorito?

D. MELCHOR: Un vaso de agua a la señora (*Vase el criado*).

TODAS: Nosotras queremos...

D. MELCHOR: A ver, pónganse ustedes de frente... ahora de perfil... ¡qué abuso tan escandaloso de la harina! No parece sino que se han escapado ustedes de la sartén. ¿Son ustedes mujeres... o sardinas?

AMALIA: Consuélese usted, porque la moda de empolvase es general.

D. MELCHOR: Eso es, y mal de muchos... consuelo... de casados.

AMALIA: Es usted un indino. ¡Siempre poniéndonos esa cara!

D. MELCHOR: Me pondré la otra.

AMALIA: No tiene usted cariño ni a la camisa que lleva puesta.

D. MELCHOR: A la que, por más señas, le faltan dos botones.

AMALIA: Yo no soy costurera de nadie.

D. MELCHOR: Ya lo veo. Ustedes están reñidas con la aguja. Por eso, al llegar la noche, suelen exclamar: ¡Jesús! ¡como ha pasado el día! No he hecho nada. Y es la verdad, la única verdad que dicen ustedes.

AMALIA: Repito que el marido de doña Eufrosia es más amable con su costilla.

D. MELCHOR: ¡Dale con el marido de doña Eufrosia! ¡un hombre a quien su mujer se le pega que es un gusto! Decididamente hay que creer en la metempsícosis; ese caballero debe acordarse todavía de cuando era asno.

AMALIA: Imite usted a sus semejantes.

D. MELCHOR: ¡Cáspita! ¿El marido de doña Eufrosia es mi semejante? Mi prójimo será, pero mi *semejante*... ¡un demonio!

JACOBA: Sepa usted que nosotras necesitamos casarnos. ¡Nos estamos pasando que es un dolor!

D. MELCHOR: Sí, ya sé que se han vuelto ustedes rancias...

JACOBA: ¡Un insulto! Nos dará usted una satisfacción.

D. MELCHOR: La satisfacción me la darán ustedes si se mueren del cólera.

JACINTA: (*Arrojándole un florete*) Tendrá usted que batirse conmigo; recoja usted el florete.

D. MELCHOR: (*Colocándose a un lado*) ¿A cuántos pasos de distancia? ¡Cristo! Veo que será necesario encerrar a ustedes en una jaula; ya me explico por qué tienen rejas algunas casas de familia.

AMALIA: No vuelva usted a poner los pies en esta casa, caballero.

D. MELCHOR: Entraré cuando quiera.

AMALIA: Haremos barricadas.

D. MELCHOR: Lo que harán ustedes son borricadas.

AMALIA: ¡Qué corazón tan duro!

D. MELCHOR: Así lo necesitan ustedes... ¡duro!

AMALIA: Es usted un monstruo con patillas.

D. MELCHOR: Queden ustedes... con el diablo.

AMALIA: Yo le sigo a usted; según la epístola de San Pablo, la mujer debe seguir al marido.

D. MELCHOR: Se conoce que San Pablo era soltero.

AMALIA: Quiero saber dónde va usted, mientras no reconozca usted nuestros derechos.

D. MELCHOR: ¡Nunca!

AMALIA: ¿Nunca? Señoras, sonó la hora de nuestra regeneración social.

D. MELCHOR: (*Muy seco*) ¿Qué hora tiene usted?

AMALIA: (*Idem*) Las siete y seis.

D. MELCHOR: ¡Las *siete y seis*!... es decir ¡las *trece*! ¡bonita hora para regenerarse! A la primera que me siga, le suelto un tiro. (*Con ademán de sacar un revólver del bolsillo*)

TODAS: ¡Ay!

BRAULIA: (*Al entrar tropieza con Don Melchor*) ¡Bárbaro!

D. MELCHOR: Mi tocaya.

ESCENA VIII

AMALIA, BRAULIA, CORO DE SEÑORAS

BRAULIA: ¡Socorredme!

AMALIA: ¿Qué hay, mujer?

BRAULIA: Sostenme, por compasión, que me da la convulsión, y no me puedo tener.

AMALIA: Mas, ¿qué ha pasado?

BRAULIA: Al salir,
tras de cuatro frases sosas,
me dijo un pollo unas cosas...
que no se pueden decir.
Le lanzo una maldición,
mas por esto no se aleja,
y el tuno me llama vieja,
¡y tras de vieja, pendón!
Viendo el bribón que me irrita,
en lugar de irse... a paseo,
me pregunta... ¿qué Museo
de antigüedades habita?
Después estrecha mi talle
¡así le divida un rayo!
yo tiemblo, y no me desmayo...
porque me encuentro en la calle.
Le apunto con mi pistola,
para ver si así concluyo...
él me la quita, yo huyo
y piso a un perro la cola.
Salta el animal furioso,
y para colmo de males,
rompe el perro unos cristales
con un ruido estrepitoso.
El dueño de estos se irrita,
y tras del perro se arroja;
el dueño del can se enoja
y tras de aquél corre y grita.
Y crece la confusión
y todos cierran las puertas,
pues las gentes, inexpertas,

creen que hay revolución.
Y viendo que el lance es serio,
a juzgar por las alarmas,
la tropa corre a las armas
¡y hasta tiembla el ministerio!

AMALIA: Mas... ¿qué fue del seductor?
¿emprendió, tal vez, la fuga?

BRAULIA: El vil me llamó... ¡verruga
del sexo bello! ¡qué horror!
Y al huir, con dos o tres,
dijo, para fin de fiesta:
“Mire usted que lleva puesta
la peluca del revés”.

AMALIA: Mal salió la tentativa
de nuestra emancipación.

BRAULIA: Yo me rindo a discreción,
pues me acordaré mientras viva
del lance.

AMALIA: ¡Necios cuidados!
¿qué harías tú en mi lugar?

BRAULIA: Callar, callar y callar...
como algunos diputados.
Y el consejo no te asombre,
pues empiezo a comprender
que vale más atraer
con nuestro cariño al hombre.

AMALIA: Nos juega tales partidas
que se hace odiar con vehemencia.

BRAULIA: Pues hija, ten más paciencia;
sin él estamos perdidas.

AMALIA: ¿A un necio temor te inmolas?
Vamos, has perdido el seso.

BRAULIA: Me arrepiento; lo confieso...
Ahora que estamos solas.

AMALIA: ¡Continuar en la opresión!
¿y eres tú quien me aconseja?

BRAULIA: ¡Es que me han llamado vieja
y tras de vieja, pendón!

AMALIA: Melchor me odia y el maldito
procaz me insulta y me humilla,
pues aunque soy su... *costilla*
ya no le abro el apetito.

BRAULIA: El amor que el alma abrasa
es un guiso delicioso
que devora todo esposo
feliz y alegre en su casa.
Mas es preciso, con arte,
variar el guiso, hija mía,
pues como le canse un día...
se va a comerlo a otra parte.
Con besos llenos de ardor
procura darle, al fin, caza...
los besos son la mostaza
en la mesa del amor.
Conque basta ya de extremos,
ya que, ingratas, olvidamos,
que si por ellos lloramos
también por ellos... comemos.

JACOBA: Se oyen pasos.

AMALIA: Debe ser
mi esposo...

BRAULIA: Temo el encuentro...
venid, venid allá adentro
y os diré lo que hay que hacer.
Vanse.

ESCENA ÚLTIMA

DON MELCHOR, luego AMALIA, BRAULIA y CORO DE SEÑORAS

Canto

D. MELCHOR: ¡Reniego de mi estampa!
¿por qué, por qué, por qué,
viviendo bien soltero
me casé?
Pescome fatal suegra,
¡horror, horror, horror!
y hoy mísero reniego
del amor.
Ayer todo eran fiestas,
¿qué tal, qué tal, qué tal?
y hoy réstame tan sólo
un dogal.

Salen Amalia, Braulio y Coro de Señoras.

La casa está tranquila
¡oh bienhechora paz!

AMALIA: ¡Ay!
D. MELCHOR: ¿Eh?
BRAULIA: ¡Ay!
D. MELCHOR: ¿Eh?
TODAS: ¡Ay, ay, ay!
D. MELCHOR: ¿Qué músicas son estas?
¿por qué llorando están?
AMALIA: ¡Ay!
D. MELCHOR: ¿Eh?
BRAULIA: ¡Ay!
D. MELCHOR: ¿Eh?
TODAS: ¡Ay, ay, ay!
D. MELCHOR: ¿Se han vuelto ustedes locas?
¿a qué ese guirigay?
TODAS: No ¡ay!
D. MELCHOR: ¿Se están burlando ustedes?
¿o acaso sueño yo?
TODAS: ¡Ay! no.
Arrepentidas
a usted venimos
y le pedimos
dulce perdón...
¡si no es usted un caimán
o un oso con pantalón!
D. MELCHOR: ¿Eh?
TODAS: ¡Perdón!
Siempre hacendosas

trabajaremos
y evitaremos
la tentación...
si mitiga con afán
nuestro afán de diversión.
D. MELCHOR: ¿Eh?
TODAS: ¡Perdón!
D. MELCHOR: *¡Perdono a tutti!*
AMALIA: Si en pos de una quimera
rompí de amor los lazos,
a tus amantes brazos
hoy vuelvo con afán;
y si feliz consigo
que me ames, desde ahora,
seré de pasta-flora,
de miel y mazapán.
En nido de albas rosas
de embriagador aroma,
cual cándida paloma
mi amor te arrullará;
y al fuego de mis ojos,
sin penas ni rigores,
la flor de los amores
en tu alma brotará.
CORO: ¡Mirad el muy tunante,
qué amelonado está!

FIN

La rosa blanca

Martín Coronado

> la rosa blanca

Poema dramático en 3 actos..

PERSONAJES

IRENE
ADELA
GASPAR, joven médico
MAURICIO, esposo de Adela
RAMÓN, primo de Adela
BRUNO, jardinero

ACTORES

Srta. Tula Castro
Sra. Matilde Macías De Cortés
Sr. Hernán Cartés
Sr. Mariano Ruiz
Sr. José Navarrete
Sr. Fernando Cubas

LA ACCIÓN PASA EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES.

ACTO PRIMERO

JARDÍN CUBIERTO DE FLORES Y ARBUSTOS, CON CALLES QUE SE EXTIENDEN EN TODAS DIRECCIONES: LA DEL CENTRO ES RECTA Y TERMINA EN UNA ESCALINATA DE MÁRMOL, SOBRE LA CUAL SE LEVANTA LA CASA DE CAMPO DE MAURICIO, QUE CUBRE EL FORO CON SU FACHADA ANTERIOR. EN EL CENTRO DE ESTA FACHADA, EN LA PARTE BAJA, HAY UNA PUERTA DE HIERRO, A TRAVÉS DE LA CUAL SE DESCUBRE UN PATIO ENLOSADO; EN LA PARTE ALTA, SE VE UNA SERIE DE BALCONES ENTREABIERTOS. BANCOS RÚSTICOS, ETCÉTERA.

ESCENA PRIMERA

ADELA, GASPAR

ADELA: Le aseguro a usted, doctor,
que esa locura me extraña,
porque nunca la acompaña

ni el más leve malhumor.

GASPAR: ¡Es tan niña, y luego tiene
un genio tan apacible!
El furor es imposible
cuando se trata de Irene.

ADELA: No sabe usted la tristeza
que por ella me devora...
cada día, cada hora,
verla así, no hay entereza...

GASPAR: Bien lo creo, que a juzgar
por lo que siento yo mismo,
requiere mucho estoicismo
ver a Irene sin llorar.
Aquella dulce expresión,
aquella doliente calma,
llevan la noche de su alma
al fondo del corazón.

ADELA: ¡Ay, doctor! Si la salud
devolverla usted pudiera...
quizá el remedio estuviera
en su propia juventud.

GASPAR: ¡Quince años!

ADELA: Sí: yo confío
en la ciencia... noble y fuerte,
sabe vencer a la muerte,
¿no es verdad, amigo mío?

GASPAR: Pero... ¿y si usted se equivoca?

ADELA: ¡No, no! Triunfe usted por ella...
Dios que la hizo tan bella,

no querrá que muera loca.
Yo tengo fe, aunque me abrume
este incesante dolor:
no crea Dios a la flor
para quitarle el perfume.

GASPAR: *(Pensativo; luego con animación)*
¡Alma noble! ¡qué enseñanza!
y yo vacilo... ¡oh vergüenza!
¡Que un ser tan débil me venza
en la fe y en la esperanza!
No será... de ningún modo...
¡doy a usted gracias, señora!
Usted me hace grande... ahora
me creo capaz de todo.
Ayer tarde, cuando oí
que en nombre de su reposo,
me suplicaba su esposo
que permaneciera aquí;
tuve miedo... la demencia
de Irene me parecía
incurable, y no quería
luchar contra la impotencia;
y menos ¡ay! contemplar
su mal, y a cada segundo
verlo más grave y profundo
sin poderlo remediar;
y entonces un pensamiento
cobarde me dominó,
y por no decir que no,
dije... ¡qué remordimiento!

ADELA: Dijo usted que reservaba
su respuesta decisiva...
que después...

GASPAR: Fue una evasiva...
¡quedarme!... no lo pensaba.

ADELA: ¿Y ahora?

GASPAR: Estoy decidido:
me quedo...

ADELA: *(Con alegría)*
¿De veras?

GASPAR: Sí;
no ha de decirse de mí
que esta lección he perdido.
¡Nunca! Ahora tengo sed
de esa lucha redentora...
¡que Dios me guíe señora!

ADELA: Allí está: mírela usted.

Indica a uno de los balcones, donde ha aparecido Irene vestida de blanco, con el cabello suelto y en melancólica actitud; allí permanece sin mirarlos hasta el fin de la escena siguiente.

ESCENA II

ADELA, GASPAR, IRENE (en el balcón)

GASPAR: ¡Siempre lo mismo!

ADELA: Se viste
de blanco todos los días:
es una de sus manías

sobre la que más insiste.
Además, le gusta andar
con la cabellera suelta,
y entre sus hebras envuelta
la verá usted sin cesar.

GASPAR: Sí: ya lo había observado...
¡pobre Irene! Ni me atrevo
a mirarla: me conmuevo...
voy a ser niño a su lado.

ADELA: Sin embargo...

GASPAR: ¡Oh! Bien sé
que es necesario ser duro
como el mármol... y, lo juro,
por salvarla lo seré.
Arriba del corazón
están la ciencia y mi nombre,
y el médico es más que un hombre
cuando cumple su misión.

Irene se retira del balcón y desaparece.

ESCENA III

ADELA, GASPAR

ADELA: Se va: parece que hubiera
sentido... tal vez Mauricio
que llega. Al menor indicio
sale, y al paso le espera.

GASPAR: *(Señalando a Mauricio que atraviesa el patio en traje de montar)*

y trayendo su látigo en la mano).
 Pues esta vez le ha dejado
 adelantar, y ya está
 en el patio.

ADELA: Ella vendrá
 a verle aquí: no hay cuidado.

ESCENA IV

ADELA, GASPAS, MAURICIO

MAURICIO: ¡Hola! Estamos todavía
 de conferencia; y ¿qué tal?
 ¿qué dice el doctor del mal?

ADELA: Que se queda, y que confía.

MAURICIO: Gracias a Dios, que por fin
 nos depara este consuelo...
 ¡Si me figuro que el cielo
 desciende hasta mi jardín!
 Doctor: ayer hizo un año
 que llamé a Adela mi esposa,
 y un año que no es dichosa
 también... ¿verdad que es extraño?
 Porque usted dirá sin duda
 que quien ama y es amado
 no puede ser desgraciado
 sobre la tierra desnuda.
 Pero ¡fatal coincidencia!
 fue en nuestra fiesta de boda
 que, para amargarla toda,
 se declaró esa dolencia.

Irene hasta entonces era
 una niña encantadora,
 tan fresca como la aurora
 de un día de primavera.
 Algo de melancolía
 dejaba entrever, es cierto,
 pero nunca al descubierto,
 sino envuelta en su alegría.
 ¿Quién había de pensar
 que esa nube pasajera
 toda su vida pudiera
 con sus sombras enlutar?
 No puedo olvidarlo: bella
 como una blanca visión,
 en el medio del salón
 estaba la noche aquella;
 cuando de pronto su boca
 deja escapar un gemido,
 y en tierra cae sin sentido...
 ¡para levantarse loca!

ADELA: *(Designando a Irene que avanza hacia ellos)*
 Calla, que no te oiga.

GASPAR: Viene
 al jardín.

ADELA: *(A Mauricio)*
 ¿Te ha visto?

MAURICIO: Sí;
 al pasar.

ADELA: La trae aquí
 el cariño que te tiene.

ESCENA V

GASPAR, ADELA, MAURICIO, IRENE

IRENE: *(Habla lentamente y sin levantar los ojos).*
¡Vaya! Todos reunidos... es muy bello...
en medio de las flores... ¡qué de cosas
se sueñan!

MAURICIO: Muchas, sí.

IRENE: *(Después de una pausa).*
Y en el cabello
¿cuáles te gustan más? *(A Mauricio).*

MAURICIO: ¿A mí? Las rosas

IRENE: Rosas... blancas ¿verdad? Siempre me has dicho.

MAURICIO: Es que esas simbolizan la pureza.

IRENE: Las blancas... ¡ah! ¿y a ti? *(A Gaspar).*

GASPAR: Tengo capricho
por las blancas también: dicen tristeza.

IRENE: Tristeza... es cierto, es cierto... y a ti, hermana,
¿cuáles te gustan más?

ADELA: Las rojas: dime,
¿no te agradan?

IRENE: ¡Oh, no! Yo busco ufana
todo lo que no alegra... lo que oprime.

ADELA: ¿Entonces ya no tienes ilusiones?
¿te falta la esperanza, cuando apenas
te alejas de la infancia?

IRENE: ¿Tú te opones
a que quiera las blancas... y las penas?

ADELA: Yo no; ¡pero tan joven!

IRENE: Sí; soy niña
tengo quince años... Mira, tú eres bueno...
(A Gaspar, en tono confidencial).
Haz que Adela esta noche no me riña
cuando me encuentre rosas en el seno.

GASPAR: ¿Y por qué ha de reñirte?

IRENE: Es que me encantan
las rosas blancas... y ella... ella prefiere
las rojas... las que ríen... las que cantan...
pero no las que lloran... no las quiere.

GASPAR: Porque te ama...

IRENE: Mucho... yo he pensado
ponerme en los cabellos cada día
una rosa... una sola... con cuidado...
para que no me vea... sufriría...
¡Como no ama las blancas!... Un instante
la tendré, nada más... porque en seguida
la ocultaré en el seno... y mi semblante
a nadie le dirá que está escondida.

ADELA: ¡Juzgue usted cuánto sufro! *(A Gaspar)*

GASPAR: ¿Y yo, señora?

ADELA: Me ahoga la emoción cuando la escucho.

MAURICIO: ¡Alma mía, valor!

IRENE: *(A Gaspar)*

Mira que llora
no se lo digas ¿oyes?... llora mucho...

GASPAR: ¿Es un secreto?... bien: será guardado;
pero en cambio...

IRENE: ¿Qué quieres?

GASPAR: Tu cariño,
tu confianza.

IRENE: ¿Tú has sido desgraciado
antes... alguna vez... cuando eras niño?

GASPAR: ¡Oh, sí!

IRENE: Pues bien: entonces... te prometo
que te amaré... como a mis rosas... calla
esto también... lo quiero... es un secreto.
(Irene observa a Adela que se lleva el pañuelo a los ojos).

MAURICIO: ¿Lágrimas?... ¡Ah!

ADELA: *(Tratando de serenarse)*
Mi corazón estalla.

IRENE: No te dije... me voy... te recomiendo *(A Gaspar)*
que tú me la consueles... yo querría,
mas no sé... yo no puedo... no comprendo
sino lo que es tristeza.

ADELA: *(Con ternura)*
¡Hermana mía!

MAURICIO: Ten calma.

IRENE: Adiós... los dejo... en los rosales
voy a buscar mis rosas... no lo digas...
mis rosas blancas, dulces... mis iguales...
suspiran como yo... somos amigas.
(Se aleja con lentitud por la derecha).

ESCENA VI

GASPAR, ADELA, MAURICIO

GASPAR: ¡Rosas blancas! *(Pensativo).*

MAURICIO: Son el sueño
de su vida sin ventura:
siempre tenerlas procura
con particular empeño.

ADELA: Yo no sé por qué esas flores
forman toda su delicia...
¡viera usted! las acaricia,
las besa, las dice amores...
En su lecho, en donde quiera
que ella esté, se encuentran rosas,
blancas siempre...

MAURICIO: Candorosas
como su alma...

GASPAR: *(Aparte)*
(Si esto fuera).

ADELA: ¿Y bien, doctor?

GASPAR: *(Ensimismado)*
Sí, tal vez...

ADELA: Hable usted...

MAURICIO: ¿Hay esperanza?

GASPAR: El mal hasta el alma alcanza,
a pesar de su niñez.
Mas no importa: sin recelo
me ha hablado como a un amigo,

dejándome ser testigo
de su más íntimo anhelo;
y hoy que sé cuánta ternura
se enlaza a su desvarío,
creo...

ADELA: ¿Qué?

GASPAR: Que el triunfo es mío...
(¡y también la desventura!)

MAURICIO: ¡Oh! ¡Qué dicha!

GASPAR: A ustedes dos
toca ahora darme ayuda.

ADELA: ¡Cómo!

GASPAR: La verdad desnuda (*Con gravedad*)
exijo en nombre de Dios.

MAURICIO: ¡La verdad!

GASPAR: Un hombre honrado
que ejerce su ministerio,
puede aclarar un misterio
con la historia del pasado.

MAURICIO: Comprendo, señor doctor,
¿usted cree que hay de por medio...?

GASPAR: Que hay que buscar el remedio
de una locura... de amor.

MAURICIO: ¡Oh! ¡no!

ADELA: Jamás ha sentido
su corazón

GASPAR: ¡Nunca!

ADELA: No:
¿podría ignorarlo yo,
su hermana?

GASPAR: Estoy confundido...
¿dice usted que nunca ha amado?

ADELA: ¿Acaso el amor se vela
a una hermana?

GASPAR: (*Ensimismado y con alegría*)
¡Nunca!

MAURICIO: Adela
mil veces me lo ha jurado.
Yo también pensé lo mismo,
mas hoy tengo la conciencia
de mi error, y la evidencia
de haber sondeado un abismo.

GASPAR: Pero entonces...

MAURICIO: Lo que existe
solamente en el pasado,
voy a fiarlo al hombre honrado...

GASPAR: ¿Es un secreto?

MAURICIO: Y muy triste.

GASPAR: Sabré olvidarlo mañana
si es necesario.

MAURICIO: Quizá.

ADELA: Sépalo usted desde ya:
es que Irene no es mi hermana.

GASPAR: ¡Ah!

MAURICIO: Fruto desventurado
de una pasión borrascosa,
en el hogar de mi esposa
halló un asilo sagrado.

ADELA: Sí: ¡mi madre me la dio
por hermana y compañera;
la pobre expósita era
tan dulce! ¡cuánto la amó!

GASPAR: ¡Expósita! ¿y ella sabe?

ADELA: No, señor.

GASPAR: Y si un descuido,
una palabra...

ADELA: A su oído
no ha llegado.

GASPAR: El caso es grave.
Aunque es posible afirmar
que un amor sin esperanza
no surge allá en lontananza
su locura a iluminar;
¿quién puede decir que a ella
no trajo un rumor el viento,
y avivó un presentimiento
de su alma?

MAURICIO: ¿Y quién?

GASPAR: Su estrella
tal vez Irene no ignora
que, huérfana sin fortuna,
fue proscripta de su cuna
sin ver la primera aurora;

y si ha descornado el velo...
¡infeliz desheredada
del arrullo y la mirada
de un amor lleno de cielo!
Entonces... no me ha engañado
mi experiencia: esa locura
es toda amor... es ternura
y soledad!

ADELA: *(En tono de reproche)*
¿A mi lado?

GASPAR: Sí, señora, su razón
no ha resistido al vacío,
y si está loca es... de frío,
de frío en el corazón.

ESCENA VII

ADELA, GASPAR, MAURICIO, BRUNO

BRUNO: *(A Mauricio, entrando por el fondo)*
Señor...

MAURICIO: ¿Qué hay?

BRUNO: Hace un instante
llegó un jinete a la puerta,
y no encontrándola abierta
se la llevó por delante.

MAURICIO: ¿Algún beodo?

BRUNO: No, señor,
es un joven muy decente...

y si el señor lo consiente
lo haré entrar, aunque es mejor...

MAURICIO: ¿Está aún?

BRUNO: Allá le dejo,
furioso con el caballo,
y dale a llamar serrallo
a esta casa, y fortín viejo...

MAURICIO: ¡Vaya un lance!

BRUNO: Y no se va,
y dice que si supiera
la señora que está afuera,
me pondría...

MAURICIO: *(Recapacitando)*
¿Quién será?

ESCENA VIII

ADELA, GASPAR, MAURICIO, BRUNO, RAMÓN

RAMÓN: *(Entra rápidamente por el fondo, y se dirige al grupo sin cumplimientos).*

¡Qué casa, válgame Cristo!
Si no salto las paredes...

ADELA: ¡Ramón! *(Reconociéndole con asombro).*

RAMÓN: ¿Cómo están ustedes?
Buenos todos, por lo visto...
Caballero... *(Saluda a Gaspar).*

ADELA: *(Presentándolo)*
Un primo mío.

GASPAR: Mucho gusto...

RAMÓN: *(Volviéndose a Bruno)*
¿Oyes, Cerbero?
Soy su primo, y aquí...

BRUNO: Pero...

RAMÓN: ... entro y salgo a mi albedrío.

BRUNO: Sí, señor.

RAMÓN: Ahora falta
que al caballo que está allá
le abras la puerta.

BRUNO: *(Con una sonrisa burlona)*
Ya, ya...

RAMÓN: Que lo que es ese... no salta.

Vase Bruno por el fondo.

ESCENA IX

ADELA, MAURICIO, GASPAR, RAMÓN

Durante esta escena, Gaspar permanece retirado de los demás personajes, y examina las plantas del jardín.

MAURICIO: Pero, hombre, ¿de dónde sales,
después de tan larga ausencia?

RAMÓN: ¡Pché! Un caso de conciencia,
porque al fin primos carnales...

MAURICIO: Explícate.

RAMÓN: La familia
debe ser unida... y ¡vamos!

aunque alguna vez rompamos
el tiempo nos reconcilia.
Con que, me habrás entendido...

MAURICIO: A lo menos...

RAMÓN: Con verdad,
enojo y rivalidad,
todo lo he dado al olvido.

MAURICIO: ¡Gran tronera! ¿Y de tu parte
te enfadaste por lo serio?

RAMÓN: ¿Lo dudabas? Sin misterio:
tuve ganas de matarte.

ADELA: ¡Aturdido!

RAMÓN: ¡Pues es nada!
¡Querer uno a una doncella,
y meterse entre uno y ella
un tercero de colada;
y quedarse todo un primo
sin la prima de repente,
y en la sala estar presente
como una mesa de arrimo;
y oír luego que incomoda,
su amor... y por conclusión,
recibir invitación
para el baile de la boda!
Razón había, y bastante,
para treinta desafíos...
pero los rencores míos
nunca pasan adelante.
Luego tú la haces dichosa
y ella te quiere, y no soy

ningún fatuo... y aquí estoy,
ya ves ¡como si tal cosa!
Dime ¿tienes escopetas?
Es natural. ¡Pues no hay más!
Cazaremos, y además,
si hay guitarra, unas piruetas...

ADELA: ¡El mismo de siempre! (*A Mauricio*).

MAURICIO: Viene
tal como lo conocí...

RAMÓN: ¡Qué quieres!... ¡Ah, diablo! Aquí
(*Mirando en derredor*)
falta alguien: ¿dónde está Irene?

ADELA: Bien sabes... (*Poniéndose triste*)

RAMÓN: Sí, me parece
que a mi madre le escribiste
que estaba loca... y ¿persiste
la enfermedad, o decrece?

MAURICIO: El doctor nos asegura
que puede curarla...

RAMÓN: Pues...
¿y el doctor?... ya caigo... este es:
(*Indicando a Gaspar*)
me ha gustado... ¿a que la cura?

ADELA: ¡Dios lo quiera!

RAMÓN: Pero en fin,
¿dónde está?

ADELA: (*Señalando a la derecha*)
¿Ves a lo lejos
aquellos rosales viejos

al extremo del jardín?
Allí...

RAMÓN: ¡Oh! Qué pensativa
es ella... ¿y qué hace?

ADELA: Divaga

RAMÓN: La hablaré... ¡como no me haga
llorar a lágrima viva!
(Vase por la derecha).

ESCENA X

GASPAR, ADELA, MAURICIO

MAURICIO: (Volviéndose a Gaspar, mientras Adela sigue con la vista a
Ramón)

¿Por qué tan retirado,
doctor? ¿Soñaba usted?

GASPAR: (Se aproxima ensimismado)

Soy de las flores
amigo apasionado,
y me encantan su aroma y sus colores.

MAURICIO: Venga usted, venga usted; hoy es mi día
hoy comprendo a la ciencia en su grandeza
y torna mi alegría,
y mi esperanza a despertar empieza.
La vuelta de Ramón se me figura
un presagio feliz: la Providencia
le trae tal vez a ser de mi ventura
partícipe y testigo, tras la ausencia...

ADELA: Mira, Mauricio, mira (Sin volverse)
Ramón está a su lado:
le reconoce al parecer...

MAURICIO: Delira...
va a enseñarle las rosas que ha arrancado.

Gaspar se aproxima y observa fijamente, olvidado de todo.

ADELA: Todas son blancas...

MAURICIO: Todas.

ADELA: Se enajena
con ellas... una flor coloca ahora
en su frente... ¡qué pena! (Conmovida).

GASPAR: (Con vehemencia y sin poder contenerse)
¡Valor, valor! ¡La salvaré, señora!
¡Lo juro! Aunque sin calma
vea pasar las horas de mi vida,
aunque trueque mi alma por su alma,
y mi razón por su razón perdida.

ADELA: ¿Qué dice usted? ¿la duda,
se desvanece al fin?

GASPAR: En vano, en vano
lo pretendí ocultar. La lengua muda
cuando habla el corazón es más que humano.
Mi amor me vence.

MAURICIO: ¡Amor!

GASPAR: Y me arrebató.
Yo amo a Irene hace tiempo.

MAURICIO Y ADELA:

(Con asombro)

¿Cómo? ¿A Irene?

GASPAR: ¿Y por qué no decirlo, si es tan grata
La dulce confesión? ¿Qué me detiene?
Huérfana, con el alma desolada,
virgen el corazón, ¿quién no la adora?
la luz de su mirada
de azul de cielo el porvenir colora.
¡Ah! Cuando hace un momento
la intuición de otro amor veló sombría
mi más bella esperanza... ¡aún lo siento!
¡Qué dolor! ¡Qué amargura! ¡Qué agonía!
¡No más! No más pretendo
ocultar mi pasión, tan grande y pura
que la única dicha que comprendo
es abismar mi vida en su locura.

MAURICIO: ¡La amaba usted así!

GASPAR: Dios es testigo
de que ese amor sostiene
mi fe, amigos míos.

ADELA: Yo bendigo
la mano del Señor, que salva a Irene.
¡Amada! ¡Dicha inmensa!
¿Dónde el amor no alcanza en su ternura,
para apagar su sed, su sed intensa
de abnegación, de triunfo...?

GASPAR: Y de ventura.
¡Oh! si ella es mía, si a escucharla llego

que repite mi nombre suspirando...

MAURICIO: Doctor, cúrela usted y luego...

ADELA: Luego
hágase usted querer: yo se lo mando.

GASPAR: Gracias, ya soy feliz: toda una vida
no bastará a mi anhelo
para arrancarla al mal, y estremecida
llevarla a ser el ángel de mi cielo.
¡Ah! Si cruel su destino la condena
a eterna soledad; si se levanta
entre ella y mi alma, de ilusiones llena,
esa locura horrible que me espanta;
entonces este cielo que he forjado,
será en mi vida triste y peregrina,
como el cielo sin luz del desgraciado,
que tan sólo en sus sueños se ilumina.

ESCENA XI

MAURICIO, ADELA, GASPAR, RAMÓN, IRENE

RAMÓN: *(Dice dentro los primeros versos: luego aparece conduciendo de la mano a Irene, que le sigue sin resistencia).*

¡Cuando yo lo decía!
Esta niña me ha puesto
los nervios en desorden. Prima mía,
a ver si puedes tú... cámbiala el gesto.
Hazle reír, que estoy... yo no he nacido
para ver pesadumbres, y me falta

el valor, y aunque lucho, en un descuido...
¿quién detiene una lágrima que salta?

ADELA: Eres bueno y sencillo,
Ramón.

IRENE: Le he dado rosas
para que ame el dolor.

RAMÓN: Soy un chiquillo.

IRENE: ¿No es verdad que las hallas muy hermosas?

RAMÓN: Adela, dímele algo...

IRENE: Estando triste
se aduerme el corazón... la flor que exhala
efluvios de tristeza... la que viste
un velo de penumbra... ¿cuál la iguala?
Por eso yo me encanto
con mis rosas tan blancas... me parecen
ojos que vela el llanto...
estrellas que en la bruma palidecen.
Tú las quieres... y tú... ¿por qué te admira
(Habla sucesivamente a Mauricio, a Gaspar y luego a Ramón, a
quien continúa dirigiéndose).
que te incite a quererlas? ¿Por qué Adela
llora cuando las mira?
Mejor... esto consuela.
¡Si supiera llorar!... yo lo adivino...
muy dulce debe ser.

RAMÓN: (Se pasea agitado)

¡Y que me vea
reducido... demonio! Este es camino
de volver a las lágrimas... ¡pues sea!

(Se acerca a Irene con resolución)
¿Y si yo las amara?

IRENE: Te daría
la que guardo en mi seno...
la que en mi frente... ¡chit! ella lo oiría,
y va a llorar.

RAMÓN: ¡Y yo! bueno... ¡muy bueno!
(Se enjuga una lágrima).

IRENE: ¡Tú también! Pues entonces no te digo...
Voy a decirlo a... ¿cómo te llamas? (A Gaspar).

GASPAR: Gaspar.

IRENE: Tú eres mi amigo...
tú no lloras, Gaspar... tú sí las amas.

RAMÓN: (¡Loado sea Dios! me deja).
(Continúa paseándose).

IRENE: ¿Te acuerdas de mi idea?... ya está hecha
la siento que se queja
aquí... sobre mi pecho (La acción).
Ya la verás... me está observando...

RAMÓN: (¿Cómo
me escabullo?)

ADELA: ¡Ay, Mauricio, si no fuera
la esperanza!

RAMÓN: (Y el caso es que si tomo
la puerta sin...)

MAURICIO: ¡Dichoso del que espera!

IRENE: Tiene yo no sé qué... cuando a cortarla (A Gaspar)

fue mi mano al rosal, se estremecía...
y luego, en mi cabeza al colocarla,
la escuché suspirar... me conocía.

RAMÓN: *(Se da una palmada en la frente y se mete en medio del grupo con aire resuelto).*

Basta de caras largas...

¡Ea! ¡A vivir! Tú prima, de la fiesta
serás reina amazona... tú te encargas
de dirigirnos. *(A Mauricio).*

MAURICIO: ¿Qué avalancha es esta?

RAMÓN: ¡Qué diantre! Un plan magnífico: la luna
deben saber ustedes que está llena...
¿Hay caballos? Es claro... ¡qué fortuna!
Pasaremos la noche más amena.

ADELA: ¿Piensas?

RAMÓN: Nada: se trata
de una cosa a que nadie se resiste...
¡desairar una hermosa cabalgata
a la luz de la luna, fuera chiste!

MAURICIO: ¿Lo dices seriamente?

RAMÓN: ¡No! Si es broma...
Voy a ensillar... ¿dónde es la cueva
del Cancerbero aquel? ¡Por allá asoma
Pascual! *(Llamando).*

ADELA: Bruno *(Corrigiéndole).*

RAMÓN: Es lo mismo: que se mueva.
(Vase por el fondo).

ESCENA XII

MAURICIO, ADELA, GASPAS, IRENE

ADELA: Ramón se ha enternecido: *(A Gaspar)*
por no oírle se va.

GASPAR: Oh, sí: revela
un bello corazón.

IRENE: ¿Por qué se ha ido?
La hubiera visto... no... me mira Adela.
(Lleva la mano al seno y luego la retira vivamente).

Las rojas son las tuyas...
¡Pobre mi rosa blanca! Te desdenea...
dice que eres muy pálida... que huyas
te manda cuando sueña.
Pero tú no... ¿no es cierto? *(A Gaspar).*

GASPAR: No, niña mía. *(Ensimismado).*

IRENE: *(Aplicando el oído)*
No habla... ¿tú la escuchas?
¡Ay! ya estará marchita... la habrá muerto
la estrechez... voy por otra... tengo muchas.
(Se aleja por la derecha, cantando pausadamente estos versos)

De novia llevo el velo
sobre la frente,
y lloro sin consuelo
mi amor ausente.

ESCENA XIII

MAURICIO, ADELA, GASPAS

GASPAR: ¡Ese canto! (*Estremecido*).

ADELA: Es vez primera
que usted se lo oye ¿verdad?
Lo aprendió de tierna edad
sin comprenderlo siquiera.
Hoy con la misma inocencia
lo repite... Irene ignora
lo que es el amor que llora,
y lo que vale una ausencia.

GASPAR: (¡Ah! respiro)

ADELA: (*Con intención*)
En su locura
ya ve usted, no lo ha olvidado...
pero no está en el pasado
quien llenará su ternura.

GASPAR: No me haga usted delirar,
señora... ¡la quiero tanto!...

ADELA: El amor de usted es santo:
ella lo sabrá premiar.

MAURICIO: Sí, cúrela usted, doctor,
y suya será en seguida
aquella alma redimida
por la ciencia y el amor.

GASPAR: La ciencia... el amor... así
comprendo su salvación:
que lata su corazón...
y que lata... para mí.
¡Pobre espíritu sediento
de amor, de amor sin medida!

Yo lo alzaré con la vida
y el calor del sentimiento.
¡Es desgraciada! Que a amar
todo en torno la convide...
¡no tiene madre! ¡que olvide
la cuna por el hogar!

MAURICIO: ¿Y usted cree que la reacción
vendrá?...

GASPAR: Del triunfo respondo;
siempre hay ternura en el fondo
del más duro corazón.
Y el suyo, que de inocencia
y de candor está henchido,
¿no ha de tener un latido
para romper su demencia?

ADELA: ¡Y usted, doctor, nos quería
abandonar! ¡qué egoísmo!

GASPAR: Es que miraba el abismo,
señora, y me estremecía.
¡Amar lo imposible era
amar a Irene... y mi amor
crecía ante ella!

ADELA: Doctor,
el que ama no desespera.

GASPAR: Hoy lo comprendo.

ADELA: Pues bien,
ya lo sabe usted: salvada,
esa niña desgraciada
puede llenar un Edén.

GASPAR: ¡Un Edén!... ¡Un Edén mío!

ADELA: Vamos, Mauricio, ella viene:
que la hable a solas... que Irene
no tema...

MAURICIO: *(A Gaspar)*
Se la confío.
(Vase con Adela por el fondo).

ESCENA XIV

GASPAR

GASPAR: *(Con la mirada fija en el punto por donde llega Irene)*
Mi blanca virgen soñada...
¡qué hermosa es! ¡Resplandece
su tristeza, que parece
luminosa y perfumada!

ESCENA XV

GASPAR, IRENE

IRENE: ¿Estás solo? *(Por la derecha).*

GASPAR: ¡Solo!... sí...
con mis sueños... ¿tienes miedo?

IRENE: No lo creas... yo no puedo
tener miedo junto a ti.

GASPAR: ¡Bien mío!

IRENE: Te he prometido
quererte...

GASPAR: ¿Y me quieres?

IRENE: ¡Tanto!
al hablarme tú me encanto...
porque tú me has comprendido

GASPAR: ¡Oh, gloria! *(Enajenado).*

IRENE: Cuando viniste,
todos querían que fuera
alegre... que no estuviera
melancólica... ni triste.
No sabían el anhelo
que me consume... no... no...
pero tú lo sabes.

GASPAR: Yo...
¡sé que tu amor es el cielo!
Que te adoro... ¡que anonada
tu imagen mi pensamiento,
que llena mi alma siento
de la luz de tu mirada!

IRENE: Mira: ¡qué bella! es mi flor...
mi rosa blanca... muy bella...
(Saca del seno una rosa que guarda luego).

GASPAR: ¡La rosa blanca! *(Transición).*

IRENE: Sí: ella
también comprende el dolor.
¡Cuántos suspiros no da
al viento si se la toca!

GASPAR: *(Como saliendo de un sueño y con desesperación)*
¡Loca! ¡Dios mío! Está loca...

¡lo había olvidado ya!
(Se queda inmóvil, cruzado de brazos y con los ojos fijos en el suelo).

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

SALA ELEGANTEMENTE DECORADA EN LA CASA DE CAMPO DE MAURICIO; AL FONDO DOS BALCONES: A LA DERECHA, EN PRIMER TÉRMINO, PUERTA DE ESCALERA QUE COMUNICA CON LA PARTE BAJA; EN SEGUNDO TÉRMINO OTRA PUERTA QUE DA A LA HABITACIÓN DE GASPAR. A LA IZQUIERDA: PUERTA TAMBIÉN QUE CONDUCE AL CUARTO DE RAMÓN.

ESCENA PRIMERA

RAMÓN, BRUNO

Bruno está colocando flores en los floreros de la sala; Ramón sale por la puerta de la izquierda.

RAMÓN: ¡Soledad... y es mediodía!
 ¡Hola, Bruno!

BRUNO: ¿Señor?

RAMÓN: ¡Diantre!
 tienen sueño de sochantre
 si es que duermen todavía.

BRUNO: No, señor.

RAMÓN: ¿Se han levantado?

Ya es algo.

BRUNO: ¡Si están en pie
 desde las seis!

RAMÓN: ¿Y por qué
 a mí no me han despertado?

BRUNO: Siempre el sueño se respeta
 cuando el cansancio de un viaje...

RAMÓN: ¡Y yo que anoche me traje
 a mi cuarto la escopeta!

BRUNO: El señor me encargó...

RAMÓN: ¿Dices
 que te encargó? ¡Fresco estoy
 con mi caza! ¿Adónde voy
 a hallar ahora perdices?
 Y la perdiz es mi fuerte...
 ¡y les tenía una gana!
 ¡Paciencia! Será mañana:
 lo que es hoy, ¡vaya una suerte!
 ¿Y dónde están?

BRUNO: Don Mauricio
 y la señora, allá adentro...

RAMÓN: ¿Y la niña? Si la encuentro
 otra vez, doy beneficio...
 ¡Hombre! ¿y el doctor?

BRUNO: Salió
 al campo de madrugada...

RAMÓN: ¿También está levantada
 Irene?

BRUNO: Sí, ya bajó.
 RAMÓN: ¿Adónde?
 BRUNO: Al jardín: allí
 las horas muertas se pasa...
 RAMÓN: *(Como hablando consigo mismo)*
 Pues... el jardín de esta casa
 no se ha hecho para mí.

ESCENA II

RAMÓN, BRUNO, IRENE

IRENE: *(Por la derecha, primer término: trae en la mano una pequeña canasta de mimbre, llena de rosas blancas).*
 Ya no lloras... haces bien...
(A Ramón).
 RAMÓN: ¡Irene! *(Retrocediendo).*
 IRENE: ¡Se goza tanto
 sin llorar... el llanto... el llanto!
 Mis lágrimas no se ven.
 RAMÓN: ¡Las mías sí: son tamañas!).
 BRUNO: *(Examinando los floreros)*
 Creo que todo está listo.
 IRENE: ¿Huyes de mí?
 RAMÓN: ¡Yo! ¿me has visto?
 IRENE: Como te alejas...
 RAMÓN: Te engañas.

IRENE: Ven a verlas: está llena
 de rosas *(Alzando la canasta).*
 RAMÓN: *(Inquieto al observar que Bruno se dirige a la puerta).*
 ¡Te marchas, Bruno!
 BRUNO: Sí, señor.
 RAMÓN: *(Bajo, aproximándose a él).*
 Mándame a alguno...
 BRUNO: ¿Y para qué, si es tan buena?
(Vase por la derecha, primer término).

ESCENA III

RAMÓN, IRENE

IRENE: Aún tienen las gotas de rocío...
 Yo misma en el jardín siempre las riego...
 yo misma, sí... ¡su corazón y el mío
 laten tan a compás!
 RAMÓN: *(Empieza a pasearse)*
 ¡Palo de ciego!).
 IRENE: Me han dicho que es muy dulce entrar al templo
 y abismarse en plegarias silenciosas...
 yo creo estar allí cuando contemplo
 el sueño de letargo de mis rosas.
 Y di ¿por qué no abres los balcones?
 RAMÓN: ¿Quieres?
 IRENE: Si es que tus lágrimas...
 RAMÓN: *(Abre uno de los balcones)*
 (No tardan).

IRENE: De ahí las puedes ver... mis ilusiones
están allá... con ellas... me las guardan.

RAMÓN: Hay muchas rosas, ya lo veo.

IRENE: Observa
si están todas dormidas... si respiran...
Cuando duermen... ya sabes... las enerva
un ángel que las besa... y no suspiran.
Déjame ver a mí... tú no conoces...
(Le aparta suavemente y se inclina sobre el balcón).
no has empezado a amarlas todavía...
(Escucha un momento, luego retrocede).
Duermen... cierra... que el eco de las voces
las puede despertar.

RAMÓN: *(Cierra el balcón).*
(¡Ay, madre mía!).

IRENE: Estas sí ya no duermen... en secreto
(Con los ojos fijos en su canastilla)
están hablando todas de su hermana...
de mí, ¿no lo oyes tú?

RAMÓN: ¿Y con qué objeto
las cortas?

IRENE: Se las robo a la mañana.
La mañana es alegre... ellas padecen
con la luz... del crepúsculo son hijas...
como yo, ¿no lo sabes?... enmudecen
al sol... aquí no sufren... no te aflijas.

RAMÓN: Mucho te gustan.

IRENE: ¡Yo! ¡Si son mi vida!

Perfuman mis recuerdos... compañeras
de mis sueños, me buscan... mi alma anida
en sus hojas... ¡si tú las comprendieras!

RAMÓN: ¿No vuelves al jardín?

IRENE: Cifno mi frente
de rosas blancas para estar tranquila...
tan tiernas y tan tenues se las siente
que desmaya la luz en la pupila.
Escúchame: ¿tú sufres?

RAMÓN: *(Vivamente)*
¡Ya lo creo!
es decir, me parece...

IRENE: Triste... y niño...
serás también su amigo... a ti las veo
exhalar en perfumes su cariño.

RAMÓN: *(Soy de cera, está visto).*
(Lleva el pañuelo a los ojos).

IRENE: *(Observándole)*
¡Siempre el llanto!

RAMÓN: *(Volviéndose de uno y otro lado para ocultar el rostro).*
¡Llorar! Si soy a prueba... será el humo.

IRENE: Pues bien, no llores ya... verás que encanto
hay en mis rosas blancas.

RAMÓN: *(Con afectada serenidad)* Lo presumo.

IRENE: *(Toma de la mano a Ramón y le hace sentar en un sillón, sin que
aquel oponga resistencia; luego le va colocando como indican los
versos).*

Siéntate... ven... aquí... baja los ojos...
así... pon la cabeza reclinada...
la mano al corazón...

RAMÓN: (Estos antojos...
¡firme, Ramón!).

IRENE: Apaga la mirada.
El brillo las deslumbra... te repito
que aman la sombra... vaya... no te muevas...

RAMÓN: ¿Qué vas a hacer de mí?

IRENE: Habla bajito...
tímidas son... y si la voz elevas...
(Va poniéndole rosas en los cabellos).
Esta es muy dulce... y esta... y esta tiene
un suspiro de amor en cada hoja...
esta es igual a mí... Se llama Irene...
¿no sientes que arrulla tu congoja?
Mira... ya están... sobre tu sien cautivas,
sueñan.

RAMÓN: *(Irguiéndose con un estremecimiento nervioso que hace caer las
flores a sus pies).*
¡No puedo más!

IRENE: ¡Oh Dios, qué bello!
¡Parecen ilusiones fugitivas
Esas rosas que caen de tu cabello!

ESCENA IV

RAMÓN, IRENE, MAURICIO, ADELA

ADELA: *(Llega con su esposo por la derecha, primer término, y abarca la
escena con una mirada).*
¡Pobre Ramón! *(Bajo a Mauricio).*

MAURICIO: *(A Ramón)*
¿Qué tal? ¿Has descansado?

RAMÓN: Un poco... *(Siempre esforzándose por aparecer tranquilo).*

IRENE: Las va a ver... si yo pudiera...
no las quiero mirar... *(Se retira a la
izquierda).*

RAMÓN: *(Va hacia la derecha).*
(¡Ya me han cercado!)

MAURICIO: ¿La tenías aquí por compañera?

RAMÓN: Hace un momento.

MAURICIO: ¿Y bien?

ADELA: Te ha conmovido,
lo conozco.

RAMÓN: No tal. *(Mirando a todas las puertas).*

ADELA: *(Observa las rosas)*
¡Ah! ¿Y estas flores?

IRENE: *(Se vuelve sin aproximarse).*
No están tristes, hermana... se han dormido...
no pueden sonreír... ¿oyes?... no llores.

MAURICIO: ¿Y ha de llorar? ¿Por qué? También las ama.

IRENE: ¡Las ama! ¿Y a las rojas? *(Pensativa).*

ADELA: No las quiero,
porque a ti no te agradan.

RAMÓN: *(Con fingida sorpresa).*

¿Quién me llama?
¿no has oído?

MAURICIO: *(Sonriendo)*
Yo no.

ADELA: *(Bajo a Ramón)*
¡Nunca sincero!
Tienes el corazón despedazado,
y lo ocultas, lo sé.

RAMÓN: ¡Cuando te digo!
Lo que hay es que mis nervios...

MAURICIO: *(A Irene, que se acerca a él).*
¿No has notado
la momentánea ausencia de tu amigo?

IRENE: De mi amigo...

MAURICIO: Gaspar; eres ingrata,
pues no lo recuerdas.

IRENE: ¡Ay! es cierto...
¿se enojará?

MAURICIO: ¡Quién sabe! Pero trata
de hacérselo olvidar.

IRENE: Es que no acierto...
¡Ah! sí... qué tonta... le daré una rosa...
la más bella y más blanca... toda olvido...
la traeré del rosal... voy presurosa...
estas no viven ya... las he oprimido...
Dile que espere, que no tardo... dile
que se va a consolar cuando la tenga...
(Vase).

RAMÓN: *(Volviendo a sus paseos).*
*(Pues... aunque la escopeta me fusile
me largo sin remedio antes que venga).*

ESCENA V

MAURICIO, RAMÓN, ADELA

MAURICIO: *(A Ramón)*
Muy pensativo te has puesto.

RAMÓN: ¡Yo!

MAURICIO: ¡Si estás desconocido!
Tú, que eras tan aturdido,
tan bullicioso... ¿qué es esto?

RAMÓN: Nada... que revuelvo aquí *(La frente)*
cierto plan.

MAURICIO: ¡Es singular!
No sabías cavilar
cuando yo te conocí.

RAMÓN: Aguarda. *(Yendo hacia la izquierda)*

MAURICIO: ¡Pero Ramón!...

RAMÓN: Ya vuelvo. *(Entra en su cuarto).*

ADELA: *(A Mauricio que va a detenerlo)*
Déjalo; va
a desahogarse, que está...
¡porque tiene un corazón!

ESCENA VI

MAURICIO, ADELA

MAURICIO: Aún no he visto a Gaspar.

ADELA: Pasea, según parece...
su amor hacia Irene crece
y ese amor la ha de salvar.

MAURICIO: Así lo espero.

ADELA: La adora...
¿Y sabes que ha madrugado?

MAURICIO: Es de todo enamorado
levantarse con la aurora.
Al hallarte en mi camino
tal fui yo, y en mi desvelo
te buscaba por el cielo
como un astro peregrino.
Llena de luz se ofrecía
a mi amor tu faz sonriente,
y absorto, helada la frente,
siempre me encontraba el día.
Jurara que en el balcón
Gaspar la noche ha pasado,
y en cada eco ha escuchado
un eco en su pasión.
Ante la imagen risueña
que nuestro delirio exalta,
el sueño del cuerpo falta...
¡sólo el alma duerme y sueña!

ESCENA VII

MAURICIO, ADELA, RAMÓN

RAMÓN: *(Sale con la escopeta y demás avíos de caza).*
Aquí me tienes.

MAURICIO: ¿De caza?

RAMÓN: Pues.

MAURICIO: ¡A estas horas!

RAMÓN: ¿Te admira?
No es la hora, es el que tira...
¿y qué dices de mi traza?
No es mala, ¿eh?
(Se echa al hombro la escopeta).

MAURICIO: ¿Pero a quién
se le ocurre?

RAMÓN: Tú eres novicio...
la perdiz, pobre Mauricio,
siempre cree que no la ven.
(Vase por la derecha).

ESCENA VIII

MAURICIO, ADELA

MAURICIO: ¡Ahora sí que es Ramón!...
¡Salir de caza a las diez
en primavera! *(Se echa a reír).*

ADELA: Tal vez
va huyendo de otra emoción.

MAURICIO: Quizá, pero aquella ufana actitud... ¡Me da una risa esta caza que improvisa a las diez de la mañana! Además, ya no estoy triste, Adela mía: me siento casi feliz, y el contento a la ocasión no resiste. Gaspar es un sabio, Adela, un sabio que ama, y combate porque el mal no le arrebate toda la dicha que anhela. Tengo fe en él, cada día le admiro más... y me alcanza esa sublime esperanza que le anima y que le guía.

ADELA: Sí; Gaspar tan solo ha ido al fondo de su locura, y a la luz de su ternura la sombra ha desvanecido. Siempre la ciencia, desnuda de la vida de la fe, para nuestras almas fue amarga como la duda. ¡Siempre la vacilación y el frío del desaliento! Le faltaba el sentimiento para llenar su misión. Pero Gaspar... el amor es más grande que la ciencia: el amor es providencia

de los hijos del dolor.
Y el amor ha de triunfar de la demencia de Irene que en la lucha que sostiene juega su cielo Gaspar.

MAURICIO: ¿Te has fijado?... ya no hiela de mi niña la mirada... ya su alma desolada algo siente y algo anhela. ¿No es verdad que hora tras hora es más tierno su delirio? ¡Noche horrible de martirio, al fin presiento tu aurora!

ESCENA IX

MAURICIO, ADELA, GASPAR

GASPAR: *(Por la derecha, primer término)*
Amigos míos...

MAURICIO: Doctor,
¿de vuelta ya? Bienvenido.

ADELA: Veo que usted hoy ha sido valiente madrugador.

GASPAR: En el campo me complace, porque es en la soledad que en toda su majestad se admira el día que nace. Aquí, sobre la llanura que sin límites se extiende,

cada vez que el alba asciende
el nombre de Dios murmura;
aquí ostenta la mañana
más esplendor, más belleza:
aquí tienes la grandeza
de la tierra americana.

ESCENA X

MAURICIO, ADELA, GASPAS, IRENE

IRENE: Mucho he tardado, pero... *(Por la derecha, primer término: ha dejado su canastita y trae sólo una rosa en la mano).*

para no despertarlas... no quería...
¡es tan dulce y ligero
el sueño que la noche les envía!
Dime, ¿estás enojado *(A Gaspar)*
porque no te recuerdo? Yo he oído
que al corazón no es dado
ocultar la tristeza del olvido.

GASPAR: ¿Tú me olvidaste?

IRENE: Sí: por un momento...
¿no observas que estoy trémula... mis ojos
no puedo alzar a ti... ya ves que siento
mi culpa y tus enojos?

GASPAR: ¡Enojos para ti! ¿y lo creíste?

IRENE: ¡Qué importa! Toma y calma
tu pena... no resiste
a su dulzura la ansiedad del alma.
(Le da la rosa).

GASPAR: ¡Oh, Irene, gracias!...
(Toma la flor y se abstrae contemplándola).

IRENE: Oye... no la oprimas
sonríela a menudo... y ella... ella...
a cada beso que en su frente imprimas
se tornará más pálida y más bella.
¿No te dije? Ya ha huido *(A Mauricio)*
su enojo con la flor... ¡mi rosa exhala
tan lánguido perfume!

ADELA: Es que él no ha sido
malo jamás, y tú...

IRENE: ¿Yo he sido mala?

ADELA: ¡Tal vez!

IRENE: *(Con pena)*
¡Dios mío! ¿Es cierto?
¿Puedo ser mala?

MAURICIO: Con Gaspar, tu amigo,
lo fuiste al olvidarle.

IRENE: Es que te advierto
que un instante no más... tengo un testigo.

MAURICIO: ¡Un testigo! ¿Cuál es?

IRENE: *(Se apodera de la flor que tiene Gaspar).*

Esta lo sabe...
esta, que ha poco se meció en mi frente...
su hálito suave
evocó los recuerdos de mi mente.
El tuyo estaba allí: surgió el primero *(A Gaspar)*
ávido de la luz de su caricia...
pregúntale... su pensamiento entero

(Le vuelve la rosa).

te dirá con delicia.

Ella gusta de hablar con los que ignoran

lo que es dicha y bonanza...

los tristes la enamoran...

sus amigos no tienen la esperanza.

GASPAR: ¿Quieres que aquí la ponga?

(Lleva la flor al ojal).

IRENE: No... no... va a tener frío... que en tu seno

viva feliz... que nada se interponga

entre ella y tú, Gaspar... ¡eres tan bueno!

GASPAR: ¿A mi cariño llamas

bondad? *(Guarda la rosa en el pecho).*

IRENE: ¿Me quieres mucho?

GASPAR: ¡Te daría

la vida de mi ser!...

IRENE: Pues si me amas,

no me la hagas sufrir... piensa que es mía.

ADELA: Pero tú... me parece

que no le quieres...

IRENE: ¡Yo!... solo sin fuego

quiere mi corazón... porque padece...

como la flor sin riego.

GASPAR: ¿Y no sientes un algo indefinido,

un anhelo... una voz que te consterna

diciéndote al oído

una palabra vagarosa y tierna?

IRENE: ¿Y qué palabra es esa?

GASPAR: Amor.

IRENE: ¡Amor!

GASPAR: Un eco que suspira,

un afán que no cesa...

IRENE: ¿Y es blanco?

GASPAR: Sí: tu rosa lo respira.

IRENE: Déjame recordar... *(Lleva la mano a la frente y se queda inmóvil y profundamente abstraída).*

GASPAR: *(A media voz)*

Creo prudente

que no los vea a ustedes... ¡la devora

una sed de expansión!...

ADELA: Acaso siente...

GASPAR: Fíjese usted, señora.

ADELA: ¡Es verdad... y medita!

GASPAR: No: combate...

MAURICIO: ¿Con el mal?

GASPAR: Con la fuerza que comprime

su ternura... ya es tiempo... allí...

(Sin apartar los ojos de Irene, les designa la puerta de la izquierda).

MAURICIO: Me abate

esa lucha...

ADELA: ¡La ahoga!

GASPAR: La redime.

Mauricio y Adela entran por la izquierda.

ESCENA XI

GASPAR, IRENE

GASPAR: ¡Irene! *(Inclinándose hacia ella)*

IRENE: *(Con un estremecimiento)*

¡Ah! Soñaba adormecida...

GASPAR: Y bien ¿has encontrado el amor?

IRENE: Una luz desvanecida...
¿eso es? Lo he soñado.

GASPAR: ¡Una luz!

IRENE: De mis rosas
este sueño aprendí: en su perfume
hay ondas luminosas
en que el alma se anega... y se consume.

GASPAR: ¿Pero no amas?

IRENE: ¿Yo? Yo quiero a Adela,
y a Mauricio... *(Los busca en derredor)*.
No están... los dos se han ido...

GASPAR: ¿Tal vez te desconsuela?

IRENE: No... decías que amar...

GASPAR: No has comprendido.

IRENE: ¿Y por qué?

GASPAR: No es el plácido cariño
de hermana, el sentimiento
que reclamo a tu espíritu... de niño
es ese amor sin lucha y sin tormento.

Hay otro amor, Irene, que destella
en el límite vago de la infancia,
lo entrevé la doncella
al través de su cándida ignorancia.
Es fuego y es temor; duda y anhelo;
tristeza y bienestar: en un segundo
llena la vida, y se remonta al cielo,
porque no basta a contenerle el mundo.
La inquietud le acompaña,
va en pos de un ideal eternamente,
y ora en llanto se baña,
ora sonrío como el sol naciente.

IRENE: Explícamelo bien... estoy suspensa...
tu voz me ha confundido...
no puedo comprender...

GASPAR: El alma inciensa,
abre las rosas y embellece el nido.

IRENE: Las rosas...

GASPAR: Ese amor les da frescura.

IRENE: El nido...

GASPAR: El ave trémula lo exhala,
oculta en la espesura,
sobre su amado suspendida el ala.

IRENE: ¿Es así? ¿No me engañas?

GASPAR: ¡Te lo juro!

IRENE: Debe ser imposible...

GASPAR: Irene, mira
(Abre el balcón y la conduce a él)

ESCENA XII

GASPAR, IRENE, MAURICIO, ADELA

ADELA: ¡Mi niña!
(Corre a ella).

GASPAR: (Deteniéndola)

¡En la corola
de la flor, cual la gota de rocío,
ha brillado una lágrima, una sola!
Dios le vuelve el perfume.

MAURICIO: (Le estrecha la mano)

¡Amigo mío!...

ADELA: ¡Se salva!

GASPAR: Es la primera,
la más difícil.

ADELA: ¡Gracias! ¡Dios bendiga
su amor de usted, Gaspar!

GASPAR: Quien ama, espera;
usted lo ha dicho, mi querida amiga.

IRENE: (Alza tímidamente los ojos, y mira
en torno suyo).
Y esa voz... ¡ah! mi hermana...
va a llorar si la oye. (Se dirige a la derecha).

MAURICIO: ¿Ya nos dejas?

IRENE: Sí, me voy a buscarla... muy lejana
la acabo de escuchar: me daba quejas.

MAURICIO: Mas...

GASPAR: No le haga usted fuerza: le conviene
salir al aire libre.

IRENE: (Volviendo al lado de Gaspar)

Si ella llora,
dila que es ilusión... que en pos de Irene
el amor se alejó... me llama ahora.
(Vase por la derecha).

ESCENA XIII

GASPAR, MAURICIO, ADELA

GASPAR: ¡Esa lágrima!

ADELA: Doctor,
Dios le trajo a usted aquí,
a salvarla.

GASPAR: Para mí...
¡qué egoísta es el amor!

MAURICIO: ¡Egoísta un corazón
amante!

ADELA: Yo no lo creo:
yo el egoísmo no veo
donde hay tanta abnegación.
No, no lo creo: usted mismo
está convencido de ello,
lo sé; su amor tiene un sello
que no es el del egoísmo.

GASPAR: Sin embargo, me sostiene
en la lucha, sin cesar,

una visión del hogar...
¡del hogar donde esté Irene!

ADELA: Se engaña usted: su ternura
rebosa de sacrificio...
así quiero yo a Mauricio,
y le quiero con locura.
No es la dulce recompensa
de esa ternura, el anhelo
de usted, su afán, su desvelo,
cada vez que en ella piensa;
es su dicha solamente
lo que pide al porvenir...
usted sabría morir
para serenar su frente.

GASPAR: Es verdad... mi amor alcanza
hasta inmolarle mi Edén...
la salvaría también
sin un rayo de esperanza..
¡Oh! ¡Si Irene al arrancar
su espíritu a la demencia,
nada más que indiferencia
me hubiera de revelar!
Desgarra mi corazón
sólo el pensarlo... y no obstante
mi sueño de todo instante
es volverle la razón...
Que con ella su desvío
mis ilusiones destruya,
que diga su voz “soy tuya”,
a un amor que enlute el mío;
¿qué importa, si mi dolor
en ofrenda a su ventura...?

MAURICIO: Pero en fin ¿quién asegura?...
¿por qué esa duda, doctor?
Hoy no es día de tristeza
sino de júbilo: así...
Ya me hacías falta aquí.
(A Ramón, que aparece por la derecha)
Adelante buena pieza.

ESCENA XIV

MAURICIO, GASPAR, ADELA, RAMÓN

RAMÓN: *(Con la escopeta a la espalda; al ver a Gaspar, avanza
alegremente).*

Amigo doctor, felices
días...

MAURICIO: ¿Y la caza? A ver:
¿será cosa de poner
epitafio a las perdices?

RAMÓN: ¡Vaya!...

MAURICIO: ¿Te parece extraño?
Se conoce que eres listo...
Recién sales... por lo visto
me las concluyes este año.

RAMÓN: ¡Estás de bromas!

MAURICIO: Y es claro...
¡Figúrese usted, Gaspar,
que se nos marcha a cazar
a las diez!...

RAMÓN: Yo no reparo...

MAURICIO: ¡Y si usted viera qué ufano echó al hombro la escopeta!

RAMÓN: ¡Qué moler!

MAURICIO: ¿Vendrá repleta la bolsa? Echaré una mano...

RAMÓN: ¡Vamos, hombre! Les diré, la verdad, y ¡santas pascuas! Irene me pone en ascuas, me hace dar un no sé qué. No me lo explico yo mismo el porqué, pero es el cuento que lo triste de su acento descompone mi organismo. No hace mucho sucedió... ¡y por cierto que he soltado cada lagrimón menguado!...

ADELA: ¿Y te avergüenzas?

RAMÓN: ¡Pues no!

GASPAR: Hace usted mal...

ADELA: Por supuesto.

RAMÓN: Ello fue que a todo trance quise esquivar otro lance, y me fui con un pretexto. Y es el caso que no bien me hallé al fin de la escalera... ¡demonio! Me desespera estar solo, y allí ¿quién? Yo no vivo: es necesario,

para que esté satisfecho, que me hablen: no he sido hecho de pasta de solitario.

MARICIO: ¿Y qué hiciste?

RAMÓN: En el jardín estaba Irene, y no había de ir... tampoco quería que me viera tu mastín.

MAURICIO: ¿Hablas de Bruno?

RAMÓN: ¡Y qué cierto es que lo que más se huye!... siempre el diablo contribuye a que uno haga un desacierto. Me dirigía a la puerta de entrada, y precisamente, me lo veo de repente con tamaña boca abierta. Lo eché al demonio, emprendí la retirada, y me puse a pasearme... ¿Y hay quien use estas armas por aquí?

MAURICIO: Son excelentes.

RAMÓN: ¡No es nada lo que pesan! ¡Diantre! Voy a guardarla, porque estoy con la espalda magullada. *(Vase por la izquierda).*

ESCENA XV

MAURICIO, GASPAR, ADELA

MAURICIO: ¡Vea usted si es aturdido!
recién cae en que le pesa
la escopeta; ¿a que regresa
con ella muy compungido?
¡Hombre más incorregible!
¿Recuerdas cuando te hacía
la corte? Yo me moría
de risa...

GASPAR: Y es muy sensible.

ADELA: ¡Si es un niño!

MAURICIO: ¡Y tan leal
en medio de sus extremos!
Mi esposa y yo lo queremos
como a un hijo.

GASPAR: Es natural.
Lo que es yo, siempre he amado
esos caracteres llenos
de candor, francos, ajenos
al futuro y al pasado.

ESCENA XVI

MAURICIO, GASPAR, ADELA, RAMÓN

RAMÓN: Mira, venía pensando (*A Adela*)
en esa extraña manía

de Irene, que noche y día
con rosas está soñando.

ADELA: Bien sabes su preferencia
por la blancas... ¿y qué cosa
pensabas?

RAMÓN: Que fue una rosa
así, blanca... ¡es coincidencia!

MAURICIO: Ramón, haznos el favor
de explicarte.

ADELA: Si hay por medio
rosas, será sin remedio
una aventura de amor.

RAMÓN: Algo de eso hay en mi historia...
¡y aún no les he contado!
¡Cómo desde que he llegado
estoy hasta sin memoria!

MAURICIO: Pues cuenta.

RAMÓN: Amigo Gaspar,
a usted apelo.

ADELA: ¿Se trata
de apelar?

MAURICIO: Vamos, relata
esa historia singular.

RAMÓN: Pues... nadie en la tierra ignora,
porque no cabe disfraz,
de todo lo que es capaz
un hombre que se enamora.
En otros tiempos, primita,

cuando yo te festejaba,
¿puedes creer que me gustaba
encontrarme esta visita?
(Designa a Mauricio).

ADELA: Pero yo no tengo nada
que ver...

RAMÓN: ¡Que no! ¡Si por ti,
y por nadie más, urdí
aquella calaverada!
Juzgue usted si me pondría *(A Gaspar)*
fuera de quicio un rival
que como punto final
en mis amores caía.

GASPAR: Se comprende *(Sonriendo)*.

RAMÓN: Rabié tanto,
que acabé por decidirme,
no sólo a tenerme firme
sino a vengar mi quebranto.

GASPAR: ¿De qué modo?

RAMÓN: Empecé
por ser de noche infalible
en la sala... esto es horrible
para todos... ¡pero qué!
Ellos, no por esas... era
de verlos: como si tal...
ni lo tomaban a mal,
ni lo notaban siquiera.
Entonces yo, y aquí viene
mi historia, con mucho afán

puse en práctica otro plan
algo mejor, con Irene.

MAURICIO, ADELA, GASPAR:
¡Con Irene!

RAMÓN: Si los duelos
son menos con pan, me dije,
he de hacer que en mí se fije
su atención, dándola celos.
Y dicho y hecho: a su frente
noche a noche platicaba
con Irene, y me mostraba
con Adela indiferente...

GASPAR: Dice usted...
(Óyese cantar dentro a Irene).

RAMÓN: Creo que es ella
la que canta... voy a ver.
(Mira por el balcón).
Pues... Irene... ¡esto es nacer
un hombre con mala estrella!
(Torna al medio de la escena).
Ya vuelve... a mi cuarto: allí
me refugio... *(Quiere irse)*.

MAURICIO: *(Le detiene)*
¿Adónde vas?
¿No concluyes?

RAMÓN: ¡Si no hay más!

ADELA: ¿Y la rosa?

MAURICIO: Vamos, di.

RAMÓN: *(Sin apartar los ojos de la puerta de entrada).*
¡La rosa! ¿Hablé de una rosa?
¡Y es verdad! Todo un enredo
fue aquello... pero no puedo
detenerme, pues no es cosa...

ADELA: Dime al menos...

RAMÓN: *(Con inquietud y apresuramiento).*
Yo le di
a Irene una rosa blanca...

ADELA, MAURICIO:

¡Tú!

Se vuelven simultáneamente hacia Gaspar; éste se ha alejado algunos pasos, tiene en sus manos la rosa que le dio Irene, y la destroza convulso, con la frente baja y olvidado de todos.

RAMÓN: (La salida está franca...
pues señor, largo de aquí!)
(Vase por la izquierda).

ESCENA XVII

MAURICIO, ADELA, GASPAR

MAURICIO: ¡Gaspar!

GASPAR: *(Sin atenderle)*

¡Amor que enloquece!

¡Amor eterno!

ADELA: ¡Gaspar!

GASPAR: ¡Qué sueño... y qué despertar!...
¡Dios mío!

MAURICIO: (¡Cuánto padece!)

ADELA: *(Yendo hacia Gaspar con ansiedad)*
¡Por Dios! Que esta decepción
no influya... de usted lo implora...

GASPAR: *(Alzando la frente con majestad)*
¡Soy el médico, señora...
Ya no tengo corazón!
*(Se dirige vacilando a la segunda
puerta de la derecha).*

Adela y Mauricio le siguen tristemente con la mirada.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

*LA MISMA DECORACIÓN DEL ACTO PRIMERO; ES DE NOCHE, Y
LA ESCENA ESTÁ ILUMINADA POR LA LUZ DE LA LUNA.*

ESCENA PRIMERA

GASPAR, RAMÓN

RAMÓN: ¿Conque nos deja usted? ¡Vaya una cosa
inesperada!

GASPAR: Sí, me voy tan luego
como Irene se salve... si es dichosa,
¿qué hago yo aquí?

RAMÓN: Perdone usted, soy lego,

¿puede decirse que en su actual estado
la cura es infalible?

GASPAR: Amigo mío,
cada lágrima suya ha conquistado
un rayo para su alma.

RAMÓN: Desconfío...

GASPAR: ¿Y por qué?

RAMÓN: Muchas veces, verbigracia,
un hombre se enternece... y ¡vamos! suelta
a llorar... pues en viendo una desgracia
ello viene de sí, no tiene vuelta.

GASPAR: ¿Y bien?

RAMÓN: Pues si uno yerra y desatina,
cuando es débil y llora, ¿por ventura
ha de creer que el alma se ilumina,
y se deshace en llanto la locura?

GASPAR: (¡Qué lástima y es bueno!) Hay situaciones
en que el llanto lo es todo: si aterido
desmaya el corazón sin ilusiones,
una lágrima lo alza estremecido.
Entonces bajo el cielo nada alcanza,
lo que el llanto, que borra la amargura,
abre el alma a la voz de la esperanza,
y despierta el afán de la ternura.

RAMÓN: En fin, usted sabrá... ¿pero a qué viene
este viaje, doctor, tan repentino?...
yo ni creo... ¡y de noche!... no conviene:
mire usted que hay diez leguas de camino.

GASPAR: ¿Qué importa, si esta noche resplandece
bañada por la luna? Su luz vaga,

la soledad que arrulla y adormece,
el silencio que abstrae, todo me halaga.

RAMÓN: Sí, pero un día más...

GASPAR: (Con desesperación)
Un día... un día...

¿no sabe usted que en una hora sola
Sucumbe el corazón a su agonía?
¿No sabe usted que el desengaño inmola?

RAMÓN: ¡Diablo! ¿Qué tiene usted?

GASPAR: (Cambio brusco).

¿Qué tengo? nada...
mi ciencia es caridad: cada segundo
me llama al pie de un lecho desalada,
¡porque hay tantos dolores en el mundo!...
y yo ansío volar, y a un tiempo mismo
llevar la salvación y el pensamiento...

ESCENA II

GASPAR, RAMÓN, MAURICIO

MAURICIO: (Ha entrado por el fondo y escuchado las últimas palabras del
médico).

¿Habla así por ventura el egoísmo,
noble Gaspar, con sentido acento?

RAMÓN: Ahí verás... ¿y sabes? Ni a mañana
espera para irse.

MAURICIO: (Sorprendido)

Dices...

RAMÓN: Digo
que se marcha esta noche... ¡es mucha gana!

MAURICIO: ¡Esta noche!

RAMÓN: ¿Lo dudas? Ven conmigo.

MAURICIO: ¡Tan pronto! *(Con dolor)*.

RAMÓN: Ya tu Bruno endemoniado tiene listo el caballo: ven a verlo.

GASPAR: No será sin haberla rescatado, no tema usted.

MAURICIO: Gaspar, ¿puedo creerlo?

GASPAR: Sí, me marchó esta noche: decidido estoy a ello: la razón me impone... mas antes de partir habré cumplido... respondo a usted...

MAURICIO: ¡Que así nos abandone!

GASPAR: Es necesario... aproximarse miro el instante del triunfo... se desata en mí la tempestad, y este retiro me rechaza de sí... ¡porque me mata! Yo haré que la ansiedad que la consume se impregne de esta atmósfera de calma, que en la luz, en el aire, en el perfume, descienda el sentimiento hasta su alma. Pero nunca esta página sombría, abismo de pasión, leerán sus ojos... *(Con una frialdad llena de amargura)* ¡que a su amado sin lágrimas sonría, llena de timidez y de sonrojos!...

MAURICIO: Doctor...

GASPAR: *(Con calma)*
Ahora es la ocasión propicia: la luna melancólica parece

suspirar al espacio, que acaricia con sus blancos destellos...

RAMÓN: *(Mirando al cielo)*.
Aún crece.

GASPAR: Este jardín a la expansión convida: Irene aquí... la convulsión suprema alienta ya en su ser... aquí a la vida tornará y al amor... ¡tierno poema! *(Con amargura otra vez)*.

RAMÓN: *(Que ha estado un momento pensativo)*
¡Hombre! Amigo doctor, tengo una idea: ni sirvo para lástimas, ni me hallo a gusto, es la verdad... quien me lo crea no falta, y no está lejos mi caballo. ¿Quiere usted que emprendamos la jornada los dos? En un momento se le ensilla.

GASPAR: ¡Marcharse usted!

RAMÓN: ¡Si Irene me anonada!

MAURICIO: ¡Tú también!

RAMÓN: ¡Si es mi eterna pesadilla!
A continuar así, tal vez suceda que envejezca en un mes.

GASPAR: *(Conmovido)*
Es sólo mío el deber de partir: usted se queda para hacerla feliz.

RAMÓN: *(Con admiración)*
¡Qué desvarío!
Feliz.

GASPAR: *(¡No la ama!)*

RAMÓN: Y mire usted, ya sale...
(Indica un balcón donde ha aparecido Irene, y sobre el cual está inclinada, con su canastita de rosas en la mano y los ojos fijos en el punto en que se supone estar los rosales).
 Y luego vendrá aquí... y luego... amigo,
 yo me voy con usted... nada me vale,
 como la vea... tiemblo... y me atosigo.
(Vase por el fondo mirando repetidas veces al balcón).

ESCENA III

GASPAR, MAURICIO, IRENE *(en el balcón)*

Toda esta escena es a media voz.

GASPAR: ¡Figura virginal! Su ser respira
 una tristeza lánguida que encanta,
 que inunda el alma... mi razón delira
 cuando ante mí su imagen se levanta.
 ¡Mi amor, amor!... Por Dios; que no la vea
 feliz sin mí! Déjeme usted que huya,
 que lleve lejos mi dolor, que sea
 consuelo del que sufre... Irene es suya...
 ¡es suya para siempre!

MAURICIO: Hasta mañana
 aguarde usted.

GASPAR: No puedo... estallaré
 mi pobre corazón: es sobrehumano
 una lucha tan cruel, y moriré.
 ¡Oh! lo sé: lo infinito del martirio
 hace terrible el peso de la vida,
 y en medio de las sombras del delirio
 la muerte es redención *(Sombrio)*.

MAURICIO: *(Con arrebatado)*
 ¡Usted suicida!

GASPAR: Y yo quiero vivir: quiero mi ciencia
 trocar en religión; quiero ser grande,
 que el doliente me llame providencia,
 que consuelo y aliento me demande.
 Y siempre la amaré... de su recuerdo
 renacerá mi fe cuando vacile...
 ¡Déjeme usted partir! Ya que la pierdo,
 ¡que el bien al menos mi dolor asile!

Irene toma algunas rosas, y las coloca en los cabellos.

MAURICIO: *(Con profunda tristeza)*
 Pues bien, sí... para usted, no le detengo...
 ¡cómo ha de ser! En las venturas mías
 nunca falta una sombra, y hoy que tengo...

GASPAR: Irene en breve alejará...

IRENE: ¡Qué frías!
(Se quita las rosas y las arroja al jardín; luego desaparece del balcón).

ESCENA IV

MAURICIO, GASPAR

GASPAR: Ya no las quiere: las flores
 no bastan a su ansiedad;
 las halla frías... ¡frialdad
 hermana de sus dolores!

MAURICIO: Es que se cumple, Gaspar,
 el afán de usted.

¡Voy a ser tan desgraciado
cuando estalle su ternura!

ESCENA V

MAURICIO, GASPAR, ADELA

ADELA: *(Por el fondo).*
Me ha dicho Ramón...

GASPAR: ¿Que yo
me marchó? Es cierto, señora;
la noche está encantadora,
y un viaje así...

ADELA: Eso no,
no piense usted engañarme.

GASPAR: ¿Ha olvidado usted que existe
mi amor?...

ADELA: ¡Es verdad, qué triste!

GASPAR: ¿Y que ella no puede amarme?

ADELA: ¡Ay! Sobrado desconsuelo
me causa: usted ha traído
la paz a esta casa, ha sido
amparo de nuestro duelo;
¡y no poderle volver
tanto bien, y desolado,
verle huir de nuestro lado
sin sus ensueños de ayer!

GASPAR: Dios lo ha querido: condena
mi vida a la soledad;
sin ella...

ADELA: Su voluntad
siempre es justa y siempre es buena.
¡Quién sabe qué premio tiene
reservado a usted!

MAURICIO: La gloria
le aguarda, y en su memoria
borrará tal vez...

GASPAR: ¡A Irene,
imposible!

ADELA: Y luego el santo
placer del bien que destella...
¡Gaspar! ¡qué misión tan bella
es la de enjugar el llanto!

GASPAR: He ahí mi afán.

ADELA: ¡Oh, sí!,
para usted: cruel sería
que la luz del nuevo día
le encontrara a usted aquí.
Los celos matan, Gaspar,
desgarran el corazón,
y ella puede en su pasión...
¡no, no!... ¡Yo quiero evitar!...

*Irene aparece en la escalinata; permanece un instante
inmóvil, y avanza después con lentitud hacia ellos.*

GASPAR: ¡Irene! *(La descubre).*

MAURICIO: Ya llega.

ADELA: *(A Gaspar)*

¿Quién

podiera a su desvarío
arrebatarla, Dios mío,
para usted, feliz también?

ESCENA VI

MAURICIO, GASPAR, ADELA, IRENE

IRENE: Yo no sé por qué mis rosas
están ahora tan yertas...
todas me parecen muertas,
todas... ¡y eran tan hermosas!
No ha mucho sobre mi frente
las puse... y me helaron... es
muy extraño, mucho... ¿ves?
(Aproxima una rosa a la frente de Gaspar).
como nieve se las siente.

GASPAR: ¿Ya no las quieres?

IRENE: ¿Me es dado
acaso?... pero ese frío
que exhalan... ¡y cuando ansío
calor!... mi cuerpo está helado.

ADELA: Irene mía, tu amigo
hará cesar las angustias
que sufres.

IRENE: Quizá estén mustias
porque han vivido conmigo.
Las otras... voy al rosal
a verlas... tengo la luna...
allá duermen en su cuna...
junto a mí... ¡yo soy glacial!

Yo... jamás me hallo tranquila
una ansiedad de llorar
me domina... sin cesar...
mi espíritu se aniquila.

GASPAR: ¿Y no te calmas?

IRENE: Me afano,
y mi ansiedad siempre crece...
le busco... y se desvanece...
y mi voz le llama en vano.

ADELA: ¿Buscas? ¿Llamas?

IRENE: Ni siquiera
comprendo... es algo muy vago...
que me arrastra con su halago
hacia sí... ¡y no me espera!

GASPAR: Es la demencia que expira...
(Bajo a Mauricio).

MAURICIO: Doctor, ¿cómo agradecer?

IRENE: *(A Gaspar, retirándose algunos pasos)*
Ven... que no vaya a saber
Adela... acércate... mira
(Levanta la faz aproximándola a él).
Hay una lágrima aquí...
una lágrima que acaba
de desbordarse... me ahogaba...

GASPAR: ¿Y te ha consolado?

IRENE: Sí.
Mas aún siento opresión,
¡oh, mucha!... y desasosiego...
y frío, que aumenta el fuego
que tengo en mi corazón.

GASPAR: ¡Fuego!... ¡para él!
(*Con amargura y para sí*).

MAURICIO: (*Que le ha escuchado*)
Gaspar,
recuerde usted...

IRENE: (*A Gaspar*)
Voy a verlas:
yo vivo para quererlas...
yo sé sus penas calmar.
Y ellas también... si no han muerto...
si duermen las pobrecillas...
caminaré de puntillas,
y verás... no las despierto...
No: ni un eco, ni un murmullo
se alzaré bajo mi pie...

GASPAR: ¿Y qué harás?

IRENE: Aspiraré
su perfume, que es arrullo...
Hace olvidar... ¡el olvido!
(*Se vuelve hacia Adela*).
Tú las quieres... todavía
no saben... hermana mía,
yo se lo diré al oído.
(*Vase por la derecha*).

ESCENA VII

MAURICIO, GASPAR, ADELA

GASPAR: (*Mirándola alejarse*)
¡Oh, que cueste lo que cueste!...

Es necesario que él la ame
de rodillas... ¡y que clame
por aquel amor celeste!
¡Cuánta ternura refleja
esa frente inmaculada!...

MAURICIO: ¡Ramón!... será desgraciada,
doctor: ya ve usted, se aleja...

GASPAR: Que le adore... ¡si es tan bella
y tan dulce! Que delire
de pasión... ¡que no respire
por Dios, sino para ella!

MAURICIO: Mucho temo que Ramón...

ADELA: Tal vez...

GASPAR: La amaré, señora,
porque atrae, porque enamora,
porque llena la creación.
¡La amaré, porque a su lado
hay un cielo de ventura,
porque es niña, porque es pura
y el dolor la ha desgarrado!

MAURICIO: Sin embargo, ese aturdido...
no tengo fe en él: es bueno
en el fondo, mas... me lleno
de inquietud.

ADELA: ¡Y le ha querido!

GASPAR: ¡Hasta la locura! (*Con acento reconcentrado*).

ADELA: Pero...
puede cambiar.

GASPAR: El amor
es poderoso.

ADELA: Doctor,
yo creo en él.

GASPAR: ¿Y?...

ADELA: Y espero.
Es aturdido, no tiene
las fuerzas del heroísmo,
pero ser bueno es lo mismo
para la dicha de Irene.

MAURICIO: ¡Hágalo Dios!

GASPAR: Lo repito:
la amaré, puesta de hinojos,
cuando un rayo de sus ojos
le revele el infinito;
cuando su voz, impregnada
de dulzura y de cariño
con el lenguaje del niño
le demande una mirada.
Lo sé: de mi marcha en pos
feliz a mi Irene dejo,
feliz... ¡ah! ya no me quejo
de la voluntad de Dios.

ESCENA VIII

MAURICIO, GASPAR, ADELA, RAMÓN

RAMÓN: *(Por el fondo, se ha detenido un momento examinando la escena, y al no encontrar allí a Irene, ha avanzado resueltamente).*

¡Listos!... y el señor don Bruno
no quería... ¡vaya un conde!
¡Si bajo la piel esconde
una humareda ese tuno!
¡Con que mi caballo estaba
lejos, y con repetir
que no me había de ir,
y qué sé yo! me cargaba.
Hasta que tuve yo mismo
que ensillar; ¡y qué remedio!
con aquel tonto no hay medio
sino romperle el bautismo.

ADELA: Hablemos serios, Ramón;
Irene te ama.

RAMÓN: ¿Qué dices?

MAURICIO: La verdad: no martirices
más su pobre corazón.

RAMÓN: ¡Hombre!

MAURICIO: ¿La quieres tomar
(Con gravedad)
por esposa?

RAMÓN: ¡Es inaudito!...
es para poner el grito...
vamos, hable usted, Gaspar.

GASPAR: Yo... yo sin vacilación
le entregaría mi vida...

RAMÓN: ¡Aquella mala partida!...
casi tiene usted razón.

GASPAR: ¿Quién, como usted, adorado

con un amor delirante,
con sus ternezas de amante
no borra el dolor pasado?
Ramón, ella ha enloquecido
por usted...

RAMÓN: *(Pensativo).*
Sí... lo confieso...
no pensé.

GASPAR: ¿Y bien?

MAURICIO: ¿No es eso
bastante? ¿Estás pervertido?

RAMÓN: ¡Sí, me acuso! ¡Sí, me llega
al alma!

ADELA: De ti depende
reparar... a ella tiende
los brazos.

GASPAR: ¿Y quién se niega?

RAMÓN: No, no... doctor... no, mil veces,
la amaré.

MAURICIO: Ahora sí
te admiro...

RAMÓN: Si alcanzo así
a devolverla con creces...

GASPAR: Es un dulce sacrificio
que da la felicidad...

RAMÓN: ¡Los celos! Calamidad
de los que no tienen juicio.
¡Cómo creer que de aquella

tontería resultara!...
hice mal... pues se repara...
prima, me caso con ella.

ADELA: Tu nobleza no podía
menos...

GASPAR: *(Con admiración)*
¡Corazón de oro!

RAMÓN: Lo que sí, ya saben... lloro
cada vez que desvaría.
¡Hombre! ¿y aquella figura
blanca? *(Fijándose en la derecha).*

ADELA: Es Irene, que deja
los rosales...

RAMÓN: *(Inquieto)*
Ya me aqueja
mi mal... ¡pues es cosa dura!
Y esa culpa que además
me destroza... no hay valor...
yo pagaré con amor
¡pero no me exijan más!
(Vase conmovido por el fondo).

ESCENA IX

MAURICIO, GASPAR, ADELA

MAURICIO: *(Mirando a la derecha).*
Vuelve.

GASPAR: *(Estremecido).*
Sí.

ADELA: *(A Gaspar)*
 ¿Sufriré tanto
 como antes? ¿Habrá lucha
 otra vez?

GASPAR: Y angustia... mucha...
 hasta deshacerse en llanto.

ADELA: No sabría resistir...
 Vámonos. *(A Mauricio)*.

MAURICIO: Sí; yo también
 desmayaría...

ADELA: Pues ven...
 mirarla así es morir.

MAURICIO: Aguarda... *(Interroga a Gaspar con la mirada)*.

GASPAR: No, es mejor
 que a nadie a su lado encuentre...
 para que no reconcentre
 ese llanto salvador.
 Hela ahí... pronto la hora
 va a sonar... *(A Mauricio que le estrecha la mano)*.
 Yo seré fuerte...

ADELA: Doctor... *(Con tristeza)*.

GASPAR: ¡Silencio! *(Bruscamente; les señala el fondo)*.
Los dos esposos se alejan sin volver la cabeza.

La muerte...
 ¡la bendeciría ahora!
(Alza los ojos al cielo con desesperación).

ESCENA X

GASPAR, IRENE

IRENE: *(Viene con la frente baja, mirando tristemente su canastita de rosas)*.
 Muertas todas... ¡heladas
 como mi sien!... su arrullo me abandona,
 sus hojas perfumadas
 no más serán mi pálida corona.

GASPAR: *(Dominando su emoción)*
 Aún queda el amor, que paso a paso
 viene a inundar tu espíritu doliente.

IRENE: ¿Y volverán acaso
 a revivir y a acariciar mi frente?

GASPAR: Sí, la luz y la vida
 llegan con el amor: blanca aureola
 de los hijos del bien, donde él anida
 yergue la flor soberbia su corola.
 Torna de tu desmayo,
 Irene mía, que el hogar te espera:
 pide al amor un rayo
 para que alumbre tu existencia entera.

IRENE: *(Inmóvil y sin alzar los ojos)*
 Algo... un extraño gozo
 me agita con tu voz... otra vez dime...
 que acá en mi corazón tengo un sollozo
 y una fuerza invisible lo reprime.

GASPAR: Mira, voy a explicarte
 lo que se siente: el cielo se colora,

sonríe la creación, todo comparte
de nuestro ser la aurora.

IRENE: ¡Qué bello! *(Como en sueños)*.

GASPAR: *(Tembloroso)*

Se adivina
la dicha de los ángeles, se sueña
con una cuna...

IRENE: ¡Así!

GASPAR: Donde ilumina
una mujer su faz... ¡su faz risueña!

IRENE: ¡Así! *(Junta las manos: su canastita se le escapa)*.

GASPAR: El aire en torno se perfuma,
ondas de luz deslumbran la mirada,
y el pensamiento abruma
la imagen del Edén medio velada:
¡la imagen del hogar! Allí el anhelo
de infinito se calma:
la lágrima es consuelo
allí, porque no hay sombras en el alma.

IRENE: ¡Así! *(Con un estremecimiento convulsivo que se renueva a cada palabra de Gaspar)*.

GASPAR: Los brazos al azar tendidos,
se busca en torno con afán creciente
una forma velada a los sentidos,
bella como ilusión de adolescente.
(Con vehemencia y dolor)
Y si los brazos caen sin estrecharla...
y el desierto se mira
donde la mente se elevó a encontrarla,
Irene, entonces... ¡de dolor se expira!

IRENE: *(Con agitación extrema)*.

Es cierto... sí... se muere...
de soledad... y de dolor... ¡la nada!
que no crea... ni espere...
que enloquezca de angustia... ¡desgraciada!
No le digas... a ella *(Delirio)*
dio el corazón... y a mí... le amo... le adoro...
he besado la huella
de su pie... no le digas... ¡te lo imploro!

GASPAR: ¡Oh, piedad para mí!

IRENE: ¡Su amor! Desvía

de Irene el corazón... ¡y es mi esperanza!
¡soy niña... sola... madre! ¡Madre mía!
¡no tengo madre! ¡y mi agonía avanza!
(Se aproxima a Gaspar).

Escucha; yo le amaba... como un sueño...
porque él nunca me dijo... ni a mi lado
se estremeció... buscaba con empeño
mis ojos, nada más... ¡nunca me ha amado!
¡Nunca!... palabra horrible
que el corazón me arranca...
¡Ah! ¿por qué me engañó? ¿por qué insensible
no tuvo compasión?... ¡la rosa blanca!

GASPAR: Vacilo... ¡calla!

IRENE: Aquella flor... emblema
de pasión... de pureza... de ternura...
aún mis labios quema
el beso que le di... lo amargo dura...
Observa ese salón... hay muchas luces...
(Se aproxima aún más a Gaspar y vuelve a exaltarse su delirio).

Muchas galas... y flores...
 y espejos... ¿Me conduces
 al altar?... ¿te conmueven mis dolores?
 ¿Amparas a la huérfana, que anhela
 ser tuya... solo tuya, eternamente?
 Ya no quieres a Adela,
 ¿no es verdad? ¡Infeliz!... ella presiente...
 Me rechazas... me alejas...
 ven... te ruego... soy tuya... y mudo... y frío...
 corres a ella... y ríes... y me dejas...
 y me matas.. ¡Mauricio! Amor... ¡bien mío!
(Con un grito del alma: echa los brazos al cuello de Gaspar y estalla en sollozos).

GASPAR: ¡Mauricio! ¡Él! *(Óyese el ruido de uno de los balcones que se cierra con estrépito).*

¡Le amabas! ¡Oh! me espanta...
 me estremece... ¡le amabas!... tu locura
 estalló aquella noche... aquella... ¡cuánta
 desolación!... ¡te robó tu ventura!
 Te vuelvo a la razón... soy un infame...
 despierto tus recuerdos... y te quito
 el olvido que Dios...

IRENE: *(Más calmada, pero delirando aún).*

No huyas... dame
 tu mano... es mía... *(Se la toma).*

GASPAR: ¡Dios, Dios infinito!

Mauricio traspone la puerta de hierro del fondo, y se detiene recatándose: su actitud revela una agitación suma, y ora observa ansiosamente los balcones y la puerta, o escucha estremecido lo que hablan Irene y Gaspar.

ESCENA XI

GASPAR, IRENE, MAURICIO *(en el fondo)*

IRENE: *(Siempre con los ojos bajos)*

Ella no te oye... dime que me adora
 tu corazón, que para Irene alienta...
 jamás una promesa seductora
 de tu labio escuché... y estoy sedienta.
 Sedienta de tu voz... celosa y triste,
 porque nada tu amor me ha revelado...
 sólo la rosa que a Ramón pediste
 me entregara en tu nombre...

GASPAR: ¡El desgraciado!

IRENE: Escucha... hermana mía... ella te llama
 vete de aquí... me sacrifico... y muero...
 eres suyo... ¡perdón! suyo... te ama...
 yo no quiero que sufra... no... ¡no quiero!
(Con angustia, oprimiendo la mano de Gaspar; de pronto le mira fijamente, le aparta de sí con espanto y retrocede algunos pasos).
 ¡No es él! ¡No es él! ¿En dónde estoy? La noche...
 ¡la soledad! ¿Quién es usted?

GASPAR: ¡Oh, deja!
 que te pida perdón... que a tu reproche
 arranque la amargura de la queja...

IRENE: ¿Quién es usted?

GASPAR: Te salvo y te condeno...
 alumbro tu alma, Irene, y te arrebato
 al olvido, tu bien... a tu ángel bueno...
 ¡soy tu verdugo! Y de dolor me abato...
 Y ante ti desfallezco, y humillando

a tus plantas mi ciencia,
perdón de mi delito te demando...
¡perdón, porque he curado tu demencia!

IRENE: Tengo miedo... estoy sola... nadie viene...
este jardín...

GASPAR: Tu labio delirante
me reveló el secreto ¡pobre Irene!
¿por qué no ahogué tu corazón de amante?

IRENE: *(Yendo a él rápidamente).*
Mauricio... ¿sabe usted? ¿y dónde... dónde?
¿dónde está?... una vez mirarle anhelo...
¡sería tan feliz!... ¡y no responde!...
es mío... quiero verle... si es mi cielo...

GASPAR: *(Con acento sombrío).*
¡Tu amor es imposible!

IRENE: No sea usted cruel... sólo un segundo...
un segundo no más... ¡silencio horrible!
¡y calla aún!

GASPAR: ¡Tu amor no es de este mundo!

IRENE: ¡Ha muerto!... ¡ah!
(Lanza un grito de agonía, tiende los brazos, y pierde el sentido).
Gaspar la recibe en los suyos, y al mismo tiempo Mauricio
corre a su lado.

MAURICIO: ¡Desventurada!

GASPAR: Acaso...

MAURICIO: Yo estaba allí... *(Le designa el balcón).*
Yo solo: lo sé todo...
¡cuánta desgracia!

GASPAR: Aquí *(Coloca a Irene en uno de los bancos y se*

queda contemplándola con ansiedad).

¿Dónde mi paso
guiaré para olvidar?

MAURICIO: *(Agitado)*

¿Y de qué modo...?
¿cómo evitar?... los celos... ¡esos celos
que amargan la existencia!... yo creía
que en mi casita aislada... mis desvelos
la llenaron de paz... ¡y está sombría!
(Se inclina hacia Irene).

¡Y es mi niña, mi niña idolatrada,
la que va a herir a mi infeliz esposa!
¡Pobre Adela!... Gaspar, su alma enlutada
gemirá silenciosa.

GASPAR: Lo sé... ¡pero quién sabe!

MAURICIO: *(Con espanto)*

¿Ese desmayo
la muerte puede ser?

GASPAR: ¡La muerte! ¡Bella
y sublime esperanza! Mata el rayo...
¿por qué el dolor no ha de matarla a ella?
La observan los dos, teniendo cada uno una mano de Irene
entre las suyas.

ESCENA XII

GASPAR, MAURICIO, IRENE, RAMÓN

RAMÓN: *(Habla dentro)*

Espera... voy a ver *(Asoma por la puerta de hierro y mira a la*
escena).

Adela, corre...

¡Se va a morir!

(Avanza consternado).

Señor, ¡quién lo creyera!

ADELA: (Dentro).

¡Cielo santo!

RAMÓN: No temas... la socorre

Gaspar.

ADELA: (Que viene desvelada por el fondo)

¡Dios mío! ¡Inmóvil!

RAMÓN: (Indicándole a Gaspar)

Como él quiera...

ESCENA XIII

GASPAR, MAURICIO, IRENE, RAMÓN, ADELA

ADELA: (Se ha sentado en el banco y tiene la cabeza de Irene sobre sus rodillas).

¡No!... vive aún... su corazón palpita...

y ya no está demente (A Gaspar)

¿no es verdad? Ya conoce... ¡pobrecita!

Yo borraré las nubes de su frente.

GASPAR: (¡Y yo!).

ADELA: (Sonriendo)

Ven, mírala... de su locura
nada queda... mañana, ya mañana
renacerá la paz.

MAURICIO: (Con un esfuerzo)

¡Oh, sí!

ADELA: (Contemplándola con delicia)

¡Tan pura!

¡Tan niña!

MAURICIO: (¡Pobre Adela!)

ADELA: Estoy ufana...

voy a mirar tus labios sonrientes,

voy a verte feliz... a oír gozosa

tus secretos de amor.

GASPAR: (Dolorosamente)

(¡De amor!)

ADELA: (A Mauricio, tomando su mano y colocándola sobre el corazón de Irene).

¿Lo sientes?

Late, se anima... ese matiz de rosa...

¡Ah! Pero olvido... aquí, al lado mío,

hay un dolor inmenso...

y al contemplarla salva, desvarío,

y sólo en ella pienso.

Por eso todos tristes, con los ojos

(Examinándolos)

en tierra, conmovidos...

lo comprendo.

RAMÓN: ¡Yo triste! Son antojos

que te vienen.

ADELA: (A Mauricio)

¿No escuchas los latidos?

Se aproxima el momento

en que alzaré radiante su cabeza;

¡ay! ¿por qué en mi contento

ha de haber esta sombra de tristeza?

MAURICIO: ¡Sombra! Es verdad.

GASPAR: Señora, es necesario...
me someto... y me alejo.

MAURICIO: *(Bajo y con acento de súplica)*
Todavía
no he llegado a la cima del calvario...
una hora no más...

GASPAR: *(Bajo, con desesperación)*
¡Me mataría!...

ADELA: *(Que continúa contemplando a Irene)*
Se ha estremecido toda... ha suspirado...
y su seno se agita...
me ahoga la alegría... ¡ha recobrado
la vida y la razón!
(Con inmenso júbilo)
¡Oh! ¡Gracias!

IRENE: *(Se incorpora y la aparta suavemente)*
¡Quita!

RAMÓN: ¡Al fin!
Mauricio y Gaspar retroceden. Adela la tiende los brazos.

ADELA: ¿Me reconoces? Soy Adela,
tu hermana, que te adora... ¡que ha gemido
tanto tiempo sin ti!... ven y consuela
mi dolor... y lo olvido.

IRENE: *(Se pone rápidamente en pie en medio de la conmoción general, y
luego habla con extravío, dirigiéndose ya al uno, ya al otro).*
Dicen que ha muerto... que esperar no puedo
(A Gaspar)
que mis flores se han ido... voy sedienta

(A Adela)
de perfume de amor... ¡cómo me quedo
si ha llevado mis rosas la tormenta!
(Se aleja con tristeza por el fondo, entonando su cantar favorito):
De novia llevo el velo
sobre la frente
y lloro sin consuelo
mi amor ausente.

MAURICIO: ¡Oh, providencia!

ADELA: ¡Irene, de mi vida!

RAMÓN: Ese canto...

GASPAR: Esa voz, esa mirada...

MAURICIO: ¡Loca!

GASPAR: ¡Sí, para siempre! *(Con voz ahogada).*

ADELA: ¡Está perdida!...
(Se arroja con desesperación en brazos de su esposo).

GASPAR: *(Tendiendo los brazos hacia Irene).*
Mi amor, mi único amor... ¡estás salvada!

FIN DEL TERCERO Y ÚLTIMO ACTO

27 de junio de 1874.

Contra
soberbia, humildad

Matilde Cuyás

> **contra soberbia, humildad**

Drama en 3 actos y en prosa.

PERSONAJES

MACARIO
JUSTO
MARÍA
ALFREDO
CAROLINA
LEOPOLDO
PASCUAL

ACTO PRIMERO

CUARTO ESCRITORIO RICAMENTE AMUEBLADO, ALFOMBRAS, CUADROS, MESA CON RECADO DE ESCRIBIR Y ALGUNOS LIBROS. PUERTA AL FORO Y LATERALES.

ESCENA 1ª

Don Justo, al alzarse el telón se hallará escribiendo. Don Macario aparece en la puerta un momento después.

MACARIO: Señor don Justo, ¿da usted su permiso?

JUSTO: Oh, don Macario adelante, adelante amigo mío. *(Sale a recibirlo y se dan las manos con efusión)*. ¿A qué debo el placer de ver a usted por mi despacho tan temprano?

MACARIO: Al deseo de hacer a usted una visita, y como además tenía que hablar a usted de un asunto de interés, resolví venir tan de mañana, quizá a importunarle.

JUSTO: ¿Importunarme? Nada de eso don Macario; cuanto más

que ya son las ocho, hora en que siguiendo mi vieja costumbre, comúnmente estoy de pie. (*Señala el sofá*).

MACARIO: (*Sentándose*) Yo soy lo mismo, hasta ahora no he podido acostumbrarme a levantarme tarde: que no parece sino que todavía estamos en nuestros verdores y que no hemos hecho fortuna según el poco regalo con que nos tratamos.

JUSTO: Y eso que como nos vamos haciendo viejos debíamos disfrutar lo que hemos ganado.

MACARIO: Así debía ser: pero yo soy de parecer que se debe dejar a los hijos que gocen lo que sus padres adquirieron.

JUSTO: Siempre que para hacerlo no se sufran privaciones, porque cuando se saben educar los hijos como usted ha educado al suyo, un padre no debe nunca afligirse por su porvenir.

MACARIO: Seguramente; digo porque como yo he pasado sin pena alguna toda clase de privaciones para poder darle una posición desahogada, me parece que todos debieran hacer lo mismo.

JUSTO: Muy digna de encomio es su conducta, amigo mío, y mucho debe agradecerle su hijo los sacrificios que a usted le cuesta su bienestar.

MACARIO: Sí, señor: me paga con creces cuanto he hecho por él y esa es mi más dulce recompensa. (*Aparte*) ¡Si él la verdad supiera!

JUSTO: Y es sin duda la mejor que se debe esperar de un hijo (*Ofreciéndole cigarros*).

MACARIO: (*Con amabilidad*) Gracias.

JUSTO: ¿No fuma usted de éstos?

MACARIO: Ni de éstos ni de otros.

JUSTO: ¿No le gusta a usted el tabaco?

MACARIO: Renuncié a él convencido de que el hombre menos fumador, al fin de los años se gasta una fortunita en cigarros.

JUSTO: Qué admirable fuerza de voluntad; pues yo no he podido ser tan económico aunque comprendo que es perjudicial. (*Se dispone a fumar*).

MACARIO: Sin embargo, por no pasar por descortés aceptaré el que usted me ha ofrecido (*Tomando un cigarro de la petaca que le presenta de nuevo don Justo*) ¡Y son habanos!

JUSTO: Sí, señor, legítimos.

MACARIO: Pues entonces me va usted a permitir que tome otro.

JUSTO: Los que usted guste.

MACARIO: (*Toma dos que guarda en sus bolsillos*). Son excelentes.

JUSTO: Hablando de capitales y de empresas con Leopoldo solemos diezmar estas filas. (*Fuman*).

MACARIO: Dejándome el encargo de visitar a usted partió hoy por un negocio a mi pueblo de campo, donde piensa pasar unos días.

JUSTO: ¿De manera que usted descansa completamente en él?

MACARIO: Hace ya años que se ha hecho cargo de todos mis asuntos.

JUSTO: Pues debe usted sentirse orgulloso, amigo mío de tener un hijo tan laborioso.

MACARIO: (*Afectando indiferencia*) Es apto y tiene suerte para los negocios. ¿Y María?

JUSTO: Buena. No se habrá levantado aún cuando no ha venido a darme los buenos días. Cuando usted guste podremos tratar del asunto que a mi casa le conduce.

MACARIO: Precisamente de María y Leopoldo es. (*Pausa*). Recordando

Leopoldo la promesa que ha tres meses, usted le hizo, cuando por no querer entonces María, se prolongó el matrimonio para más adelante, pretende de usted el cumplimiento de su palabra, confiando que no faltará usted a ella y hará que su niña se decida.

JUSTO: Mucho me ofende don Macario; esas dudas que de mí tiene Leopoldo, sabiendo cuán cumplidor soy de mi palabra y no ignorando en la gran estima que le tengo, si bien ella no está aún muy dispuesta a casarse, yo la aconsejaré como lo tengo ofrecido y se resolverá.

MACARIO: Pero, eso requiere mucho tiempo y mi hijo desearía no esperar más del que ha transcurrido, desde que usted le otorgó su consentimiento.

JUSTO: Yo, amigo mío, no puedo remediar eso porque, aunque padre, no debo contrariar tanto los deseos de mi hija, que son permanecer soltera algunos meses más.

MACARIO: Eso prueba que María poco o nada ama a Leopoldo, amigo mío.

JUSTO: No es eso, no es eso don Macario: sino que como es una muchacha tan mimosa, que hace y deshace a su antojo, cree que casándose perderá la libertad que hoy goza y como aún es muy joven desea aplazar la boda por un tiempo; pero no por eso debe Leopoldo dudar de su cariño que nadie mejor que yo sabe que le ama verdaderamente.

MACARIO: En fin, yo confío que usted sabrá cumplir la empeñada palabra.

JUSTO: Todo; menos faltar a ella.

MACARIO: No obstante, como sería muy satisfactorio que de una vez se decidiera, soy de parecer que usted la hable al respecto y

sepamos así a qué atenemos; porque esos plazos comienzan a despertar en mi hijo la inquietud de la duda y de los celos.

JUSTO: *(En son de broma)* Ese es real de todo enamorado; mas en este caso, no le asiste la razón a su hijo, amigo mío.

MACARIO: *(Con intención)* Quizá más de la que usted supone.

JUSTO: ¿A ver, a ver? Explíqueme usted más claro don Macario.

MACARIO: Me explicaré, puesto que usted lo quiere y yo también lo deseo. Hace algún tiempo que Leopoldo ha observado que un joven ama a María; esto le ha irritado como es natural y lo que ha venido a aumentar la llama de sus celos ha sido un anónimo que ha recibido ayer.

JUSTO: *(Con energía)* Yo don Macario en su lugar no hubiera dado cabida a tan inconsiderados celos, sino por mi hija, por su propia dignidad al menos.

MACARIO: Esa prudencia más se aviene a nuestra experiencia y años que a su pasión.

JUSTO: *(Con viveza)* Pero, ¿quién es ese hombre? ¿Qué dice ese anónimo? ¿Dónde está?

MACARIO: *(Sacando del bolsillo una carta que le entrega a Justo)* El anónimo es éste.

JUSTO: *(Coge la carta con precipitación y después de leerla la arroja al suelo con indignación).* ¡Miente ese papel infame, mi hija atesora en su alma bastante virtud para cometer tal liviandad, y si en vez de esas letras fuera una lengua quien se hubiera atrevido a arrojar sobre su honor tan asquerosa mancha la arrancaría con mis manos, convencido, don Macario, que mi hija es tan inocente de la falta que se la acusa como el día que vio la luz primera!

MACARIO: *(Con desdén)* Debe usted despreciar ese anónimo que sin duda lo ha trazado la mano villana de quien no tuvo bastante valor para estampar el nombre; pero por calumnioso que sea lo que de su hija dice, no extrañe usted que Leopoldo tenga deseos de apresurar el enlace.

JUSTO: *(Con dignidad)* Don Macario, hay calumnias que no se deben ni se pueden despreciar, lo que ese papel dice es muy grave para un hombre que, como yo, estime su reputación, y por eso quiero que usted me diga quién es ese hombre.

MACARIO: *(Con indiferencia)* No merece tanta importancia a mi ver.

JUSTO: Es favor que yo exijo de usted.

MACARIO: Si usted se empeña..., el hombre que no nombra ese papel vive en esta casa y usted le honra con su confianza.

JUSTO: *(Con asombro)* ¡¡Aquí!!

MACARIO: Sí.

JUSTO: Su nombre.

MACARIO: Alfredo Bellavista.

JUSTO: *(Con duda y sorpresa)* Alfredo... Se habrá atrevido a fijarse en María.

MACARIO: Como es audaz, quizá ha soñado conquistar su corazón sabiendo que obtendrá su fortuna siendo dueño de su mano.

JUSTO: Ahora mismo voy a mandarle llamar y aunque no dudo de su inculpabilidad preciso es que yo sepa la verdad. Dispense usted que le deje un momento solo.

Macario se inclina en señal de asentimiento y Justo vase por una puerta lateral.

ESCENA 2ª

MACARIO: *(Mirando con recelo)* ¡¡Qué idea feliz!! ¡No podía producir mejor efecto! El contenido del anónimo ha despertado en su corazón una sospecha terrible que a pesar de disimularla la he conocido perfectamente. Gracias a esa artimaña se apresurará el matrimonio, que, en verdad, falta nos hace; porque siguiendo así se hará imposible cubrir por mucho tiempo nuestra verdadera posición. Leopoldo me arruina de día en día con la promesa de que me devolverá cuando se case lo que le doy, y aunque estamos ya en la miseria no puedo obligarle a trabajar; porque su insolencia me anonada; pero yo soy el culpable de sus arraigados vicios, pues no le supe educar. ¡Sí...! De su vergonzosa vida es causa tan sólo mi imperdonable abandono. ¡Ah! Temo a veces que este hombre descubra... *(Viendo aparecer a don Justo)* A saber que usted se tomaba tanta molestia por una cosa que desdén sólo merece hubiera evitado esta entrevista.

ESCENA 3ª

Macario y Justo

JUSTO: *(Con gravedad)* En cuestiones como éstas el desdén arguye poca delicadeza; por lo demás descuide usted don Macario que, tanto como Leopoldo, deseo yo ese enlace.

MACARIO: Pues entonces me retiro con la confianza que usted pondrá todo el empeño posible para que se realicen nuestros deseos.

JUSTO: Hoy mismo voy a saber la verdad de cuanto ha ocurrido, y

entre tanto diga usted a Leopoldo que continúe como siempre sin demostrar nada que pueda ofender a María.

MACARIO: Se entiende, amigo mío, cuanto más que sería cruel ofenderla por una calumnia grosera.

JUSTO: Gracias... Y que no sean sólo los asuntos de importancia los que me proporcionen el gusto de ver a usted por mi casa.

MACARIO: *(Disponiéndose a salir, dará el frente a la puerta por donde María aparece)*. Vendré más a menudo a molestar a usted.

ESCENA 4ª

Dichos y María

MARÍA: *(Con desagrado al ver a Macario)* Ah, don Macario, ¿es usted?

MACARIO: Celebro haberme detenido tanto, pues eso me proporciona el gusto de verla, lo cual mucho me complace.

MARÍA: Tal puedo decir también, aunque no esperaba encontrarle aquí.

MACARIO: Yo soy así, de repente me aparezco y a fuer de buen amigo no he querido demorar más días sin venir a saludarla.

MARÍA: *(Con ironía y amabilidad)* Si es amable don Macario; pero algo más de interés, supongo le habrá traído aquí, pues a desear verme no hubiera usted venido a esta hora.

MACARIO: ¿De qué manera que sin sospecharlo he cometido un error? *(Dirigiéndose a don Justo)* ¿Qué dice usted a esto mi amigo?

JUSTO: Que en ese sentido no transige nunca, ni aun conmigo.

MACARIO: *(Siguiendo la broma)* Pues entonces me verá obligado a

implorar su perdón, que yo creo me otorgará la reconocida bondad de María.

MARÍA: Sí; lo concedo desde ya en gracia a la buena intención que usted ha tenido.

MACARIO: Yo prometo formalmente enmendarme en lo sucesivo. Vaya, vaya... no quiero detenerlos más. Adiós María, que se conserve usted siempre tan bella.

MARÍA: Adiós, don Macario, que se conserve usted tan galante.

Don Justo acompaña a Macario hasta la puerta, hablan en voz baja deteniéndose en ella;

(María avanza al primer término). ¿A qué habrá venido aquí este viejo solapado? Quizá a pedir a mi padre que apresure el casamiento. Pienso que obré muy mal prometiendo a Leopoldo mi mano, y pues no sentía verdadero amor por él debí desoír los consejos paternos, antes que consentir en esa promesa que hace indisculpable mi sumisión. No puedo resignarme a ser suya y siento como rubor de haberlo así ofrecido ahora que conozco los vicios que le dominan y que es hipocresía lo que mérito creí. Vamos, por más esfuerzos que hago no puedo vencer la repulsión que día en día me inspira. Cuánto más noble es Alfredo. Él, con elocuentes palabras me ha hecho comprender lo que degrada a una mujer aceptar al hombre que le dan las conveniencias, pero su corazón no. Cuando comparo a los dos, siento que, a mi pesar, el alma menospreciando al uno eleva al otro hasta los sueños del ideal. Y porque es pobre, mi padre le mira con hiriente desdén. ¡Que haya de influir tanto el dinero en el corazón de los hombres!

ESCENA 5ª

JUSTO: *(Volviendo de acompañar a Macario)*. Hija mía, ¿cómo has pasado la noche?

MARÍA: Muy bien, papá, ¿y usted?

JUSTO: Perfectamente no he vuelto a sentir la menor molestia. *(Siéntase a escribir)*.

MARÍA: *(Aparte)* Cuánto quisiera saber de qué han tratado. ¿Parece padre que está usted más ocupado que de costumbre?

JUSTO: Sí, tengo entre manos un asunto de la mayor importancia que luego te diré lo que es.

MARÍA: Advierto a usted que no soy curiosa.

JUSTO: Cualidad rara en las mujeres.

MARÍA: Eso dicen los hombres que nos calumnian.

JUSTO: No será sin razón. Buenas sois las mujeres.

MARÍA: Pues, ¿qué diremos de los hombres? Si ellos no fueran tan malos seguramente seríamos mejores. ¿Verdad? *(Cambiando de entonación)* Ah, se me olvidaba. ¿Quiere usted papá que vayamos esta noche a la ópera?

JUSTO: Francamente hija, a mí no me divierte mucho, porque no entiendo jota de música y a decir verdad más me gustan los vales y habaneras que tocas, que todas esas sublimes partituras; pero en fin, iremos que a trueque de no entender está el placer de dar mi opinión.

MARÍA: Supongo que como siempre Leopoldo nos acompañará.

JUSTO: No, porque se halla ausente por unos días a causa de un negocio. Ya lo ves, tratándose de intereses, no descansa su actividad infatigable.

MARÍA: Es en verdad muy activo.

JUSTO: Como que es hijo de don Macario.

MARÍA: Pero me parece que es mucho más pródigo, por la conducta que le veo observar desde que le conocemos.

JUSTO: Bueno fuera que no gastara más; al fin don Macario es viejo y la sociedad no le impone las exigencias que a los jóvenes; además, ¿qué hombre medianamente acomodado no gasta? Él, es único hijo, sus negocios le reportan buenas ganancias y su padre es rico; otros con su fortuna derrocharían mucho más.

MARÍA: No obstante, no falta quien dice que su liberalidad es hartamente extremada.

JUSTO: Eso dirán los envidiosos que nunca faltan, que como no pueden imitarle se vengán censurándole.

MARÍA: Pero, a mí me han asegurado que juega, papá, y si eso es cierto yo creo que no puede tener cualidad buena.

JUSTO: *(Con enfado)* Bueno, bueno, dejemos eso para después, estoy muy ocupado y puesto que siempre te veo dispuesta a creer todo lo malo que se te diga excusamos hablar de él.

MARÍA: Yo no lo aseguro, padre, sólo repito lo que ha llegado a mis oídos.

JUSTO: Ni debiste dar crédito a esas voces que propalan siempre la maledicencia, ni aun decírmelo no teniendo la certidumbre, porque nadie mejor que yo sabe qué clase de vida es la suya.

MARÍA: *(Con humildad)* Bien, pero creo que por eso no se enfadará usted conmigo, puesto que esta conversación no tiene consecuencias para Leopoldo y sólo la ha motivado el interés que nos inspira.

JUSTO: *(Con serenidad)* No me enfado, pero deseo que seas más justa con él, que en verdad lo merece.

MARÍA: Siempre he puesto el mayor empeño en hacerle grata nuestra amistad.

JUSTO: Ya hablaremos, ya hablaremos sobre eso con más tiempo.

MARÍA: Pues que está usted tan ocupado voy a dejarlo solo. Hasta luego padre mío.

JUSTO: Anda con Dios, hija mía.

MARÍA: *(Aparte, alejándose)* Siento haberle disgustado.

JUSTO: *(Aparte)* Temo que haya sospechado algo de la verdad.

ESCENA 6ª

Don Justo paseándose; oportunamente levanta el anónimo que pone sobre el escritorio.

JUSTO: Es necesario que yo sepa si es cierto o no lo que ese anónimo dice, porque aunque no quiera creerlo, siento la duda apoderarse de mi corazón, recordando el desdén con que María trata a Leopoldo de un tiempo a esta parte. *(Con despecho)* Cuando al buscar la causa pienso que mientras yo ciegamente en mi hija confiaba, ella abusando de mi confianza concedía entrevistas a un hombre sin mi consentimiento... Mas eso no es posible, yo me hubiera apercebido de algo porque es imposible que tanta tranquilidad mostrara quien vive ocultando tan viles engaños no estando avezada a ellos. Que él la ame, puede ser; pero que María corresponda a su afecto, que ella, mi hija ame, hasta olvidar su decoro a un dependiente de su padre, no es creíble, no puede ser; porque para eso sería

preciso que se hubieran borrado de su corazón las máximas que yo he esculpido en él. ¡Sí!... fuera dudas ruines, ese anónimo lo ha dictado la envidia, y lo que Leopoldo ha creído notar, son tan sólo fantasmas con que los celos turban su razón. No obstante, aunque lo deseo, no puedo tranquilizarme. ¡Oh! yo enseñaré a ese necio a medir la distancia que hay de mí a él.

ESCENA FINAL

ALFREDO: *(Saluda respetuosamente)*. Buenos días don Justo.

JUSTO: *(Con sequedad)* Buenos los tenga usted; sin duda habrá usted extrañado que le mande buscar con tanta premura.

ALFREDO: Imaginé al instante que algún asunto de interés sería la causa de su llamado.

JUSTO: No se ha equivocado: si no he esperado la hora que usted acostumbra a venir ha sido porque una cuestión de la mayor importancia que tengo que dilucidar me lo ha impedido.

ALFREDO: Ha hallado usted algún error en las cuentas de ayer.

JUSTO: No es eso.

ALFREDO: Estoy a sus órdenes. Qué le ocurrirá que de tan mal talante le ha puesto.

JUSTO: Creo que usted habrá comprendido en el tiempo que hace que nos conocemos que entre mis muchos defectos descuella y domina a todos la gran estimación que profeso al oro. Apreciándolo en tanto nada me parece más repugnante que la pobreza, ni nada más inferior que el hombre que, careciendo de él y olvidando que el dinero lo

constituye todo, avanza hasta donde no debe y de donde es preciso hacerle retroceder; y pues pienso de ese modo, ¿no le parece digno de castigo el que un hombre quiera igualárseme?

ALFREDO: Sin duda alguna, puesto que en nada estima usted la honradez.

JUSTO: *(Con acritud)* La honradez es para mí una prenda que vale más o menos según quien la posee; pero no debo extrañar que usted se explique de ese modo porque a no ser su audacia tanta, no se hubiera atrevido a más de lo que debiera.

ALFREDO: *(Con sorpresa)* ¡Qué decís señor! ¿Acaso tenéis motivos de queja contra mí?

JUSTO: Sí, los tengo y muy poderosos.

ALFREDO: Contra mí: no lo comprendo.

JUSTO: *(Con reconvención)* Sí... contra usted que olvidando que hace un año le di asilo en mi casa, un sitio en mi mesa, un puesto en mi comercio y un lugar distinguido en mi corazón; ingrato a tantos favores paga mis bondades, dando margen a que la maledicencia se cebe en mi nombre.

ALFREDO: Pero, ¿cómo y cuándo he dado motivo a estas duras reconvenciones? ¿No velo por vuestros intereses como si fueran míos? ¿No he cumplido con exactitud mis obligaciones y siempre no he procurado aumentar la prosperidad de vuestra casa?

JUSTO: Sobre eso no tengo queja de usted; en cambio no puedo perdonarle que conociendo mi modo de pensar y sabiendo cuáles son mis miras respecto a mi hija se haya usted

atrevido a fijarse en ella más de lo que debe un joven como usted.

ALFREDO: *(Con turbación)* ¿Quién ha dicho a usted que yo?...

JUSTO: *(Con enojo, presentándole el anónimo que toma del escritorio)* ¿Quién? Por desgracia mía ha sido este papel; lea usted ahí. *(Señala y mientras Alfredo lee don Justo lo contempla con ansiedad, como deseando adivinar la verdad por la impresión que causa en el semblante de aquel la lectura de la carta).* Cuando un hombre como yo lee un contenido de esos que con la publicidad le conducen al colmo del ridículo, en su justa indignación tiene derecho...

ALFREDO: *(Interrumpiéndole)* A nada, porque siendo una calumnia infame, por decoro, por respeto de sí mismo no debe ni aun enseñarlo a aquel a quien se difama, siquiera para no desmerecer de la estimación que se le tiene. *(Poniendo el anónimo sobre el escritorio)* Al pensar que puede ser cierta tan grosera mentira hace usted poca justicia a la virtud de su hija; yo con ser un extraño no hubiera dado cabida en mi pecho a las sospechas que os agitan.

JUSTO: *(Disimulando su turbación)* Es que yo no he dudado.

ALFREDO: ¿Entonces a qué mostrarme ese anónimo, si está usted convencido de que es falso cuanto dice?

JUSTO: *(Con energía)* Pero, ¿es cierto que usted ama a mi hija, que olvidando la distancia que media entre ambos, usted con loca audacia intenta llegar hasta ella alentado por locas esperanzas?

ALFREDO: *(Con dignidad)* Si nunca ha visto usted acción reprehensible en mi conducta, si le consta que la he respetado siempre cual yo debía, si cree en su hija y no duda de mi honradez debió

excusar tan enojosa pregunta, pues el que yo la ame en silencio ni a vos ni a ella os ofende en nada.

JUSTO: *(Con indignación)* Pero es que yo no consiento, no quiero que vuestros sueños insensatos creáis que puedan realizarse, porque son un delirio, un imposible que hacen enardecer de indignación mi sangre al ver que usted no lo ha creído así.

ALFREDO: El respeto y el silencio que he observado durante un año abonan demasiado a favor mío, destruyendo sus aventuradas suposiciones.

JUSTO: Si yo nada he comprendido culpa habrá sido de mi poca perspicacia y no de su recato, pues su discreción no ha sido tanta, cuando ha dado ocasión a ese aviso.

ALFREDO: De algún prudente amigo que, como un venenoso reptil se oculta en la sombra y muerde a tientas. Al herirme con esas mezquinas dudas olvida usted que a su hija con la misma arma hiere a la vez.

JUSTO: No, de ella no dudo yo, como no dudo que respiro, que vivo en este instante; pero contra usted que ha dado motivo con su necia pasión a que la censura fije sus miradas en nosotros, contra usted, que olvidando su posición alimenta tan irrealizables aspiraciones sabiendo que nunca consentiré que mi hija se una a un hombre pobre, es contra quien se excita todo mi enojo.

ALFREDO: Rechazo esas reconvenções injustas y aunque no poseo el oro a montones, como soy honrado, derecho tengo a creerme igual a vos, igual a ella, pues no existe ni reconozco esa distancia que usted coloca entre su hija y yo.

JUSTO: Pues media tanta que nunca podréis salvarla para aproximaros a ella; sí, separado constantemente por esa

barrera que divide la miseria de la opulencia, comprenderá, mal que le pese, que hay mucha distancia entre usted y yo. Nunca, vuelvo a repetirlo, consentiré que se una a un hombre pobre y aunque su salvación y la mía dependiera de que os cediera su mano, me hundiría en el abismo antes que hacerla esposa de un dependiente de su padre.

ALFREDO: ¿Quién os la pide señor, para que la neguéis? El orgullo ciega a tal punto vuestra razón que no veis cuán frágil sostén vuestra vanidad se levanta.

JUSTO: ¿No reconocéis, pues, los privilegios del dinero?

ALFREDO: *(Con energía)* No; los hombres somos todos iguales, los pueblos con torrentes de sangre ahogaron para siempre los privilegios.

JUSTO: ¡Los del oro, no!

ALFREDO: Dios no hizo la fortuna patrimonio exclusivo de un número determinado, sino para todos los hombres

JUSTO: *(Señalándole la puerta)* ¡Salid de mi casa inmediatamente!

ALFREDO: ¿Quién sois para insultarme de esa manera? ¿Qué os he hecho para que me arrojéis de vuestra casa?

JUSTO: ¡No quiero ni debo dar explicaciones; y como a pesar de ser igual a mi podéis moriros de hambre, tomad para que no os falte pan! *(Le arroja una cartera con dinero que saca del escritorio).*

Alfredo que está próximo a la puerta dirige una mirada a don Justo de suprema desesperación, avanza dos pasos con ademán siniestro, duda, vacila y haciendo un movimiento desesperado desaparece precipitadamente.

FIN DE ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

JARDÍN CON ESTATUAS, BANCOS, ÁRBOLES. AL FONDO UNA VERJA. DON JUSTO Y MARÍA SENTADOS EN UN BANCO.

ESCENA 1ª

MARÍA: Si usted no me hubiera hecho tantas promesas de enmienda, resuelta estaba a reñirle severamente; porque no puedo resignarme a que un hombre que como usted tiene una buena posición se dé tan poco reposo, necesítándolo tanto sus achaques y años.

JUSTO: Tienes razón, hija mía; pero qué quieres, como he hecho mi fortuna trabajando, no lo puedo remediar...

MARÍA: *(Interrumpiéndole)* Porque usted no quiere vencer, no sé si decir ese vicio o esa costumbre, pues teniendo personas que le desempeñen bien no sé yo que haya necesidad de afanarse para todo.

JUSTO: Eso es verdad, mas siento unos deseos tan grandes de aumentar lo que poseo, que sin desearlo llego a olvidar que necesito reposo. Pero, dejando esto aparte, quiero que hablemos de otro asunto que nos interesa mucho a los dos.

MARÍA: *(En son de broma)* Me dispongo a escuchar con toda la gravedad de que soy capaz.

JUSTO: Hace algún tiempo que con gran disgusto he observado en ti que de una jovialidad constante pasaste a una melancolía continua, de una alegría perenne a una tristeza no interrumpida; ¿qué es lo que ha ocasionado ese cambio tan repentino no habiendo experimentado desgracia alguna?

¿Qué motiva esa taciturnidad que siempre observo en tu semblante, ese desgano de concurrir a las diversiones que han sido tu embeleso?

MARÍA: *(Disimulando su emoción)* ¿Yo, triste? No tal, aprensiones son padre mío que nacen del excesivo amor que usted me profesa.

JUSTO: Esa es una evasiva María para no contestar a lo que yo te pregunto. Aunque ignoro la causa, adivino que sufres, por consiguiente tengo derecho a exigir que confíes ese escondido pesar a tu padre que tanto te ama.

MARÍA: *(Con acento persuasivo)* Pero si yo no sufro padre, no experimento mal alguno; si algún cambio habéis notado en mí, no lo atribuyáis a ninguna causa grave, creedme.

JUSTO: Ni eso me convence, ni quiero que trates de engañarme María.

MARÍA: *(Con aflicción)* ¿Mas por qué no me creéis padre mío?

JUSTO: *(Con severidad)* Porque no dices la verdad. Antes que mis ojos lo vieran, comprendió mi amante corazón que en el tuyo se ocultaba un pesar; sin poder hallar la causa, confuso y afligido largo tiempo he esperado con ansiedad paternal que la alegría volviera a mostrarse en tu semblante. *(Con emoción y ternura)* ¿Por qué no has hecho partícipe a tu padre de ese sentimiento que te abrumba y te reconcentras en tu egoísta silencio? ¿Por qué dejas que se apodere de mi alma mortificante incertidumbre? ¿Quién como yo, hija mía, se apresurará a complacerte? ¿Quién como tu padre se sacrificará para proporcionarte lo que pueda hacer tu ventura? Tú sabes que mi mayor, mi única felicidad consiste en verte dichosa, porque tú eres la alegría

de esta casa, el orgullo de mi vejez, la luz que en el porvenir alumbrará los postreros días de este ser que vive al calor de tus brazos.

MARÍA: *(Con visible emoción)* ¡Padre de mi alma! *(Aparte)* Dios mío, el valor me falta para esa confesión.

JUSTO: *(Conmovido)* Pero, lloras María; vaya, eso me disgusta; ya sabes que jamás he podido ver lágrimas en tus hermosos ojos. Vamos, cesa de afligirte y cuéntamelo todo.

MARÍA: Padre mío, yo no puedo ser franca con usted sin ofenderlo.

JUSTO: ¡Sin ofenderme!

MARÍA: Sí, sin ofenderle, sin incurrir en su desagrado no puedo confesaros qué es lo que causa ese pesar que yo he querido inútilmente ocultar a vuestros ojos.

JUSTO: ¿Tan grave es lo que tienes que confiarme, que a pesar de mi indulgencia para castigo, temes mi enojo?

MARÍA: Sí, porque a sus ojos padre, soy culpable.

JUSTO: *(Con admiración)* Tú, culpable, ¿y de qué?

MARÍA: *(Suplicando)* No me exijáis que yo os lo diga.

JUSTO: Lo quiero y lo mando; ¿piensas que puedo vivir tranquilo viendo que cada día aumenta ese malestar que te aleja de todo extraño trato y hasta de mi cariño? No, no; quiero saber la verdad aunque ella dolorosa me sea.

MARÍA: *(Con mucha emoción)* Yo os amo padre mío, sí, mucho no lo dudéis; pero el temor de ofenderos me ha contenido, pues me he hecho acreedora a vuestro enojo, dando cabida en mi corazón a un afecto que usted desaprobará siempre. *(Con excitación creciente)* Con constancia superior a mis fuerzas batallé para desechar de mi alma esa pasión que

cada vez más a mi pesar aumentaba, pero mi destino o la compasión que por él sentí cuando le vi infortunado y despreciado por usted, llevome, padre, a amarle como no creí nunca.

JUSTO: *(Con perceptible severidad)* ¡No más, calla! *(Aparte)* No me engañé, mis dudas han salido ciertas. *(Con despecho)*. El hipócrita ha conseguido al fin interesarla mostrándose desventurado a sus ojos, y más astuto que yo ha sabido sacar ventaja de su vergüenza logrando lo que tanto quise impedir, pero aunque me apene su dolor, aunque lo deploro por ella, yo sabré defraudar las intenciones soberbias de ese ambicioso audaz. *(Dirigiéndose a María)* Tu deber y mi voluntad te imponen que olvides esa pasión que como un sueño desconcertado ha venido a turbar tu alegría, olvídale por tu felicidad y la mía, comprendiendo que jamás será realidad.

MARÍA: *(Aparte)* Olvidar, ¡ay de mí! Es imposible, por más que yo lo quiera.

JUSTO: *(Con reconvención)* ¡He ahí lo que son las mujeres! Quién diría que después de rechazar tan excelentes partidos fijaras tu atención en un... Pero a mí mismo debo culparme por haber sido demasiado indulgente contigo y no haberte obligado a aceptar alguno de los que te pretendieron que hubiera hecho tu felicidad, y no digamos que fueran malos, don Robustiano que fue el primero que te solicitó era a mi ver un hombre estimable por todos conceptos, honrado, carácter apacible y buena educación; mas no te agradó porque era viudo, como si los viudos tuvieran alguna mancha; por eso luego el abogado Estiende tampoco fue de tu gusto, por otras razones tan poderosas

como esas y así has desechado a cuantos sucesivamente te han pretendido.

MARÍA: Pero, padre mío, si yo no amaba a ninguno de esos hombres, ¿cómo había de contraer tan pesados lazos?

JUSTO: ¿Y crees que consentiré que pertenezcas a ese hombre aunque lo ames? No, nunca. Justo es que si me permití que rechazaras el bien que se te brindaba, impida al menos tu desventura.

MARÍA: ¿Pensáis que sería desgraciada con quien el sacrificio de su vida haría por mi felicidad?

JUSTO: Sí; porque la esperanza de poseer una fortuna presta al que la codicia la audacia suficiente para ofrecer absurdos y jurar imposibles.

MARÍA: *(Con vehemencia)*. ¿Que él ambiciona vuestro dinero? Oh, no lo creáis padre, su alma es demasiado grande para que la esclavice el oro y jamás podría...

JUSTO: *(Con severidad y aspereza)* ¡Basta! Como si su vida se hubiera extinguido, sólo así debes acordarte de él; yo nunca podré ceder la mano de mi hija al hombre que encubriendo su desmedida ambición y orgullo bajo una apariencia modesta, con tan ruin engaño, se ha hecho indigno de mi aprecio.

MARÍA: ¿Y quiere usted por eso que dé mi mano a Leopoldo?

JUSTO: Naturalmente que además de amarte mucho, es un muchacho de muy buena cabeza; trabajador que no dudo aumentará los miles que yo te deje; ayer sin ir más lejos, me decía que no quiere que yo gaste un cobre para la boda, que todo le parece poco para ti.

MARÍA: ¡Ah, padre mío! Cuán equivocado está usted al creer que Leopoldo me ama; a él sólo lo induce el interés de poseer su fortuna que sabe disfrutará a su antojo cuando sea mía.

JUSTO: En qué fundas esa acusación tan grave. ¿No es rico él? ¿Acaso necesita para vivir como vive hoy, del dinero que tu unión pueda proporcionarle? ¿Por ventura si no te amara como afirmas, crees que consentiría en esperar el término de esos plazos que tú impones? Veces mil me ha repetido que a pesar de tu indiferencia para con él y aunque su dignidad lo obliga, no puede renunciar a tu cariño...

MARÍA: *(Con marcada expresión)* ¿Y si Leopoldo engañara a usted, padre mío?

JUSTO: Engañarme a mí. ¿Crees tú que a un hombre como yo se puede alucinar tan fácilmente? Además, ¿qué necesidad tiene de engañarme? A mí no se me alcanza la razón, sino la muy poca tuya al suponerle capaz de esa vileza. Por lo tanto, aunque no dejo de comprender que Leopoldo tiene algunos defectos, quiero que razonando (como espero de tu buena inteligencia) consideres que es imposible encontrar un hombre perfecto, y por lo mismo haciendo el gusto a tu padre accedas a su pretensión.

MARÍA: ¿Es decir, padre mío, que nada os importa mi felicidad? ¿El sacrificio que hago de mi corazón y de la paz de mi alma? ¿Es decir que nada ha valido la resistencia que hasta ahora he opuesto a este tenaz empeño de unirme a un hombre a quien yo no amo?

JUSTO: *(Con calma y pesar)* ¿Con que te rebelas contra la autoridad paterna? ¿Así pagas, hija soberbia, mis desvelos y de esa manera recompensas los trabajos que pasé para darte una

fortuna, ese es el premio que destinabas a los afanes que sobrellevé para hacerte brillar en la sociedad, de ese modo coronas los sacrificios de quien tanto te ama? ¡Hija ingrata! Quizá algún día sepas la inmensa amargura que a un padre causa la rebelión de una hija. (*Enjúgase los ojos muy conmovido*).

MARÍA: (*Con voz enternecida*) ¡Padre, padre mío! Perdonad si en un momento de irreflexión pude ofenderos; dispuesta estoy a hacer vuestro gusto, sí, de todo corazón. (*Llora*).

JUSTO: Vuelve entonces a ocupar el puesto que momentáneamente dejaste en el corazón de tu padre (*Se abrazan. Pausa*).

MARÍA: ¡Vuestro perdón me causa un placer inefable!

JUSTO: Y a mí perdonarte, una satisfacción gratísima. Pero no tratemos más de eso, y pues tengo que hacer algunas diligencias voy a dejarte sola.

MARÍA: ¿Va usted a salir ahora mismo?

JUSTO: Sí; conque, hija mía, hasta luego.

MARÍA: Hasta luego, padre (*Se abrazan*).

JUSTO: (*Con emoción al alejarse*) ¡Ah, ella ignora cuánto pesar me causa tenerla que contrariar tan severamente!

MARÍA: (*Después de verlo desaparecer*) Señor Dios de los buenos, ¿por qué en esta desdicha así me desamparas? Qué débil soy, me someto a su voluntad inflexible, como si ella no me impusiera un cruel sacrificio, como si mi obediencia no causara mi desventura. Pero yo no puedo, no debo resignarme, mi padre me obliga porque el error ciega su razón; mas yo escuchando la voz de mi corazón, no

condescenderé con sus deseos, aunque mi rebelión despierte su injusto enojo. Pero si persiste, si se empeña su firmeza. ¡Oh! Sólo de pensarlo tiemblo. Si unida para siempre a ese hombre que no amo, siento que me son odiosos los deberes que contra mi voluntad contraje, ¿qué impedirá que rompa sus lazos si llega día en que mi resignación concluya?

ESCENA 2ª

María y Carolina

CAROLINA: (*Apareciendo*) Señorita venía a saber si...

MARÍA: (*Interrumpiéndola*). Ven, tengo que hablarte. Carolina, tú sabes lo que me pasa; no ignoras cuánto sufro y en la desesperada posición en que me encuentro, dime francamente, ¿qué harías tú en mi lugar?

CAROLINA: (*Con vacilación*) Yo, señorita, no sé porque la situación es algo comprometida

MARÍA: Sí, mucho; porque yo sin pensar lo que hacía he prometido a mi padre casarme y no sé cómo retroceder.

CAROLINA: Pero, ¿y don Alfredo?

MARÍA: Te he llamado para que me des un consejo que pueda ayudarme a salir de esta angustiada situación, evitando mi casamiento con Leopoldo.

CAROLINA: Francamente el caso es grave, señorita, y yo soy torpe para aconsejar a usted algo provechoso; si fuera otra cosa podría dar mi dictamen; pero como de hombres se trata y son el mismísimo demonio no soy voto en la materia; porque a

pesar de tener novio, es tan diferente a los demás, tanto, que a veces dudo si es hombre. Figúrese usted que hasta ahora no le he oído otra palabra que “ya lo creo”. Si le digo, Ruperto te quiero mucho, me contesta “ya lo creo” (*Remedando*). Ruperto, ¿nos casamos pronto?, “ya lo creo”. Ruperto, me eres infiel, “ya lo creo”. De manera que con un hombre así...

MARÍA: (*Con impaciencia, interrumpiéndola*) Pero si no se trata de eso ahora. ¡Oh! ¡Qué desgracia no tener quien me de un consejo, quien me sugiera una idea que iluminando las sombras de mi mente dé a mi alma la resolución que le falta!

CAROLINA: Yo lo siento mucho, mas no quisiera que por mí...

MARÍA: Pero vamos a ver; puesta en la disyuntiva de sacrificar tu corazón o desobedecer a tu padre, ¿qué harías tú?

CAROLINA: ¿Yo? Resistir con todas mis fuerzas.

MARÍA: Sí, a eso me siento inclinada, aunque a mi padre sé que le causará mucho sentimiento mi desobediencia.

CAROLINA: Déjele usted que se desespere, que más vale que sea ahora y no después cuando el mal no tenga remedio. Caramba con la tenacidad del amo, ¿parece que no hubiera otro hombre que don Leopoldo?

MARÍA: Mi padre es crédulo, Carolina, y él con su estudiado artificio ha sabido captarse sus simpatías, o mostrándole por amor lo que sólo es disfrazado. En balde trato con mis dudas de despertar las suyas, en balde con mis celos y temores quiero quitar de sus ojos esa venda que le cubre por mi mal; el engaño es tan completo que su corazón se ha hecho inaccesible a la duda.

CAROLINA: Pues a fe no es el mozo para tenerle tanta confianza; con esa cara de hipócrita que tiene.

ESCENA 3ª

Leopoldo aparece y sigue avanzando, Carolina al verle hace un ademán de sorpresa y desaparece luego que éste saluda a María.

LEOPOLDO: (*Con respetuosa amabilidad*). Pido a usted mil perdones María por haberme tomado la libertad de llegar quizá a incomodarla.

MARÍA: (*Aparte*). ¡Dios mío, favorecedme! (*Con amabilidad*) Nada de eso Leopoldo, existe bastante confianza entre nosotros y creo que no dudará usted, pues de ella le hemos dado suficientes pruebas. (*Se dan las manos*).

LEOPOLDO: Distinción es esa amiga mía que no acierto a agradecer bastante.

MARÍA: No debe agradecerse como favor lo que se cobra con justicia; es usted un buen amigo, y no lo asiste razón para extrañar que mi padre y yo correspondamos con sincero cariño a su leal amistad.

LEOPOLDO: (*Aparte*) Me sorprende tanta amabilidad. Cuán gratas son María a mi corazón esas palabras cuya armonía ha sido tan anhelada por mí siempre. (*Con pasión*) El que como yo ha sido desdeñado, el que como yo ha sufrido el tormento insoportable del desdén, llevando en su alma el tesoro de una pasión inextinguible, cuando oyes esas frases que el corazón tanto anhela absorbe en su alma la divina imagen de la esperanza con la avidez que el sediento el agua;

porque para él la esperanza es la vida, ella le alienta en su martirio y le enseña la soñada recompensa de sus ensueños de amor.

MARÍA: *(Con gravedad y confusión)* Siempre, Leopoldo, he agradecido su sincera amistad y he procurado corresponder a ella.

LEOPOLDO: No, María, usted me ha juzgado mal, incapaz me ha creído de abnegación y sacrificios.

MARÍA: Sus quejas son injustas, si no lo he sabido demostrar, he sabido comprender sus méritos, amigo mío.

LEOPOLDO: Razón me asiste decirlo al pensar que jamás usted de ello me ha dado pruebas, María.

ESCENA 4ª

Dichos y Carolina. Leopoldo al verla hace un gesto de enfado.

LEOPOLDO: *(Con enojo, aparte)* Qué intempestiva es esta muchacha.

CAROLINA: Señorita acaba de llegar un hombre que pide con urgencia ver a usted, a pesar de haber dicho que está usted ocupada insiste en verla; porque, según dice, tiene una carta que sólo en sus manos debe entregar.

MARÍA: *(Mirando a Carolina)* ¿Qué podrá ser? ¿No le has dicho que tú puedes entregármela?

CAROLINA: Sí, señorita.

MARÍA: *(Dirigiéndose a Leopoldo)* En fin, voy a ver, usted perdone Leopoldo.

LEOPOLDO: *(Inclinándose)* Es usted muy dueña.

María y Carolina se alejan.

ESCENA 5ª

Leopoldo viéndolas desaparecer se levanta y comienza a pasearse.

LEOPOLDO: Estoy resuelto a fingirle más amor que nunca; quizá de su memoria se está borrando el recuerdo de Alfredo y logren mis palabras hacerle alguna impresión, es necesario que esa mujer me crea y venciendo mi constancia su indiferencia consiga al fin hacerla mi esposa. Difícil se va haciendo seguir el engaño, la suerte me es contraria y el juego cada vez me arruina más; sacar dinero a mi padre me cuesta infinito y preciso es continuar la farsa comenzada, hasta que se realicen mis deseos. ¡Oh! ¡¡Si ese hombre, que tan orgulloso es, descubriera que es el blanco y el juguete de mis planes...!! *(Con satisfacción)* Pero, no, la red está bien tendida, que sólo le inspiro ciega y completa confianza. Perseverancia y audacia necesito para alcanzar lo que anhelo y aunque el corazón de esa mujer conserve aún el recuerdo de Alfredo, con mis protestas y juramentos triunfaré de su constancia, sí triunfaré; y cuando algún día sea mía esa codiciada fortuna, sabrá esa mujer que tanto me humilla lo que cuesta esta farsa necia.

ESCENA 6ª

María aparece guardando en el pecho un papel sin verlo Leopoldo, este al apercibirla se sienta en el banco.

LEOPOLDO: ¿Qué tal? ¿Era algo de importancia?

MARÍA: Una invitación para baile.

LEOPOLDO: Tenemos unos criados tan torpes que por lo más insignificante le incomodan a uno.

- MARÍA: *(Con emoción; aparte)* Su carta anunciándome nuevos peligros, ha infundido en mi corazón el valor que le faltaba. Dios mío, ¡¡que la generosidad de este hombre a él y a mí nos salve!! *(Dirigiéndose a Leopoldo)* Yo le suplico Leopoldo que disculpe...
- LEOPOLDO: *(Interrumpiéndole)* ¿Qué pueden ya decir mis labios que usted no haya comprendido María? Qué repetirán que no moleste su atención, de oírme ya cansada.
- MARÍA: No. Leopoldo, no molesta aquello que el corazón estima y agradece, aunque le extrañé siempre, juzgándole con justicia reconocí sus méritos y le creí desde el primer instante capaz de abnegación y sacrificios.
- LEOPOLDO: El de mi vida haría, si a usted le fuera necesario.
- MARÍA: Gracias Leopoldo, gracias, esas palabras devuelven a mi pecho la esperanza.
- LEOPOLDO: *(Con pasión)* María en lo que depende de mí, juro a usted que quedará complacida. *(Aparte)* Comienzo a recelar algo desagradable.
- MARÍA: *(Con sentimiento)* Aunque le estimo mucho, usted Leopoldo no ignora, que a las repetidas instancias de mi padre, consentí en prometer a usted mi mano para un tiempo que yo dejé indeterminado, porque me sentía poco inclinada al matrimonio; ya ha tiempo que se me importuna diariamente para que cumpla mi promesa y hoy veo que no me queda otro recurso para evitarlo que confiar en su bondad; sé que usted es generoso en extremo y no dudo que si se cumpliera mi promesa causaría la eterna desventura de dos personas que de otra manera pueden ser muy felices.
- LEOPOLDO: Se infiere de lo que usted dice María, que estamos en lo

mismo, y que cuando yo creía haber llegado al fin nos hallamos en los principios.

- MARÍA: Y no puede suceder de otra manera, Leopoldo; triste me es decirlo; pero yo no amo a usted lo suficiente para casarme y de eso debe usted haberse convencido tiempo hace.
- LEOPOLDO: Usted debió haberme manifestado esos sentimientos antes de ahora María, porque debe comprender, que después de alimentar la esperanza de ser dueño del corazón que se ama, es muy doloroso renunciar a él. Yo he acariciado la idea que usted correspondía a mi cariño y hoy me es terrible convencerme de lo contrario.
- MARÍA: El temor de enojar a mi padre me ha contenido hasta ahora; pero sin embargo aún es tiempo para retroceder.
- LEOPOLDO: ¿Para retroceder, María? ¿Sabe usted lo que dice?
- MARÍA: ¿Qué menos puede hacer un hombre digno al oír lo que acabo de decirle?
- LEOPOLDO: Tarde es ya para retroceder. No se juega impunemente con el corazón de un hombre; hoy amo demasiado a usted para acceder a su pedido.
- MARÍA: Pero debe usted comprender que no habiendo recíproca correspondencia, no es posible la felicidad.
- LEOPOLDO: Yo haré de modo que mi conducta conquiste su amor.
- MARÍA: Vano empeño Leopoldo, si yo hasta ahora no he podido amar a usted, menos podré amarle en adelante.
- LEOPOLDO: Es decir que sin compasión alguna y después de haber burlado mis esperanzas, después de haber dejado que mi alma albergara las más hermosas ilusiones, hoy usted me obliga a despojarme de ellas, como si para hacerlo fuera la voluntad bastante.

MARÍA: *(Con emoción)* Leopoldo, amigo mío, piense que mi gratitud hacia usted será eterna.

LEOPOLDO: *(Fingiéndose desesperación)* Lo que usted me pide es un sacrificio superior a mi valor.

MARÍA: Si usted en verdad me ama, ¿cómo su razón pretende que yo haga aquello mismo que por cruel usted no puede?

LEOPOLDO: Pero yo he sido el engañado, al menos a exigir tengo más derecho.

MARÍA: *(Con severidad)* No, engañado no puede llamarse aquel a quien no se dieron esperanzas, aquel a quien jamás se juró amor ni se le hicieron concebir ilusiones que no habían de realizarse nunca.

LEOPOLDO: ¡Oh! Me desespera su crueldad, pues ni tiene usted consideración ni lástima alguna a mi cariño.

MARÍA: Su tenacidad y no mi rigor es la que le daña; amigo mío, piense que uniendo nuestros destinos a la vez que se hace desgraciado me hace muy infeliz también.

LEOPOLDO: ¿Pero, no me teme usted la reprobación de su padre cuando sepa su determinación de no cumplir lo que él prometió, cuando comprenda, que quizá inducida por sentimientos fatales, usted desatiende sus consejos y mi pasión?

MARÍA: Mi amor filial le sabrá convencer de que es injusto su enojo.

LEOPOLDO: *(Con despecho)* Yo me vengaré de Alfredo, sí, en ese hombre odiado causa de su desvío para conmigo, estallará mi desesperación.

MARÍA: *(Con altivez)* Acabemos de una vez.

LEOPOLDO: *(Con reconvención)* Suya será la culpa de cuanto acontezca, pues su rigor me induce a la venganza *(Vase precipitadamente)*.

ESCENA 7ª

María sola

MARÍA: ¿Hasta cuándo, Dios mío, habré de luchar con suerte tan contraria? ¡Porque ante esa fatalidad que me persigue son varios mis esfuerzos y porque no puedo romper ese odioso compromiso! La tenacidad de ese hombre me amedrenta; persistirá en su empeño sí, pues sabe que en mi padre tiene su más firme apoyo. Sola y sin amparo, veo que, al fin tendré que ceder en esta contienda... ¡Pero no! Dios, de vuestra misericordia mi salvación espero.

Al retirarse María del jardín, se encuentra con Alfredo que entra.

ESCENA 8ª

ALFREDO: *(Con alegría)* ¡María!

MARÍA: *(Con alegría)* ¡Alfredo!

ALFREDO: Bien mío por fin puedo verte. *(Con pasión)* Si supieras cuán inmenso es el placer que mi alma experimenta, yo que por estos instantes de felicidad años de mi vida diera, que siempre como piensa el desterrado en la patria en ti mi pensamiento puesto, mira cómo sufriré al verme de ti alejado.

- MARÍA: *(Con emoción)* ¡Alfredo! Ah, cuánto también lloro al pensar en nuestra suerte, en nuestra aciaga suerte, que no encuentro medio de mejorar. En vano discurro, en vano con mis súplicas imploro el favor del cielo, la esperanza de esa anhelada ventura cada vez se aleja más de mí.
- ALFREDO: No con llanto María, sino con firme resolución debes vencer los obstáculos que se oponen a nuestra felicidad, contra esa tiranía que al sacrificio te obliga, contra ese fatal error que como desbordante torrente, amenaza precipitarnos en el antro de la desesperación, debe oponérsele la fe que al corazón alienta y la voluntad inquebrantable que emanando de un alma que ama nos enseña que cuando la justicia y el derecho nos asisten, es tan difícil dominar un corazón como las grandes revoluciones.
- MARÍA: Sí, dices bien, es preciso oponerse, yo me siento con valor para sufrir todo antes que cejar en mi justo empeño *(Con sobresalto)*. Pero, ¿cómo te has atrevido a entrar aquí a estas horas?... Es una imprudencia y temo por ti.
- ALFREDO: Carolina me ha visto entrar, ¿no te decía en la carta que vendría a verte?
- MARÍA: Sí, mas creí que vinieras cuando las sombras de la noche pudieran ocultarte.
- ALFREDO: Un acontecimiento imprevisto me ha precisado a no esperar que ella llegue.
- MARÍA: *(Con temor y aflicción)* ¿Te amenaza acaso algún peligro? No me lo ocultes Alfredo, no me lo ocultes, yo no quiero ignorar nada que se relacione contigo. ¡Ah! ¿Por qué amándonos tanto nos hizo el cielo tan desdichados?
- ALFREDO: Impedir que seamos felices la suerte podrá, pero que nos

anemos, ¿no es verdad María que nadie en la tierra impedirlo puede? ¿Qué ni la distancia ni la desventura serán bastante para que me olvides?

- MARÍA: ¿Dudas, acaso?
- ALFREDO: No, no, ángel de mi vida; pero soy tan sin ventura que hasta creo que me faltará tu amor, que es para mí la existencia toda, la luz que ilumina por completo mi alma.
- MARÍA: Piensa que esas sospechas me ofenden. *(Con ternura y pasión)* Yo no te podré olvidar, no Alfredo, mientras anime mi corazón un soplo de vida.
- ALFREDO: *(Con gravedad)* ¡María, ha llegado el momento, para mí muy doloroso, de revelarte una cosa, que pluguiera al cielo nunca hubiera tenido precisión de decirte!
- MARÍA: *(Con angustia)* Alfredo, me aterra tu anuncio.
- ALFREDO: Tú sabes la azarosa vida que llevo desde que al periodismo me dediqué; no ignoras también que a causa de mis escritos heme acarreado la antipatía de los que no profesan mis ideas; hoy me es difícil subsistir aquí y por lo tanto he resuelto expatriarme.
- MARÍA: ¿Separarnos? ¡No, no es posible!
- ALFREDO: Piensa que es indispensable.
- MARÍA: Pero, ¿quieres abandonarme; quieres que el dolor de tu ausencia me mate? *(Llorando)* ¡Alfredo, tú no me amas!
- ALFREDO: *(Con ternura)* ¿Que no te amo? ¿Cuando no hay sacrificio que no hiciera por ti? ¿Cuando por darte una prueba de ese mismo amor penetro en esta casa de la cual se me arrojó como al ser más despreciable? Dudas de mí cuando sabes que amarte más no es posible.

- MARÍA: ¿Por qué, entonces, quieres alejarte?
- ALFREDO: Es absolutamente necesario María.
- MARÍA: Quizá cambiando tu modo de ser, pudieras subsistir aquí, modera tus ideas, calma tu pluma; Alfredo, haz ese sacrificio en obsequio de nuestro amor.
- ALFREDO: Lo que me pides, vida mía, no puedo hacerlo ya.
- MARÍA: *(Con desesperación)* ¿Pero no entiendes que yo no quiero que te separes de mí?
- ALFREDO: Hay un medio para no separarnos. *(Aparte)*. ¡Oh, me avergüenza y me humilla mi propia dignidad! El único recurso que hoy nos queda para no separarnos es María que sigas mi suerte.
- MARÍA: *(Con asombro)* ¿Tú que dices amarme tanto, me propones la deshonra?
- ALFREDO: Indigno es de ti y de mí, sí, María, lo sé, pero es del único modo que podemos ser felices.
- MARÍA: *(Con energía)* No podremos ser dichosos nunca, cuando el primer paso que damos para alcanzar esa felicidad, es faltando a nuestro deber.
- ALFREDO: Un sacerdote nos unirá y de rodillas, después imploraremos el perdón de don Justo, viendo que no queda otro remedio él se resignará y yo le probaré que soy digno de ser su hijo.
- MARÍA: ¡Faltar a mi deber, nunca! Lo que me propones es por demás terrible y yo amo demasiado a mi padre para amargar de ese modo su existencia.
- ALFREDO: Pero, si me amas, debe también horrorizarte el pensar que te obligarán a casarte con Leopoldo a quien tanto odiamos.

Decídete María, considera que es ciega su obstinación y que tus temores la ventura alejarán para siempre de nosotros.

MARÍA: *(Con angustia)* Pero mi padre, Alfredo; mi padre avergonzándose de mí me maldecirá y no me perdonará nunca.

ALFREDO: Suplicaremos su perdón y a un padre que, como el tuyo, tanto te ama, más fácil le es perdonar que maldecir. Piensa que en estos instantes de tu decisión depende nuestra eterna felicidad o nuestra condenación eterna.

MARÍA: El escándalo Alfredo, me aterra.

ALFREDO: La desgracia que te amenaza es mil veces peor.

MARÍA: ¡Dios mío! ¡Dios mío!

ESCENA FINAL

Dichos y Carolina

CAROLINA: *(Azorada)* Señorita, señorita, ahí viene el amo.

ALFREDO: ¡Huyamos, María, huyamos!

MARÍA: *(Con desesperación)* ¡Nunca, nunca!

ALFREDO: Pérfida, no me amas, no. Por mero gusto has admitido mis juramentos de amor, burla y no cariño han sido tus promesas de amor y constancia, pues ellas te proporcionaban para Leopoldo un rival, para tu vanidad un triunfo más. Quizá por mofa cruel consentir hicísteme que me amabas; sí, necio fui cuando creyendo sinceras tus palabras olvidé que yo era tan sólo un pobre, un miserable y tú la hija de un millonario. Mujer sin corazón; ¿por qué

te has complacido en engañarme, quién te obligó a hacer tantos juramentos de amor; di quién?

MARÍA: Alfredo, Alfredo, no prosigas; tus quejas me hacen pedazos el corazón, yo te amo como el primer día, te seguiré do quiera que tu vayas, la vida más penosa me será venturosa contigo, todo lo olvidaré por ti, sí, tu corazón ya no siente compasión por mí.

CAROLINA: *(Con aflicción)* Don Alfredo por favor márchese usted, el amo ya llega.

ALFREDO: ¡Pues tú lo has querido, adiós para siempre!...

María, que ha tomado a Alfredo de las manos, intenta detenerle, él se resiste, ella duda, vacila entre quedarse o seguirle; Alfredo, que logra por fin desasirse de María, vase precipitadamente, ésta viéndole partir cae desmayada, Carolina corre en su socorro.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

SALA LUJOSAMENTE AMUEBLADA. AL ALZARSE EL TELÓN, DEBE HALLARSE MARÍA SENTADA EN UNA BUTACA DEMOSTRANDO EL ABATIMIENTO DE UNA PERSONA CONVALECIENTE; DON JUSTO PASEÁNDOSE CABIZBAJO Y PENSATIVO.

ESCENA 1ª

Don Justo y María

JUSTO: Pues sí, hija mía, los tiempos han cambiado mucho; he tenido algunas pérdidas considerables, de un año a esta

parte, no parece sino que la suerte se complace en girar su voltaria rueda contra mí.

MARÍA: *(Con abatimiento)*. Qué desgracia; cuando yo creía que ya usted se retiraría a descansar de los negocios, es menester más que nunca su actividad y cuidado; pero no por eso debe usted desalentar, padre mío, que no siempre han de salir los negocios a medida del deseo.

JUSTO: El valor es nada cuando la suerte no favorece; desde que tú caíste enferma hasta ahora empezaron a marchar mal mis negocios; tanto, que casi no hay un día que no experimente alguna pérdida. *(Con mal humor)* Los malos sucesos parece que tuvieran imán, porque se atraen de una manera admirable.

Pausa; María se enjuga los ojos y don Justo se sienta al lado de ella.

Por eso María, ahora que felizmente nada hace temer por tu salud, debes cuanto antes unirme a Leopoldo, porque siendo él mi yerno, quizá en un momento dado pueda salvarme de algún conflicto; en vista pues de eso yo espero, que no dilatarás el instante de darme ese gusto; además, como no es nada satisfactorio el estado de mis negocios quiero más que nunca verte casada; porque una vez que tengas quien mire por ti, no me afligiré tanto.

MARÍA: ¿Cree usted padre que Leopoldo es tan rico como aparenta serlo?

JUSTO: No tengo motivos para dudarlo; ¿los tienes tú acaso?

MARÍA: Pienso que nadie como usted con tanto empeño a ese respecto se habrá enterado.

JUSTO: Bien, entonces, ¿a qué viene esa pregunta?

MARÍA: *(Disimulando)* Deseaba saber solamente si de él pensamos del mismo modo los dos.

JUSTO: Aunque no tiene aquí sus posesiones, cosas hay que para creerlas no es necesario palparlas. Mira, María, yo no dudo que serás feliz; porque a pesar de ser Leopoldo algo liberal se enmendará; como te tiene amor renunciará a otras diversiones que puedan serle perjudiciales, pues es ninguna parte lo pasará tan bien como a tu lado.

MARÍA: *(Ocultando sus lágrimas)* Ya que tan necesario considera usted esa unión no retardaré yo padre el momento de hacer vuestro gusto.

JUSTO: Y el tuyo también, se entiende; si yo supiera, que crees mis miras hijas de otro interés que no sea tu felicidad María...

MARÍA: No, no padre mío, sé yo lo que me amáis, y que nada os interesa tanto como mi bienestar.

JUSTO: *(Con ternura, tomándole las manos)* Sí, hija mía, no lo dudes jamás, nada me importa en el mundo como tu ventura que yo aún a costa de mi vida te quisiera proporcionar.

MARÍA: *(Con emoción y cariño)* Padre mío; ah, cuánto también yo quisiera daros la tranquilidad que hoy os falta.

JUSTO: Pero a pesar de lo que te he dicho no quiero que te aflijas; mala es en efecto nuestra posición mas no desesperante.

MARÍA: Verle a usted angustiado me causa un pesar inmenso que me impide alegrar mi corazón mientras no vea yo en su rostro el contento que le animó antes.

JUSTO: Bien, mas debemos confiar que mejorará nuestra situación; todas mis esperanzas se hallan hoy puestas en un negocio del que espero obtener un brillante resultado, que me

indemnizará de las pérdidas sufridas, con que ya ves, no tienes motivos para entristecerte tanto.

MARÍA: Sí, Dios no ha de querer que esta aflicción continúe.

JUSTO: Pues que resuelta estás iré a ver a Leopoldo de paso que voy a mis quehaceres para participarle tu decisión. Si no lo encuentro en su casa y llega él a venir tú misma se lo dices y que vaya a buscarme a la Bolsa, pues necesito hablar con él.

MARÍA: *(Aparte)*. ¡Oh, Dios mío, eso más! ¿Y no le parece a usted mal, padre mío, que yo se lo diga?

JUSTO: Con él hay bastante confianza, y debes considerarle ya como tu futuro esposo; a lo menos yo lo encuentro muy natural.

MARÍA: Está bien, así lo haré ya que usted lo desea.

JUSTO: Hasta la vuelta, pues, hija mía. *(Vase)*.

MARÍA: *(Despidiéndole)* Adiós, padre mío.

ESCENA 2ª

María sola

MARÍA: Oh, no sé cómo he podido reprimir la desesperación que me abraza el alma; pensar que después de tanto resistir al fin sucumbo. Que mi padre, que tanto amo, es quien me obliga a consumir ese cruel sacrificio; que debo morir para la ventura y la calma; sí, porque unido mi destino al de ese hombre sólo la muerte puede separarlos. ¿Y, he de resignarme, he de someterme cuando con los ojos del alma veo el horrible porvenir que me espera? Basta ya de

obediencia y sumisión, nada me detendrá, quiero emanciparme de la opresión que me abruma, y que venza mi corazón todos los obstáculos; mi padre en su tenaz porfía mi desdicha no ve; pero, ¡qué digo, ay de mí! Hoy no es el capricho ciego el que lo induce a obligarme sino el temor y la necesidad. Sí, su faz angustiosa dice más a mi corazón que sus palabras, trata aún de disimular el mal estado de su fortuna para no causarme ese pesar mientras a él le consume en silencio el dolor de tan grandes quebrantos sufridos. Dios mío, si llegara el día en que mi padre careciendo de sus bienes, la suerte le obligaría... No, no, me estremezco sólo al pensarlo. Padre mío, si depende de tu hija el evitarlo, no llegará para ti ese día fatal, tendrás quien te ampare, quien te ayude a recobrar tu fortuna aunque del corazón de tu hija huya para siempre la felicidad. (*Siéntase y llora*).

ESCENA 3ª

Carolina entra apresuradamente y muy fatigada déjase caer en una silla.

CAROLINA: Gracias a Dios señorita; ay, qué cansada vengo.

MARÍA: (*Con interés*) ¿Qué es lo que tienes? ¿Por qué vienes tan fatigada Carolina?

CAROLINA: Ay, qué cansancio, ay... Si usted supiera de dónde vengo... ay qué sofocón... me mandó buscar y aunque usted nada sabía, fui a verle... ¡qué calor! Y he venido por esas calles como si me hubieran nacido alas.

MARÍA: Pero, ¿a quién has visto?

CAROLINA: Si usted supiera qué alegre se puso al verme; me abrazó... ya lo creo, como que hacía tanto tiempo que no nos veíamos, me dijo muchas cosas que me alegraron no poco.

MARÍA: Pero, ¿quién? Explícate de una vez, pues no te comprendo.

CAROLINA: Él, señorita; él

MARÍA: (*Con ansiedad*) ¿Mas quién es él? Habla, di pronto.

CAROLINA: Válgame Dios. ¿No lo adivina usted por mi emoción y alegría?

MARÍA: Ah... ya: ha llegado Ruperto.

A tiempo que Carolina va a contestar aparece Leopoldo en la puerta, y con ademán respetuoso saluda a María; Carolina al verle hace un gesto de contrariedad que no lo ven Leopoldo ni María.

CAROLINA: (*Aparte*) Malhaya la suerte mía, ahora que iba a decirle que he visto al señorito Alfredo, se aparece este estafermo.

ESCENA 4ª

LEOPOLDO: Deseoso de saber cómo sigue su importante salud no he querido esperar más sin venir a verla.

MARÍA: Gracias por tanta atención, amigo mío. (*Se dan las manos y toman asiento. Aparte*) Oh, Dios haced que cese en mí la aversión que este hombre me inspira.

LEOPOLDO: A lo que parece se siente usted mejor.

MARÍA: Sí, mi mejoría, gracias a constantes y cariñosos cuidados es cada día más notable.

LEOPOLDO: La felicito sinceramente por ella y me doy a mí mismo la enhorabuena.

- MARÍA: Mucho agradezco ese interés, Leopoldo...
- LEOPOLDO: *(Interrumpiéndola)* Interés que no es de ahora María y que es el más grande, o mejor dicho el único que en mi corazón domina a todos los demás. Qué tristes han transcurrido para mí los días desde que esa cruel enfermedad me privó del placer de verla; cuán largas e interminables han sido las horas de su dolor al pensar que no podían aliviarse de él los ardientes deseos de mi corazón.
- MARÍA: Consuelo grato es Leopoldo para el que sufre saber que sus males se deploran.
- LEOPOLDO: Pero usted que nunca me ha creído, usted que nunca acogió con fe las expresiones de mi cariño, tampoco creará ahora sinceros mis sentimientos María. *(Aparte)* Aunque es extraña su emoción mal contengo mi ironía.
- MARÍA: Ah, sí, hoy lo creo Leopoldo, lo creo y... *(Aparte)* Oh Dios mío confiaba en ti que no llegaría este momento. Esa creencia que me anima y su constante amistad le conquistan la recompensa anhelada.
- LEOPOLDO: *(Aparte, con irónica alegría)* Oh, mi desprecio, así la herirá mejor. No comprendo bien María de esas palabras el sentido aunque ellas extraña emoción en mi corazón han producido.
- MARÍA: *(Con desesperación)* ¡Señor! ¿Dónde hay tanta fe para resistir esta prueba? *(Dominándose)* Quiero decir que se ha resuelto en su favor; que de la porfía que ha tanto tiempo sosteníamos al fin es usted vencedor.
- LEOPOLDO: Ah, con que es decir que usted se decide, por fin se resuelve usted a premiar mi constancia.
- MARÍA: Sí, decidida estoy, y ya que esa es mi voluntad y la de mi padre, de la suya tan sólo ahora depende todo.

- LEOPOLDO: *(Con ironía)* Oh, poco a poco, amiga mía, antes mi impaciencia no aguardaba plazos, mi entusiasmo no podía tolerar con paciencia el tiempo que tan lentamente para mi afán transcurría, pero ahora es muy distinto.
- MARÍA: *(Levantándose con asombro)* Leopoldo, ¿qué dice usted? No comprendo... ¿por qué se explica usted así?
- LEOPOLDO: Porque hasta ahora no me he permitido expresarme con franqueza; pero suplico a usted vuelva a sentarse, pues deseo que me escuche.
- MARÍA: *(Con dignidad, permaneciendo de pie)* Necesito que usted me dé una explicación de estas palabras tan extrañas como incomprensibles.
- LEOPOLDO: Cuando por primera vez la vi, comprendiendo que mi corazón se interesaba por usted, me dije si lograra hacerme amar de esa joven, que según dicen es insensible al amor, además de casarme con una mujer bonita tendré algunos miles el día que su padre muera.
- María hace un movimiento de indignación.*
- Empecé pues a solicitarla con verdadero afán, comprendí un día que usted no era para todos tan desdeñosa como para mí, observé, me convencí y resolví alejar de aquí a Alfredo, a quien usted amaba más de lo que yo creía.
- MARÍA: *(Con indignación)* Increíble parece que se pueda llevar hasta ese extremo una farsa tan repugnante. Aunque con justicia siempre le he juzgado y pocas dudas abrigué respecto a sus intenciones, como jamás pensé que su doblez llegara a tanto, hoy que por sus propios labios de la verdad me convenzo, deploro tanto mi confianza como me avergüenzo de haberle llamado amigo.

LEOPOLDO: *(Con sarcasmo)* Oh, usted viéndose joven, rica y hermosa no creía que aquel hombre que tantos desdenes toleraba se alzaría un día para devolvérselos como la humillación merecía.

MARÍA: Sí, nunca pudo mi mente concebir que hubiera en el mundo un ser tan malvado y mezquino que se arrastrara primero para luego morder.

LEOPOLDO: Hombre soy de cuya mente no se borran nunca los agravios recibidos, que cuando le humillan y en su orgullo le hieren sufre, y calla, pues su despecho a ocultar le enseña sus agravios, porque es como la montaña que apacible en la apariencia fuego devastador en su seno encierra, que como no perdona ni nunca olvida cuando llega el momento se venga siempre.

MARÍA: *(Con indignación)* Desprecio tan solo puede despertar en ese mezquino anhelo de venganza que le anima; pero si asombro de cinismo me causa, pienso con indignación cómo en mi propia casa osa su atrevimiento a faltarme de esa manera.

LEOPOLDO: El que por largo tiempo su despecho contiene no repara ni en hora ni en lugar cuando del pecho cual torrente de lava le deja al fin escapar.

MARÍA: Pues cuando a un hombre le ciega de tal manera su odio insano que a olvidar el decoro llega se le hace comprender mal que le pese el respeto que a una mujer se debe.

LEOPOLDO: Ese orgullo acabará pronto, sí, concluirá porque la adversidad que ha tiempo persigue a su padre no lo dejará hasta anonadarlo por completo, entonces se verá usted reducida a la pobreza más extrema, tendrá que sufrir

privaciones que nunca su mente ha imaginado, la cercarán necesidades crueles y no tendrá usted con qué satisfacerlas.

MARÍA: *(Con desesperación)* ¡Oh, basta, basta!

LEOPOLDO: El rico, el opulento don Justo antes, no tendrá quizá en breve ni un techo que le cobije; si entonces usted recordando que la he amado quiere ahorrarse muchos sinsabores...

MARÍA: *(En el colmo de la indignación)* Ni una palabra más, ni una más digo porque daré voces y a todo el mundo mostraré el hombre infame que sin tener agravios se venga de una mujer indefensa; llamaré a mis criados, a esos criados ante los cuales se humilló usted más de una vez y como también os odian os arrojarán de aquí, porque indigno sois ya de que esta casa os cobije.

LEOPOLDO: Sí, basta, van a separarnos quizá para siempre la dura mano del infortunio y la ancha senda del vicio; pero antes era necesario que de sus desdenes me vengara, que la descubriera quien yo era, que le mostrara cuánto dolor, cuánta miseria mi corazón albergaba, para que ese recuerdo fuera la expiación de tantas humillaciones. Eso anhelé desde que supe que la desgracia iba a descargar sobre usted su terrible azote, eso quise y ha sido.

MARÍA: *(Con angustia y desesperación)* Hombre infernal ¿quién te ha autorizado para pronosticar mi ruina; por qué tu odio implacable se venga con esos augurios fieros? y si es verdad lo que tu voz fatal me anuncia, ¿por qué cediendo a un sentimiento noble no hay en ese corazón pequeño más compasión y rencor menos?

Óyese la voz de don Justo que llama con desesperación a María.

ESCENA 5ª

Dichos y Don Justo que aparece en la puerta con el semblante descompuesto y manifestando en toda su persona que algún grave trastorno lo acontece.

JUSTO: María... María, hija mía, estoy arruinado.

MARÍA: ¡Padre mío! *(Lo abraza. Pausa).*

Leopoldo medio oculto por una cortina muestra gozarse en el dolor de ambos.

JUSTO: Estoy arruinado, sí, completamente arruinado; yo que a mi muerte creí dejarte una fortuna.

MARÍA: *(Dominando su llanto)* ¡Padre, valor!

JUSTO: Valor dices, valor me recomiendas, ah, tú no comprendes cuán horrible es el golpe que nos amaga. ¿Por qué me castigó Dios de una manera tan cruel, por qué me reduce a la miseria? ¿Qué he hecho, para que la desventura me precipite en ese abismo cuyo nombre me espantó siempre? La vida me es insoportable, para acabar con ella sólo necesito un instante de resolución, para arrostrar la miseria el valor de un mártir.

MARÍA: Oh, no digáis eso padre mío, no; pensad que aún tenéis una hija que os ama más que a su vida, que con sus caricias y consuelo templará el rigor de vuestra suerte; no me abandonéis, no me dejéis en la orfandad, porque el dolor de vuestra pérdida me mataría.

JUSTO: La muerte es preferible a la vida que nos espera.

MARÍA: Yo soportaré la pobreza con resignación, y la satisfacción de vivir a vuestro lado me infundirá el valor que os falta, sí, padre, sí, superará a vuestra desdicha esa santa resignación que Dios tras el infortunio envía.

LEOPOLDO: *(Se aproxima a María evitando en lo posible que don Justo lo vea).* Mucha virtud necesita una mujer pobre que ha sido rica para resistir a la tentación del oro.

JUSTO: Crees desdichada que es un día un mes o un año, no; es toda una vida lo que tendrás que dedicar a ímprobo trabajo, largas horas del reposo sacrificadas, horas de constante dedicación en premio de mezquina recompensa.

MARÍA: *(Con desesperación)* Teniendo a vos qué me importa la miseria.

JUSTO: Nuestro porvenir me espanta, tinieblas y sombras por do quiera mis ojos ven y cuanto más me afano por sondear la luz apacible en mi triste destino más las sombras le oculta, más en la oscuridad se hunde; pero yo quiero para ti otro porvenir, otro destino que más bello lo vean los ojos de mi alma; hay un hombre que te ama, que será tu amparo, ¿verdad que si tu padre te ruega por su tranquilidad accederás a ser su esposa?

MARÍA: Eso padre es ya imposible.

JUSTO: ¿Imposible?

MARÍA: Ha llegado el instante de arrancar la máscara al miserable que por mucho tiempo ha engañado a usted; al hombre infame que después de haber fingido vilmente por mí un amor que sólo vil especulación era, sabiendo nuestra posición al ofrecerle hoy mi mano, tuvo la osadía de proponerme la deshonra.

JUSTO: *(Con asombro y consternación)* ¿Qué dices? Leopoldo... será posible que él..., ¿es verdad eso hija mía, es verdad, o de tu aversión tan sólo desahogos son esas horribles palabras?

MARÍA: No, padre, mío, os lo juro; en su sed de venganza nada reparó su cruel deseo y como si su rencor con mi humillación aún no estuviera satisfecho, gozarse ha querido en vuestro dolor también.

JUSTO: *(En el colmo de la desesperación)* ¡¡Por qué, Señor, así tu cólera sobre mi cabeza se desata!! Y está aquí ese infame; has venido a gozarte con mi desesperación, a reírte de mi dolor... pero pedazos voy a hacerte entre mis manos, has querido deshonorar mis canas porque soy pobre, más caro vas a pagar tu ruin deseo.

LEOPOLDO: Sí; me he vengado cual deseaba, me creísteis y hoy me burlo... me desdeñásteis y os humillo.

Leopoldo al oír las palabras de María trata de salir, don Justo que le ve avanza hacia él, este intenta huir, don Justo le sujeta, se traba una pequeña lucha, pero Leopoldo logra desasirse y huye precipitadamente.

MARÍA: *(Llamando)* Carolina, Pascual, impide que don Justo salga.

JUSTO: *(Viendo desaparecer a Leopoldo)* Aunque las entrañas de la tierra te cobijen; allí te alcanzará mi venganza.

ESCENA 6ª

Carolina y Pascual entran presurosos

JUSTO: *(Con actitud)* ¿A qué venís aquí? Idos, quiero estar ¡solo con mi hija!, ¿lo oís? Completamente solo.

Pascual y Carolina se van avergonzados.

Ah, yo nunca pude imaginar que esto pudiera sucederme, jamás pensé que para mí luciera un día en que aprisionado por las férreas cadenas del infortunio tendría que sufrir las más crueles afrentas sin poderlas castigar. Al mirar en toda su realidad mi posición siento apoderarse de mi alma la desesperación que deben experimentar los condenados del infierno.

MARÍA: ¿Qué nos importa ya ese hombre, padre mío, por qué ha de aumentar nuestra intensa aflicción ese recuerdo? Cuando quien nos ofende tan distante está de nosotros que ni aun sus agravios pueden ya herirnos, por vos y por mí, padre, olvidarlo.

JUSTO: ¡Olvidar, dices, jamás! ¿Crees que podré olvidar que he sido el vil juguete de ese hombre, que víctima he sido del más infame de los engaños? Oh; no cabe en mi corazón mayor despecho, no abrigará nunca cólera tan inmensa como impotente, porque si al recordarlo, mi encono contra él se excita, contra mí mismo también me irrita. Yo engañado tan villanamente, escarnecido de tan cruel manera, yo que siendo honrado con orgullo me llamé su amigo; esto es superior a mis fuerzas, golpes son del destino que en la más lúgubre desesperación me hundan... Distinciones, riquezas, hermosas ilusiones de la mente que os anhela y os ve lejos, sirenas que adormecéis el corazón de aquellos que os poseen, ¿por qué no les decís que espumas del mar de la vida tan sólo sois, y que basta el leve soplo de un día que os toque para destruirnos y arrojar vuestros despojos en las inconmensurables playas del olvido?

MARÍA: ¿Qué tormento Dios mío! (*Llora*).

JUSTO: Pobre, sin amigos...

MARÍA: (*Interrumpiéndole*) Los amigos no os faltarán, ¿cómo si os apreciaban antes, os olvidarán ahora que los necesitáis?

JUSTO: Tú ignoras que la sociedad, mezcla odiosa de vanidad y miseria, acata al que encumbrado ve, que aunque el rico es el que menos da, todos quieren ser sus amigos aun a costa de bajezas. Desde el momento que sepan mi ruina, la esquivéz reemplazará al afecto; harán que no me conocen y todos huirán de mí por temor que pueda serles gravoso.

ESCENA 7ª

Dichos y Alfredo

ALFREDO: (*Con voz conmovida, entrando*) Aún tenéis amigos leales y verdaderos.

MARÍA: (*Con asombro y pasión*) ¡Alfredo!

JUSTO: (*Con asombro y confusión*) ¿Alfredo... en mi casa?

ALFREDO: Sabiendo don Justo que podría ser útil la presencia de un amigo me he atrevido a presentarme aquí...

JUSTO: (*Con aspereza*) Yo, caballero, no he solicitado los servicios de nadie.

ALFREDO: (*Con dignidad*) Suponiendo que nunca los habíais de pedir, aunque los míos insignificantes sean, yo os los vengo a ofrecer.

MARÍA: Padre mío, no rechazéis a un amigo sincero ahora que tan pocos tendréis.

JUSTO: (*Con confusión*) Siento vergüenza al mirarle, pues su generosidad me humilla.

ALFREDO: Por franco y leal deseo inducido he vuelto a penetrar a esta casa, para cumplir, según mi corazón, con mi deber de amistad; si vos don Justo la voluntad estimáis y sabéis que los buenos deseos llegan más allá del hombre, aceptad cuanto soy y cuanto puedo, puesto que, de seros útil es inmensa mi voluntad.

JUSTO: (*Conmovido y confuso*) Mi desgracia es Alfredo de las que tarde se consuela un hombre...

ALFREDO: Nunca es el infortunio tan grande que no pueda olvidarlo el corazón de un amigo.

MARÍA: (*Muy conmovida*) Sí, sí, padre mío, con él compartiremos nuestra desventura hoy que el aislamiento y el dolor nos rodea.

JUSTO: Dios mío, si esa es vuestra voluntad, si vos queréis humillarme por ese hombre; cómo no he de besar el polvo de la tierra cuando vuestro poder me obliga.

ESCENA 8ª

Dichos y Carolina seguida de Don Macario

CAROLINA: Señorita, este señor (*por don Macario*) se empeña en que aquí está su hijo, como no quería convencerse he tenido que traerle hasta acá.

Macario dirige una mirada absorta a todos.

JUSTO: Aquí no hay nadie que pueda interesar a usted.

MACARIO: *(Con aflicción)* ¡Dónde está pues, mi hijo, qué se ha hecho!

CAROLINA: Nosotros qué sabemos ¿cree usted que nos da cuenta dónde va? Vaya.

JUSTO: Nombrar en esta casa a su hijo es insultarnos, aún más de lo que hemos sido, libradme pues, de vuestra presencia porque a mi pesar, aunque yo no quiero siento agitarse en mi corazón la ira que me abrasa al pensar tan sólo que sois su padre.

MACARIO: ¿Qué decís? Pues está perdido, antes de mucho la justicia le habrá preso. Voy corriendo en tu auxilio hijo mío, quizá aún es tiempo de salvarse.
(Sale precipitadamente).

ESCENA 9ª

Dichos menos Don Macario

JUSTO: *(Con sorpresa)* ¡Qué ha dicho! Leopoldo...

ALFREDO: Leopoldo ha falsificado una firma, robando una cantidad considerable y la justicia con actividad le busca para castigar su delito.

MARÍA: ¡Gran Dios! ¡Quién puede dudar de tu justicia!

JUSTO: *(Conmovido)* Sólo los hombres como yo; reconozco mi error y de él sinceramente me arrepiento. Si usted Alfredo me guarda rencor yo le pido que olvidando mi injusticia, me perdone si en un momento de ofuscación arrojé sobre su frente honrada una mancha de la que hoy con todo mi corazón me avergüenzo y me arrepiento.

ALFREDO: Todo está ya olvidado completamente.

JUSTO: ¡¡Así vengan los hombres!! ¡¡Venid a mis brazos hijos míos!!

MARÍA: Padre mío, bendito seáis.

ALFREDO: Esto es lo único que anhelaba mi corazón, María, bendito tu amor que me proporciona tanta felicidad.

CAROLINA: *(Enjugándose los ojos).* Pobre señorita, después de tanto sufrir al fin se realizan sus deseos.

ALFREDO: Confío en Dios que no nos abandonará y con mi amor y mi trabajo creo que aunque pobres, seremos felices.

MARÍA: Sí; no impediré nuestra pobreza que la felicidad nos sonría.

ALFREDO: Todos los goces no los proporciona el dinero, a su manera también los pobres son dichosos.

Don Justo, Alfredo y María que se hallarán en medio de la escena se abrazan y permanecen así unidos con la mayor emoción.

JUSTO: *(Con voz conmovida y solemne)* ¡Omnipotente padre y Señor, infinitas gracias os doy por vuestra dura pero merecida lección, tu mano justiciera arrancó la venda que mis ojos cubría, para que todo con su verdadero color lo vea! ¡Al escaparse la fortuna de mis manos, ahogó para siempre el afecto que la tenía; mientras rico, soberbio fui; desprecié la pobreza y la virtud; hoy pobre, cual Job, como él me resigno a mi suerte, acato tu justicia divina, y reverente ante ella me inclino, cumpliendo tu precepto: *Contra soberbia, humildad.*
(Al pronunciar la última palabra, don Justo inclina la cabeza sobre el pecho).

FIN DEL ACTO TERCERO

> índice

> Prólogo	pág. 5
> El gobierno de Nazar	pág. 37
LEOPOLDO ZULOAGA	
> De mal en peor	pág. 67
PEDRO ECHAGÜE	
> El sombrero de Don Adolfo	pág. 99
CASIMIRO PRIETO VALDÉS	
> La emancipación de la mujer	pág. 129
CASIMIRO PRIETO VALDÉS	
> La rosa blanca	pág. 163
MARTÍN CORONADO	
> Contra soberbia, humildad	pág. 261
MATILDE CUYÁS	

> ediciones inteatro

- narradores y dramaturgos
Juan José Saer, Mauricio Kartun
Ricardo Piglia, Ricardo Monti
Andrés Rivera, Roberto Cossa

En coedición con la Universidad
Nacional del Litoral
- el teatro, ¡qué pasión!
de Pedro Asquini
Prólogo: Eduardo Pavlovsky

En coedición con la Universidad
Nacional del Litoral
- obras breves
Incluye textos de Viviana Holz, Beatriz
Mosquera, Eduardo Rivetto, Ariel Barchilón,
Lauro Campos, Carlos Carrique, Santiago
Serrano, Mario Costello, Patricia Suárez,
Susana Torres Molina, Jorge Rafael Otegui y
Ricardo Thierry Calderón de la Barca
- de escénicas y partidas
de Alejandro Finzi
Prólogo del autor
- teatro (3 tomos)
Obras completas de Alberto Adellach
Prólogos: Esteban Creste (Tomo I), Rubens
Correa (Tomo II) y Elio Gallipoli (Tomo III)
- las piedras jugosas
Aproximación al teatro de Paco Giménez
de José Luis Valenzuela
Prólogos: Jorge Dubatti y
Cipriano Argüello Pitt
- siete autores (la nueva generación)
Prólogo: María de los Ángeles González
Incluye obras de Maximiliano de la Puente,
Alberto Rojas Apel, María Laura Fernández,
Andrés Binetti, Agustín Martínez, Leonel
Giacometto y Santiago Governori
- dramaturgia y escuela 1
Prólogo: Graciela González de Díaz Araujo
Antóloga: Gabriela Lerga
Pedagogas: Gabriela Lerga y Ester Trozzo
- dramaturgia y escuela 2
Prólogo: Jorge Ricci y Mabel Manzotti
Textos de Ester Trozzo, Sandra Vigianni,
Luis Sampredo
- didáctica del teatro 1
Coordinación: Ester Trozzo, Luis Sampredo
Colaboración: Sara Torres
Prólogo: Olga Medaura
- didáctica del teatro 2
Prólogo: Alejandra Boero
- teatro del actor II
de Norman Briski
Prólogo: Eduardo Pavlovsky
- dramaturgia en banda
Coordinación pedagógica: Mauricio Kartun
Prólogo: Pablo Bontá
Incluye textos de Hernán Costa, Mariano
Pensotti, Hernando Tejedor, Pablo Novak,
José Montero, Ariel Barchilón, Matías
Feldman y Fernanda García Lao
- personalidades, personajes y temas
del teatro argentino (2 tomos)
de Luis Ordaz
Prólogo: Jorge Dubatti y Ernesto Schoo
(Tomo I) - José María Paolantonio (Tomo II)
- manual de juegos y ejercicios teatrales
de Jorge Holovatuck y Débora Astrosky
Segunda edición, corregida y actualizada
Prólogo: Raúl Serrano
- antología breve del teatro para títeres
de Rafael Curci
Prólogo: Nora Lía Sormani
- teatro para jóvenes
de Patricia Zangaro
- antología teatral para niños
y adolescentes
Prólogo: Juan Garff
Incluye textos de Hugo Álvarez, María Inés
Falconi, Los Susodichos, Hugo Midón,
M. Rosa Pfeiffer, Lidia Grosso, Héctor Presa,
Silvina Reinaudi y Luis Tenewicki

- nueva dramaturgia latinoamericana
Prólogo: Carlos Pacheco
Incluye textos de Luis Cano (Argentina), Gonzalo Marull (Argentina), Marcos Damaceno (Brasil), Lucila de la Maza (Chile), Victor Viviescas (Colombia), Amado del Pino (Cuba), Ángel Norzagaray (México), Jaime Nieto (Perú) y Sergio Blanco (Uruguay)
- teatro/6
Obras ganadoras del 6º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye obras de Karina Androvich, Patricia Suárez, Luisa Peluffo, Lucía Laragione, Julio Molina y Marcelo Pítrola.
- becas de creación
Incluye textos de Mauricio Kartun, Luis Cano y Jorge Accame.
- historia de la actividad teatral en la provincia de corrientes de Marcelo Daniel Fernández
Prólogo: Ángel Quintela
- la luz en el teatro manual de iluminación de Eli Sirlin
Prólogo de la autora
- diccionario de autores teatrales argentinos 1950-2000 (2 tomos) de Perla Zayas de Lima
- laboratorio de producción teatral 1
Técnicas de gestión y producción aplicadas a proyectos alternativos de Gustavo Schraier
Prólogo: Alejandro Tantanián
- hacia un teatro esencial
Dramaturgia de Carlos María Alsina
Prólogo: Rosa Ávila
- teatro ausente
Cuatro obras de Aristides Vargas
Prólogo: Elena Francés Herrero
- el teatro con recetas de María Rosa Finchelmann
Prólogo: Mabel Brizuela
Presentación: Jorge Arán
- teatro de identidad popular
En los géneros sainete rural, circo criollo y radioteatro argentino de Manuel Maccarini
- caja de resonancia y búsqueda de la propia escritura
Textos teatrales de Rafael Monti
- teatro, títeres y pantomima de Sarah Bianchi
Prólogo: Ruth Mehl
- por una crítica deseante de quién/para quién/qué/cómo de Federico Irazábal
Prólogo del autor
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo I (1800-1814)
Sainetes urbanos y gauchescos
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
Presentación: Raúl Brambilla
- teatro/7
Obras ganadoras del 7º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye obras de Agustina Muñoz, Luis Cano, Silvina López Medín, Agustina Gatto, Horacio Roca y Roxana Aramburú
- la carnicería argentina
Incluye textos de Carolina Balbi, Mariana Chaud, Ariel Farace, Laura Fernández, Santiago Governori, Julio Molina y Susana Villalba
- saulo benavente, ensayo biográfico de Cora Roca
Prólogo: Carlos Gorostiza
- del teatro de humor al grotesco
Obras de Carlos Pais
Prólogo: Roberto Cossa
- teatro/9
Obras ganadoras del 9º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye textos de Patricia Suárez y M. Rosa Pfeiffer, Agustina Gatto, Joaquín Bonet, Christian Godoy, Andrés Rapoport y Amalia Montaña
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo II (1814-1824)
Obras de la Independencia
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- nueva dramaturgia argentina
Incluye textos de Gonzalo Marull, Ariel Dávila (Córdoba), Sacha Barrera Oro (Mendoza), Juan Carlos Carta, Ariel Sampaolés (San Juan), Martín Giner, Guillermo Santillán (Tucumán), Leonel Giacometto, Diego Ferrero (Santa Fe) y Daniel Sasovsky (Chaco)
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo III (1839-1842)
Obras de la Confederación y emigrados
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- dos escritoras y un mandato de Susana Tampieri y María Elvira Maure de Segovia
Prólogo: Beatriz Salas
- 40 años de teatro salteño (1936-1976). Antología
Selección y estudios críticos: Marcela Beatriz Sosa y Graciela Balestrino
- las múltiples caras del actor de Cristina Moreira
Palabras de bienvenida: Ricardo Monti
Presentación: Alejandro Cruz
Testimonio: Claudio Gallardou
- lavalija de Julio Mauricio
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- el gran deschave de Aramando Chulak y Sergio De Cecco
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- una libra de carne de Agustín Cuzzani
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo IV (1860-1877)
Obras de la Organización Nacional
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- referentes y fundamentos. Hacia una didáctica del teatro con adultos I de Luis Sampredo

